UPASSA

A CRIADA
DE
A GRANJ

PQ2349
C7
S6

1020026640

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
UANL
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA CRIADA DE LA GRANJA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. N M4526
Núm. Autor 30509
Núm. Adq. -8-
Procedencia
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó

OBRAS
DE
GUY DE MAUPASSANT

	Tomos
El buen mozo.	2
La señorita Perla.	1
La criada de la granja.	1
Berta.	1
Bajo el sol de Africa.	1
El testamento.	1
La loca.	1
La abandonada.	1
Miss Harriet..	1

GUY DE MAUPASSANT

LA
CRIADA DE LA GRANJA

Traducción de AUGUSTO RIERA

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS
86299

BARCELONA
Casa Editorial Maucci
Calle Mallorca, 166

BUENOS AIRES
Maucci Hermanos
Calle Cuyo, 1070

1905

30500

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

8/13
M.
PQ2349
C7
S6

Esta obra es propiedad de la Casa Editorial Maucci, de Barcelona.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Tipografía de la Casa Editorial Maucci.—Barcelona.

LA CRIADA DE LA GRANJA

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La criada de la granja

I

Como el tiempo era espléndido, los mozos de la granja habían comido con más prisa que de costumbre y salido al campo.

Rosa, la criada, quedó sola en el centro de la amplia cocina, donde acababa de consumirse el fuego del hogar bajo una olla llena de agua caliente. De cuando en cuando tomaba agua de aquella y lavaba los platos lentamente, interrumpiéndose para mirar las dos manchas cuadradas que el sol, entrando por la ventana, proyectaba sobre la larga mesa, y en las que se delataban las impurezas de los cristales.

Tres gallinas muy atrevidas buscaban migajas bajo las sillas. Olores de corral, vahos de establo entraban por la puerta entreabierta y se oía el canto de los gallos romper el silencio abrasador del mediodía.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cuando la moza hubo acabado su tarea, limpiado la mesa y la chimenea y alineado los platos en el alto aparador que había junto al péndulo con caja de madera de sonora marcha, respiró, algo oprimida sin saber de qué provenía su opresión. Miró las paredes de tierra ennegrecida, las vigas ahumadas del techo, de las que pendían telarañas, arenques y ristras de cebollas, luego se sentó, molestada por las emanaciones que el calor del día hacía brotar del suelo apisonado, donde se secaron tantos líquidos vertidos en tantos años. Mezclábase á tales emanaciones el olor acre de los requesones que estaban al fresco en la habitación del lado. Quiso ponerse á coser como de costumbre, pero no tuvo ánimos para ello y se fué á respirar al umbral de la puerta.

Entonces, acariciada por la claridad gloriosa, sintió grata sensación, algo así como oleadas de bienestar que invadieran su cuerpo.

Del estiércol amontonado cerca de la puerta, se desprendía un vapor apenas perceptible. Las gallinas se hundían casi en el estercolero, tendidas de lado y rascaban con una sola pata, buscando gusanos. Entre ellas se erguía orgullosamente el gallo. De cuando en cuando escogía una y daba vueltas en torno cacareando. La gallina se levantaba perezosamente y le recibía con sosiego, doblando las patas y sosteniéndole con las alas; luego sacudía las plumas, de las que salía mucho polvo, y de nuevo se tendía en el estiércol, mientras el gallo cantaba sus triunfos amorosos. Y los gallos le contestaban desde

los otros corrales, como si de granja en granja se hubiesen enviado carteles de desafíos amatorios.

La moza les miraba sin pensar; luegó levantó la vista y quedó deslumbrada mirando los manzanos en flor, blancos como cabezas empolvadas.

De pronto un potrillo juguetón y henchido de alegría pasó ante ella galopando. Dió dos veces la vuelta á los ribazos señalados por una línea de árboles y luego se detuvo y volvió la cabeza, como admirado de hallarse solo

Ella sentía también ganas de correr, necesidad de movimiento, y al mismo tiempo ganas de echarse, de desperezarse, de descansar envuelta en la atmósfera inmóvil y cálida. Dió algunos pasos indecisa, cerrando los ojos, dominada por un bienestar bestial, luego, pasito á paso, fué á buscar los huevos del gallinero. Había trece; los cogió y se los trajo. Cuando los hubo dejado en el aparador, molestáronla de nuevo las emanaciones de la cocina y salió para sentarse un ratito al fresco.

El patio de la granja, rodeado de árboles, parecía dormir. La alta hierba, entre la cual los amargones amarillos fulguraban como luces, era de un verde fuerte, de un verde de primavera. La sombra de los manzanos formaba una mancha obscura al pie de sus troncos y los techos de bálago de las construcciones, en cuya cima crecían lirios de puntiagudas hojas, humeaban levemente, como si la humedad de los establos y granjas se escapara á través de la paja.

La muchacha fué al cobertizo que servía para res-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

guardar carretas y birlochos. En el fondo del foso había un agujero lleno de violetas que embalsamaban el aire, y por encima del talud se veía la campiña, vasta llanura cultivada, sembrada de grupos de árboles. De trecho en trecho se veía á los labradores, pequeños como muñecas, caballos blancos parecidos á juguetes, arrastrando un arado minúsculo, guiado por un hombre diminuto.

Se fué al pajar en busca de un haz de paja y lo echó en este agujero para sentarse cómodamente; luego, para estar mejor, deshizo el haz, esparció la paja y se tendió de espaldas, con los brazos bajo la cabeza y las piernas estiradas.

Cerraba suavemente los ojos, sumida en un bienestar delicioso. Estaba á punto de dormirse del todo, cuando sintió que unas manos le palpaban el pecho, y se levantó de un salto. Era Jaime, el mozo de labranza, un picardo robusto y apuesto que la cortejaba desde algunos días antes. Trabajaba aquel día en la lechería, y habiéndola visto que se tendía á la sombra, se aproximó á paso de lobo.

Trató de besarla, pero ella le dió un soplamocos, pues era tan robusta como él, que le pidió perdón. Entonces se sentaron uno junto á otro, y charlaron como buenos amigos. Hablaron del tiempo que favorecía los sembrados; de la cosecha, que se presentaba bien; del amo, que era un buen hombre; y luego de los vecinos de la comarca, de sí mismos, de su aldea, de su juventud, de sus recuerdos, de los padres que habían abandonado, para siempre quizá. Enternecióse la moza, y él, que sólo pensaba en su

deseo, se le acercaba, se restregaba contra ella estremecido de lascivia. La muchacha decía:

—Hace mucho tiempo que no veo á mamá; es bien triste no poder vivir con los suyos.

Y su mirada se perdía á lo lejos, en el espacio, como buscando la aldea perdida á lo lejos, muy lejos, hacia el Norte.

El picardo la cogió de súbito por el cuello y la besó de nuevo, pero ella le dió un puñetazo tan fuerte en la cara que le hizo sangrar la nariz, y se levantó para apoyar la cabeza en un árbol. Conmovióse la moza y fué hacia él, preguntándole:

—¿Te he hecho daño?

Pero él se echó á reir. No, no le dolía; es que le acertó en mitad de la nariz. Murmuraba: "¡Demonio!„ y la miraba con admiración, con respeto, sintiendo una afección nueva, un principio de amor por aquella mocetona tan robusta.

Cuando se hubo restañado la sangre propuso que dieran un paseo, pues temía las contundentes réplicas de la muchacha si permanecían uno al lado de otro. Ella le tomó el brazo por propio impulso, como hacen los novios cuando pasean al anochecer, y dijo:

—Haces mal en despreciarme así, Jaime.

Protestó el gañán. No, no la despreciaba, pero como la amaba, no podía contenerse.

—¿Quieres, pues, casarte conmigo?

Vaciló en contestar, y la miró al soslayo en tanto que ella miraba á lo lejos. Tenía la moza colorados y frescos los carrillos, ancho y sacado el pecho bajo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

el corpiño, gruesos y rojos los labios y su garganta, casi desnuda, estaba sudorosa. Sintió un deseo impetuoso y le dijo al oído, casi tocándola:

—Sí, me casaré.

Entonces ella le echó los brazos al cuello y le besó largamente, hasta que ambos perdieron el aliento.

Desde aquel punto y hora empezó entre ambos la eterna historia. Se besuqueaban en los rincones, se daban citas al aire libre, detrás de un almiar, y se llenaban las piernas de cardenales, tocándose por debajo de la mesa con sus zapatones herrados.

Luego poco á poco Jaime pareció hastiarse de ella; evitaba hallarla, apenas le hablaba, no procuraba verla á solas. La moza sintió gran desconfianza y tristeza; y al cabo de poco tiempo advirtió que estaba en cinta.

Al principio sintió un pesar profundo y luego una cólera formidable al ver que no conseguía hallarle en parte alguna.

Por fin una noche, cuando todos dormían en la granja, salió de su cuarto descalza y sin hacer ruido empujó la puerta del establo donde dormía Jaime dentro de una gran caja llena de paja, más alta que el pesebre. Fingió dormir al oir sus pasos; pero ella se subió á su lado y, poniéndose de rodillas, le zarandeó hasta que se hubo incorporado.

—¿Qué quieres?—preguntó al cabo.

Y ella, temblando de rabia, con los dientes apretados, replicó:

—Quiero, quiero que te cases conmigo, ya que lo prometiste.

El gañán se echó á reir y exclamó:

—Si uno tuviera que casarse con todas las muchachas que se le entregan, aviado estaba.

Pero ella le cogió por el cuello, le derribó sin que pudiera zafarse de su feroz abrazo, y ahogándole le gritó:

—¡Estoy preñada ¿comprendes? estoy preñada!

El mozo se ahogaba, perdía el resuello, y permanecían inmóviles, sin hablar en aquel silencio obscuro que sólo turbaba un caballo que trituraba lentamente la paja.

Cuando Jaime se convenció de que ella era la más fuerte, murmuró:

—Bueno, me casaré, ya que te hallas en tal estado.

Pero la muchacha no creía en sus promesas.

—Es preciso que hagas publicar en seguida las amonestaciones.

—En seguida.

—Júralo en nombre de Dios.

Vaciló un instante; luego, decidiéndose, dijo:

—Lo juro en nombre de Dios.

Entonces le soltó y sin añadir una palabra más, se fué.

Pasaron unos días sin que pudiera hablarle, porque el establo estaba cerrado con llave cada noche y ella no se atrevía á llamar fuerte por miedo á armar un escándalo.

Una mañana vió otro mozo de labranza á la hora del almuerzo. Preguntó:

—¿Y Jaime?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Se ha marchado—contestó al interpelado—yo le substituyo.

Se echó á temblar de tal manera que no acertaba á descolgar la olla; luego, cuando quedó sola, subió á su cuarto y lloró desconsoladamente, apretando el rostro contra la almohada para que no se oyeran sus sollozos.

Trató de informarse sin despertar sospechas; pero de tal modo la atosigaba la pena, que se le antojaba qne se reían con socarronería aquellos á quienes preguntaba. Por otra parte sólo pudo saber que Jaime se había marchado de aquella comarca.

II

Entonces empezó para ella una vida de continuas angustias. Trabajaba de un modo maquinal, sin pensar en lo que hacía, hostigada por esta idea fija: "¡Si supieran!„

Aquella obsesión constante la tenía tan anonadada, que no pensaba siquiera en los medios de evitar el escándalo que cada día se aproximaba más, que era tan seguro é irreparable como la muerte.

Levantábase todas las mañanas antes que nadie y procuraba verse el talle en un trozo de espejo que le servía para peinarse, pensando que de un momento á otro llamaría la atención de todos.

Durante el día cesaba bruscamente su trabajo para fijarse si las sayas se levantaban por delante, si el bulto de su vientre se delataba bajo el delantal.

Pasaban los meses. Casi no hablaba la desdichada y cuando le preguntaban algo, no lo entendía,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

quedando como alelada, lo cual hacía decir á su amo:

—Pobre chica, hace una temporada que estás tonta.

En la iglesia se ocultaba detrás de una columna y no se atrevía á confesarse, temiendo el encuentro del cura, que á juicio suyo, tenía un poder sobrenatural para leer en las conciencias.

Cuando servía á la mesa le asustaban las miradas de sus compañeros y siempre se le antojaba que la descubriría el vaquero, un rapaz socarrón y avispado que no le quitaba el ojo.

Una mañana el cartero le entregó una carta y como jamás recibía ninguna, sintió tal conmoción que tuvo que sentarse. ¿Sería de él? Pero como no sabía leer, estaba ansiosa, temblaba ante aquellos renglones. Metióse la carta en el bolsillo no atreviéndose á confiarse en nadie, y á menudo cesaba en su trabajo y miraba aquellas líneas que terminaban en una firma, imaginando que de pronto iba á entender su significado. No pudiendo resistir su ansiedad é impaciencia, fué á ver al maestro de escuela, que la hizo sentar y leyó:

"Querida hija: La presente sirve para decirte que estoy muy enferma. Nuestro vecino, maese Dentu, te escribe para decirte que vengas, si puedes.

„Por tu madre que te quiere,

„Cesáreo Dentu, *teniente de alcalde.*„

La moza no dijo una palabra y se fué; pero tan pronto como estuvo sola, cayó desfallecida á la orilla del camino y permaneció allí hasta la noche.

Al volver á la granja avisó á su amo su desgracia quien le permitió que se marchara por el tiempo que quisiera, prometiéndole que volvería á tomarla á su vuelta.

Su madre agonizaba y murió al día siguiente de su llegada y Rosa parió al otro un sietemesino, enteco, flaco hasta lo indecible y que parecía padecer de continuo según lo que crispaba las manecitas descarnadas, semejantes á pinzas de cangrejo.

Vivió, sin embargo.

Afirmó que se había casado, pero que no podía tener consigo al niño, que dejó en poder de unos vecinos, que prometieron cuidarle con todo esmero.

Volvió á la granja.

En su corazón tan dolorido surgió como una aurora de amor por aquel niño que dejaba en su pueblo, y aquel mismo amor era un nuevo padecimiento, un padecimiento continuo, pues no podía tener al niño á su lado.

Lo que sobre todo la martirizaba era no poder besarle, abrazarle, sentir el calor de su cuerpecito. Por la noche apenas dormía; de día pensaba siempre en él, y por la noche, al terminar el trabajo, se sentaba ante el fuego y lo miraba fijamente como lo hacen aquellos que piensan en algo que está lejos.

Empezaban á murmurar de ella y le daban vaya sobre el amante que debía ponerla pensativa de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aquel modo; preguntándole si era guapo y buen mozo y rico y cuándo sería la boda y cuándo el bautizo. Y Rosa escapaba para llorar á sus anchas porque aquellas pullas la punzaban como alfilerazos.

Para olvidar aquellas burlas trabajaba con verdadera furia, y pensando en su hijo procuró reunir mucho dinero para él.

Resolvió trabajar de tal modo que debiesen aumentarle la soldada.

Poco á poco acaparó todas las faenas, hizo despachar á otra criada que resultaba inútil desde que ella se descrismaba de tal modo, economizó pan y aceite y luz, se enfadaba cuando echaban demasiado maíz á las gallinas ó cuando se gastaba demasiado forraje para los caballos. Fué avara del dinero de su amo como si fuese suyo y á copia de comprar barato y vender caro, burlando las tretas de los aldeanos, quedó encargada de todas las compras y ventas, de la dirección de los jornaleros y en poco tiempo supo hacerse indispensable. Vigilaba con tanto cuidado, que la granja, bajo su dirección, prosperó lo indecible. A dos leguas á la redonda hablaban de "la criada de maese Vallín„ y el granjero repetía siempre: "Es una muchacha que vale más oro que pesa.„

Sin embargo, pasaba el tiempo y no aumentaba su sueldo. Se aceptaba su trabajo como una cosa natural, como una consecuencia de su buena voluntad, y Rosa empezó á pensar con amargura que si su amo embolsaba gracias á ella cincuenta ó cien escudos más todos los meses, ella en cambio continuaba ganando sus doscientos cuarenta francos anuales, ni uno más, ni uno menos.

Resolvió pedir aumento. Por tres veces fué á ver á su amo y las tres, al estar en su presencia, hablaba de otra cosa. Le daba cierta vergüenza solicitar dinero, como si fuera acción poco delicada. Por fin un día que el amo almorzaba en la cocina, le dijo, con aspecto turbado, que deseaba hablarle á solas. Levantó el aldeano la cabeza y la miró sorprendido. Turbóse más Rosa al influjo de aquella mirada y le pidió un permiso de ocho días para ir á su pueblo, pues se sentía algo malucha.

Se lo otorgó de buena gana y después dijo turbado á su vez:

—Yo también he de hablarte cuando vuelvas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III

El niño iba á cumplir ocho meses: Rosa no le reconoció. Estaba gordo, rollizo, sonrosado, parecía paquete de grasa viva. Sus deditos gordinflones se movían suavemente, con satisfacción visible. Le besó con ansia, se apoderó de él como de una presa y lo abrazó y acarició con tales transportes que el muñeco lloró de miedo. Entonces ella se echó á llorar porque no la conocía y en cambio alargaba los bracitos á la nodriza apenas la veía.

Pero pronto se acostumbró el niño á su presencia y sonreía al verla. Rosa se lo llevaba al campo, corría alegremente, se sentaba á la sombra de los árboles, y por primera vez en la vida, aun cuando el rorro no la oyera, abría su corazón á alguien, le contaba sus penas, sus trabajos, sus cuidados, sus esperanzas y de continuo le asustaba por la furia de sus caricias.

Experimentaba un placer infinito en manosearle,

en lavarle, en vestirle y hasta le gustaba limpiarle, como si aquellos cuidados íntimos fueran una confirmación de su maternidad. Lo examinaba, pasmándose de que fuera suyo y repetía á media voz, haciéndole saltar sobre las rodillas: "Es mi chiquillo; es mi chiquillo."

Lloró durante todo el camino al volver á la granja, y apenas llegada, la llamó su amo. Acudió admirada y muy conmovida, sin saber por qué.

—Siéntate aqui—dijo.

Se sentó y permanecieron unos instantes uno al lado de otra, cortados ambos, con los brazos inertes, y sin mirarse á la cara, como los labriegos.

El dueño de la granja, que era un hombretón de unos cuarenta y cinco años, dos veces viudo, jovial y testarudo, experimentaba una turbación evidente que no le era habitual. Por fin se decidió y empezó á hablar de un modo vago, tartamudeando un poquillo y mirando hacia la campiña.

—Rosa—dijo—¿has pensado alguna vez en casarte?

Se puso pálida como una muerta. Viendo que no le respondía, el aldeano añadió:

—Eres una buena muchacha, hacendosa, activa y ahorradora. Una mujer como tú sería una fortuna para un hombre.

Rosa estaba inmóvil, con la mirada despavorida, sin saber siquiera lo que se le decía, asustada como si presintiera muy cercano un gran peligro. Esperó un segundo y luego prosiguió:

—Mira, una granja sin dueña nunca va bien, aun cuando haya una criada como tú.

Calló, pues no sabía qué añadir, y Rosa le miraba con susto, como una persona que se halla frente de un asesino y se dispone á huir al menor ademán que haga.

Por fin, al cabo de cinco minutos le preguntó:

—Bueno, ¿consientes?

Y ella contestó idiotizada:

—¿En qué, amo mío?

—¡En casarte conmigo, pardiez!

Rosa se levantó y volvió á caer en la silla, donde quedó sin movimiento, semejante á una persona á quien de repente acaeciera una gran desdicha. El aldeano se impacientó al cabo.

—Ea, veamos ¿necesitas un gran señor?

Rosa le contemplaba azorada; luego, de pronto, se le saltaron las lágrimas y repitió dos veces ahogándose:

—No puedo; no puedo.

—¿Por qué no?—preguntó el dueño.—No te hagas la tonta; te dejo hasta mañana para pensarlo.

Y se apresuró á marcharse, satisfecho por haber dado aquel paso que le turbaba mucho y no dudando de que al día siguiente su criada aceptaría una proposición que no esperaba y que para él era un excelente negocio, pues así se aseguraba para siempre el concurso de una mujer que le convenía mucho más que la heredera más rica de la comarca.

No podían detenerle los escrúpulos de hacer un casamiento desigual, pues en el campo todos son casi

iguales; el colono trabaja tanto como el gañán, quien á su vez, un día ú otro, se convierte en propietario, y las criadas pasan á convertirse muy á menudo en dueñas, sin que cambien en lo más mínimo su existencia ni sus costumbres.

Rosa no se acostó aquella noche. Cayó sentada en la cama, no teniendo siquiera ánimos para llorar, aniquilada. Estaba inerte sin sentir nada en absoluto, con el alma anonadada, como si alguien la hubiese destrozado con esas púas que sirven para cardar la lana.

Sólo de vez en cuando podía formular una reflexión, y se asustaba pensando en lo que podía ocurrir.

Aumentaba á cada instante su terror, y todas las veces que el reloj de la casa turbaba el gran silencio dando las horas, sudaba de angustia. Desvanecíasele la cabeza, las pesadillas se sucedían unas á otras, la vela se consumió, y entonces la acometió una especie de delirio, ese delirio de los aldeanos que se creen víctimas de un hechizo, y sintió un loco deseo de marcharse, de escapar, de huir ante la desdicha como huye un buque ante la tempestad que se acerca.

Silbó un mochuelo; Rosa se estremeció, se irguió, se pasó la mano por la cara y por el pelo, se palpó el cuerpo, como una loca y bajó. Cuando estuvo en el patio se deslizó con precaución para que nadie la viera, pues la luna brillaba aún. En vez de abrir la barrera escaló el talud, y cuando se halló en el campo echó á andar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Corría en línea recta con paso elástico y rápido y de cuando en cuando, inconscientemente, lanzaba un grito agudo. Su sombra desmesurada corría á su lado y á veces un ave nocturna revoloteaba sobre su cabeza. Los perros de las granjas ladraban al oirla pasar; uno de ellos saltó una valla y la persiguió para morderla; pero ella se volvió lanzando tales gritos que el perro huyó y calló.

A veces una liebre con sus lebratos jugaban y triscaban; pero cuando se acercaba aquella poseída se ocultaban todos, desaparecían temerosos y el macho huía velozmente y á veces hacía pasar su silueta por delante de la luna cuyo disco aparecía al ras del suelo en el extremo del mundo y alumbraba la llanura con su sombra oblicua, como un farol puesto en el suelo junto al horizonte.

Las estrellas se borraron poco á poco; piaron algunos pájaros; amanecía. La moza, aniquilada, jadeaba, y cuando el sol apareció en el cielo enrojecido, se detuvo.

Sus pies hinchados se negaban á sostenerla. Vió una charca, cuya agua estancada parecía sangre á los reflejos del nuevo día, y cojeando y apretándose el corazón con una mano, fué hacia ella para bañar las piernas en el líquido.

Se sentó en una mata de hierba, se quitó los zapatones cubiertos de polvo, se arrancó las medias y metió en el agua inmóvil las pantorrillas doloridas.

Una frescura deliciosa le subió desde los talones á la garganta; y de repente, al mirar con fijeza aquella charca profunda, sintió un deseo furioso de tirarse á ella. Así acabaría de padecer, acabaría todo. No pensaba ya en su hijo; quería dormir en paz, dormir eternamente. Se levantó y avanzó dos pasos. El agua le llegaba ya á los muslos é iba á precipitarse, cuando unas picaduras ardientes en los tobillos la hicieron saltar hacia atrás. Lanzó un clamor desesperado, pues desde las rodillas á los pies negras sanguijuelas chupaban su sangre, pegadas á su piel. No se atrevía á tocarlas y gritaba horrorizada. Sus alaridos atrajeron á un labriego, que arrancó una por una las sanguijuelas, comprimió las llagas con hierbas y acompañó á la muchacha á su granja.

Estuvo quince días en la cama, y al salir á tomar el sol, cuando estuvo restablecida, el amo se plantó ante ella.

—Quedamos conformes, ¿verdad?

No contestó Rosa al principio, pero como él permanecía inmóvil mirándola, articuló al cabo con esfuerzo:

—No, amo mío, no puedo.

Aquél se enfadó.

—¿Por qué no puedes, muchacha?

Rosa rompió á llorar y repitió:

—No puedo.

Su amo la devoraba con la vista y gritóle:

—¿Acaso tienes un amante?

Ella, temblando de vergüenza:

—Quizá sí—dijo.

El aldeano, colorado como una amapola, balbuceaba colérico:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Ah! ¿Lo confiesas, pues, pindonga? ¿Qué clase de pájaro es? ¿Algún potentado sin duda, algún banquero? Dime de quién se trata.

Y como ella no contestara, prosiguió:

—¡Ah! ¿No quieres decirlo?... Ya te lo voy á decir yo. Es Juan Bandu.

—No, ese no—exclamó Rosa.

—Entonces es Pedro Martín.

—Tampoco, amo mío.

El labriego nombraba á todos los mozos de la comarca y ella negaba, abrumada de pesar. Pero aquél continuaba inquiriendo con obstinación salvaje, rascando aquel corazón para saber su secreto, como un perro de caza escarba durante un día entero junto á una madriguera para apoderarse de la pieza que sabe que hay en el fondo. De súbito exclamó:

—¡Ah, ya sé! Es Jaime, el gañán del año anterior. Decían que te hablaba y que os habíais dado palabra de casamiento.

Rosa se sofocó. Una oleada de sangre le subió al rostro y sus lágrimas se secaron en sus mejillas, como gotas de agua sobre un hierro candente. Y gritó:

—¡No, no es él, no!

—¿De veras?—preguntó el solapado labriego, que empezaba á ver claro.

Rosa replicó precipitadamente:

—Le juro que no, que no...

Trataba de jurar sin mentar cosas santas. El la interrumpió:

—Recuerdo, sin embargo, que procuraba estar

junto á ti y que se te comía con los ojos. ¿Le has dado palabra?

Rosa miró á su amo á la cara y dijo:

—No, jamás, jamás; y le juro por Dios que si viniera á solicitarme no le querría.

Parecía hablar con tanta sinceridad, que el labriego vaciló, y repuso como hablando al sayo:

—Maldito si lo entiendo. Supongo que no has faltado, porque se hubiese sabido. Y ya que no es eso, no sé por qué una moza como tú ha de despreciar á su amo. Algo debe haber.

Rosa no contestaba, abrumada por su dolor.

El aldeano insistió todavía:

—¿De modo que no quieres?

—No puedo, amo mío.

Su amo le volvió la espalda y se alejó.

Se creyó ya libre y pasó el resto del día con tranquilidad; pero se sentía tan cansada, tan extenuada, como si, en vez del viejo penco, hubiera sido ella la que hubiera dado vueltas á la noria.

Se acostó tan pronto como pudo y se durmió en seguida.

A media noche sintió dos manos que palpaban la cama. Se estremeció de miedo, pero reconoció en seguida la voz de su amo que decía:

—No temas, Rosa, soy yo que quiero hablarte.

Luego, como trataba de meterse entre sábanas, comprendió lo que quería y se echó á temblar, sintiéndose sola en la obscuridad, aun medio dormida, desnuda en la cama, junto á aquel hombre que la deseaba. No consentía la moza, pero resistió sin brío

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

luchando ella misma contra el instinto que tan alto habla en las naturalezas poco afinadas y mal protegida por la voluntad de esas razas inertes y pasivas. Volvía la cabeza tan pronto hacia la pared como hacia el cuarto para evitar las caricias de la boca que buscaba la suya, y retorcía el cuerpo bajo la sábana, fatigada, casi rendida. Él se mostraba cada vez más brutal, impulsado por su deseo. La descubrió con brusco movimiento. Entonces comprendió que no podía resistir más, y obedeciendo á un pudor de avestruz se tapó la cara con las manos y cesó de defenderse.

El amo pasó el resto de la noche con ella. Volvió al día siguiente y todos los demás.

Hicieron vida marital.

Una mañana le dijo el rústico:

—He hecho publicar las amonestaciones; nos casamos el mes que viene.

Rosa no contestó. ¿Qué podía decir? No resistió. ¿Cómo hacerlo?

IV

Se casaron. Sentíase Rosa como hundida en un agujero sin fondo, de inaccesibles bordes y toda suerte de desdichas la amenazaban, como rocas prestas á desplomarse. Su marido le hacía el efecto de un hombre á quien hubiese robado y que tarde ó temprano descubriría el delito. Pensaba luego en su hijo, causa de sus pesares, pero también de las únicas dichas sentidas.

Iba á verle dos veces todos los años y volvía cada vez más triste.

Sin embargo, el tiempo calmó su inquietud, reposó su corazón y vivía más tranquila aun cuando un vago temor asaltara de cuando en cuando su alma.

Pasaron años; el niño tenía seis. Sentíase Rosa casi feliz cuando de pronto su esposo se puso taciturno y hosco.

Desde dos ó tres años antes parecía abrigar cierta inquietud, un torcedor que aumentaba poco á poco.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

luchando ella misma contra el instinto que tan alto habla en las naturalezas poco afinadas y mal protegida por la voluntad de esas razas inertes y pasivas. Volvía la cabeza tan pronto hacia la pared como hacia el cuarto para evitar las caricias de la boca que buscaba la suya, y retorcía el cuerpo bajo la sábana, fatigada, casi rendida. Él se mostraba cada vez más brutal, impulsado por su deseo. La descubrió con brusco movimiento. Entonces comprendió que no podía resistir más, y obedeciendo á un pudor de avestruz se tapó la cara con las manos y cesó de defenderse.

El amo pasó el resto de la noche con ella. Volvió al día siguiente y todos los demás.

Hicieron vida marital.

Una mañana le dijo el rústico:

—He hecho publicar las amonestaciones; nos casamos el mes que viene.

Rosa no contestó. ¿Qué podía decir? No resistió. ¿Cómo hacerlo?

IV

Se casaron. Sentíase Rosa como hundida en un agujero sin fondo, de inaccesibles bordes y toda suerte de desdichas la amenazaban, como rocas prestas á desplomarse. Su marido le hacía el efecto de un hombre á quien hubiese robado y que tarde ó temprano descubriría el delito. Pensaba luego en su hijo, causa de sus pesares, pero también de las únicas dichas sentidas.

Iba á verle dos veces todos los años y volvía cada vez más triste.

Sin embargo, el tiempo calmó su inquietud, reposó su corazón y vivía más tranquila aun cuando un vago temor asaltara de cuando en cuando su alma.

Pasaron años; el niño tenía seis. Sentíase Rosa casi feliz cuando de pronto su esposo se puso taciturno y hosco.

Desde dos ó tres años antes parecía abrigar cierta inquietud, un torcedor que aumentaba poco á poco.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Permanecía largo rato en la mesa, con la frente entre las manos, triste, muy triste, roído por algún pesar. A veces sus réplicas eran brutales; parecía guardar rencor á su mujer, pues le contestaba de cuando en cuando con dureza, casi con cólera.

Un día que un rapaz de una vecina fué á buscar huevos y Rosa no estuvo nada amable con él, exclamó su marido:

—Si fuera tuyo, de otro modo le trataras.

Quedó cortada sin acertar á responder, y de nuevo despertaron sus angustias.

A la comida el aldeano no le habló, no la miró siquiera y parecía detestarla, despreciarla, saber algo en fin.

Trastornada, no se atrevió á quedar á solas con su esposo después de comer y corrió á la iglesia.

Anochecía. La estrecha nave estaba obscura y en el silencio se oían pasos lejanos. Eran los del sacristán que preparaba la lámpara de noche para el tabernáculo. Aquel puntito de fuego, que oscilaba entre las tinieblas de la bóveda, apareció á Rosa como una última esperanza y fijando en él los ojos cayó de rodillas.

La luz subió por los aires con ruido de cadenas. Se oyó en el pavimento el salto de una persona que llevaba zuecos y el frote de una cuerda que arrastraba, y la campana tocó el *Angelus* de la tarde á través de la niebla cada vez más espesa. Cuando el sacristán iba á salir se le acercó Rosa.

—¿Sabe usted si el señor cura está en la rectoría?

—Creo que sí; come siempre á la hora del *Angelus*.

Entonces, temblando, abrió la barrera de la rectoría.

El cura se sentaba á la mesa. La hizo sentar.

—Sí, sí, ya sé; su marido me ha hablado del asunto.

La pobre mujer desfalleció.

—¿Qué quiere usted, hija mía?

Y tragaba con ansia las cucharadas de sopa que goteaba en la sotana grasienta, que marcaba la barriga.

Rosa no se atrevía á implorar ni á hablar tan sólo. Se levantó. El cura le dijo:

—Valor...

Salió.

Volvió á la granja sin saber lo que hacía. El amo la aguardaba; los braceros habían marchado ya. Entonces cayó Rosa á sus pies vertiendo torrentes de lágrimas.

—¿Qué es lo que te hice?

El empezó á gritar, á renegar:

—¡Que no podemos tener hijos, pardiez! Cuando uno se casa no es para pasarse toda la vida solo con su mujer. Esto es lo que tengo. Cuando una vaca no tiene terneras es que no vale nada. Cuando una mujer no tiene hijos es que tampoco vale gran cosa.

Ella lloraba, balbuceaba, repitiendo:

—¡No es culpa mía! ¡No es culpa mía!

Entonces su esposo se amansó algo y añadió:

—No digo esto; pero de todos modos es fastidioso.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

V

Desde aquel día Rosa sólo tuvo un pensamiento, un deseo: tener un hijo, otro hijo y explicó su deseo á todo el mundo.

Una vecina le indicó un buen medio: hacer beber cada noche á su marido un vaso de agua con un poquito de ceniza. El aldeano se prestó á ello, pero sin resultado.

Pensaron: "Quizá hay algún secreto para ello„ y procuraron enterarse. Les indicaron un pastor que vivía á unas diez leguas de allí, y maese Vallín, enganchando el birlocho fuese allá. El pastor le entregó un pan al que atribuía gran virtud, un pan amasado con hierbas y del que era preciso que comieran ambos un bocado antes y después de sus caricias.

Se consumió el pan entero sin obtener ningún resultado.

Un maestro de escuela les explicó misterios, procedimientos amorosos desconocidos en el campo, é infalibles según él. Nada consiguieron.

El cura aconsejó una peregrinación á la preciosa Sangre de Fécamp. Rosa se prosternó con la multitud en la abadía, y confundiendo sus votos á las greseras súplicas de los aldeanos, rogó á Aquél á quien todos imploran que la hiciera de nuevo fecunda. En vano. Entonces imaginó que aquello era un castigo por su primera falta y la sobrecogió un dolor inmenso.

El pesar la consumía; su marido también envejecía: "Se le pudren las sangres„, decían los aldeanos.

Entonces hubo una verdadera guerra entre ellos. El la injurió, la pegó. Durante todo el día la regañaba y por la noche, en la cama, le lanzaba á la cara los insultos más groseros.

Una noche, no sabiendo qué inventar para atormentarla, le ordenó que se levantara y que esperara el amanecer ante la puerta tomando la lluvia. Como no obedeciera, la cogió por el cuello y la dió de puñadas en el rostro. Rosa nada dijo, no se movió. Exasperado le puso la rodilla en el vientre, y con los dientes apretados, loco de rabia, la mataba. Entonces ella sintió un impulso de desesperada rebeldía y con furia inaudita le rechazó hacia la pared, se incorporó y después, con la voz cambiada, ronca, exclamó:

—¡Tengo un hijo; un hijo mío! Lo tuve con Jaime, sabes, con aquel gañán que se marchó. Debía casarse conmigo: se fué.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El aldeano, estupefacto, permanecía inmóvil y, tan trastornado como ella misma, balbuceaba:

—¿Qué dices? ¿Qué dices?

Entonces ella se puso á sollozar, y murmuró en voz baja:

—Por eso no quería casarme contigo, por eso. No podía decírtelo; me habrías puesto de patitas en la calle. Tú en cambio no tienes hijos porque no sabes, porque no sabes.

Y él repetía maquinalmente cada vez más sorprendido:

—¿Tienes un hijo? ¿Tienes un hijo?

Ella pronunció entre dos sollozos:

—Me poseiste á la fuerza, supongo que te acuerdas. Yo no quería casarme.

Entonces él saltó de la cama, encendió una vela y se puso á pasear por el cuarto con las manos á la espalda. Ella lloraba, tendida en la cama. De pronto su marido se detuvo, y dijo:

—¿Qué culpa tengo de no tener hijos?

Ella no contestó y él volvió á pasearse; después, deteniéndose de pronto, preguntó:

—¿Qué edad tiene tu chiquillo?

Rosa murmuró:

—Va á cumplir seis años.

—¿Por qué no me has hablado nunca de él?

Ella gimió:

—¿Podía acaso?

Su esposo permanecía pensativo, inmóvil.

—Ea, levántate,—dijo.

Se levantó con esfuerzo, y cuando estuvo de pie

apoyada en la pared, él se echó á reir con alegría, como en los buenos tiempos de su matrimonio, y como la vió trastornada, dijo:

—Bueno; iremos á buscar á ese niño, ya que no hemos podido tener uno nuestro.

Sintió Rosa tal pavor que huyera de tener fuerzas para ello, mientras el aldeano se restregaba las manos, murmurando:

—Quería adoptar un chico; ya había hablado al cura para adoptar un huérfano; ya lo hemos encontrado.

Luego, sin cesar de reir, besó á su mujer en ambas mejillas y gritó como si temiese que no le oyera por lo trastornada que estaba:

—Ea, mamá, vamos á ver si han quedado unas sopas; se me ha abierto el apetito.

Se puso Rosa las sayas y el corpiño y bajaron; y mientras ella, de rodillas, soplaba el fuego bajo la olla, él, contentísimo, continuaba andando á grandes pasos por la cocina, repitiendo:

—De veras que me alegro; sí, va de veras, estoy contento, muy contento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL BURDEL

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El burdel

I

Acudían allí los hombres á las once de la noche, del modo más natural del mundo, como se va al café.

Se reunían seis ú ocho, siempre los mismos, no calaveras impenitentes, sino personas respetables, comerciantes, jóvenes de la ciudad. Tomaban una copita de chartreuse retozando con las chicas ó hablando en serio con la *Señora*, por todos respetada.

Se marchaban antes de dar las doce. Algunas veces se quedaban los jóvenes.

La casa era patriarcal, pequeñita, pintada de amarillo en la esquina de una calleja, detrás de la iglesia de San Esteban; desde las ventanas se veía el puerto lleno de buques á la descarga, la extensa marisma llamada "la Retenue„, y más allá la costa de la Virgen con su antiquísima capilla de piedra gris.

La *Señora*, hija de una familia de campesinos aco-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

modados del departamento del Eure, aceptó aquella profesión de igual manera que se hubiese hecho modista ó lencera. El prejuicio del deshonor que engendra la prostitución, tan vivo en las ciudades, no existe en la campiña normanda. Un aldeano dice: "Es un buen oficio„, y envía á su hija á dirigir un harém de rameras como la enviaría á regentar un colegio de señoritas.

Aquella casa provenía de la herencia de un tío de la *Señora*, que la dirigió durante muchos años. El *Señor* y la *Señora*, que eran posaderos cerca de Ivetot, se apresuraron á liquidar la hostería, pensando que el negocio de Fecamp era más productivo; y un día se presentaron á tomar la dirección de la casa, que iba de mal en peor, por falta de persona interesada que cuidara de ella.

Eran buenas personas que pronto se captaron el aprecio de su personal y de los vecinos.

El *Señor* murió de una apoplejía dos años antes. Su nueva profesión no le obligaba á ningún ajetreo violento, había engordado, le mató el exceso de salud.

La *Señora*, desde que era viuda, había sido solicitada en vano por los parroquianos. Se decía que era del todo virtuosa y sus mismas pupilas no la habían pillado jamás en un renuncio.

Era alta, gruesa, de buen ver. Su tez, que había palidecido en la obscuridad de aquella casa siempre cerrada, parecía relucir como si la hubieran dado barniz. Un cerquillo de pelo rizado rodeábale la frente y le daba un aspecto juvenil que no armonizaba

con la madurez de sus formas. Siempre alegre y dicharachera, bromeaba sin hacerse de rogar, pero con cierta reserva que sus nuevas ocupaciones no habían borrado del todo. Las palabras gruesas siempre la molestaban, y cuando algún muchacho mal educado llamaba por su nombre verdadero el establecimiento, se indignaba y protestaba. En una palabra, tenía el alma delicada, y aun cuando trataba á sus pupilas como amigas, repetía á menudo que "no eran de una misma calaña„.

A veces entre semana partía en coche con unas cuantas mujeres y se iban á correr y divertirse á orillas del riachuelo que corre por el valle de Valmont. Jugaban y triscaban como locas, corrían y saltaban hasta perder el aliento, á fuer de reclusas enamoradas de la libertad del campo. Comían embutidos y bebían sidra sentadas en el verde césped, y volvían á casa al anochecer, con un cansancio delicioso, enternecidas, y en el coche besaban á la *Señora* como se besa á una madre cariñosa y complaciente.

La casa tenía dos entradas. En la esquina había un cafetín al que por la noche acudían gente del pueblo y marineros. Dos de las muchachas estaban destinadas especialmente á las necesidades de aquella parte de la clientela. Servían, ayudadas por un mozo, Federico, chiquitín, imberbe y fuerte como un buey, los jarros de vino y sidra, y echando los brazos al cuello de los parroquianos, sentadas sobre sus piernas, les incitaban á beber más y más.

Las otras tres muchachas (eran cinco en junto)

30509
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

formaban una especie de aristocracia y estaban reservadas á la clientela del primer piso, á no ser que se necesitaran abajo sus servicios y no hubiese nadie arriba.

El salón de Júpiter, donde se reunían los burgueses de la ciudad, estaba tendido de papel azul y adornado con un dibujo que representaba á Leda y al cisne. Se llegaba á tal sitio por medio de una escalera de caracol que daba á una puerta de pobre apariencia sobre la cual brillaba toda la noche un farolito como los que aun se encienden en algunas ciudades al pie de las Vírgenes empotradas en la pared.

El edificio, húmedo y viejo, olía á mohoso. A veces se sentía un fuerte perfume de agua de Colonia en los corredores y otras, por una ventana ó por una puerta abierta llegaba el estruendo de las canciones populacheras de abajo, que hacían fruncir el ceño á los señores del primer piso.

La *Señora* se mostraba muy amable con los parroquianos y gustaba de comentar las noticias de la ciudad que ellos le traían. Su conversación seria resultaba agradable mezclándose á la charla descosida de las tres mozas; formaba como un paréntesis á las frases picarescas ó descocadas de los barrigudos tíos, libertinos de pega que todas las noches se permitían el lujo de echar unas copitas en compañía de tales muchachas.

Las del piso primero se llamaban Fernanda, Rafaela y Rosa la Tarambana.

Como el personal era escaso se había procurado

que cada una de las mozas fuera algo así como una muestra, un resumen de un tipo femenil, á fin de que cada cliente pudiera hallar, hasta cierto punto por lo menos, la realización de su ideal.

Fernanda representaba la *rubia guapa*, alta, casi obesa, de carnes blandas, una campesina cuyas pecas se negaban á borrarse y cuyos cabellos lacios, cortos y descoloridos, semejantes á una madeja de cáñamo, apenas le tapaban el cráneo.

Rafaela era una marsellesa que se había arrastrado por todas las playas y representaba el tipo indispensable de la *hermosa judía*, flacucha, de pómulos salientes, revocados de rojo. Su pelo negro, reluciente á fuerza de tuétano de vaca, formaba ricillos en las sienes. Sus ojos parecieran bellos, si en el derecho no tuviera una nube. Su nariz aguileña caía sobre una mandíbula acentuada y en la boca dos dientes postizos resaltaban junto á los naturales que habían tomado el color de la madera vieja.

Rosa la Tarambana, parecía una bola de carne, bajita, barriguda; cantaba desde la mañana á la noche, tan pronto canciones obscenas como sentimentales, contaba cosas que á nadie interesaban; sólo cesaba de charlar para comer y de cantar para hablar; no se estaba quieta ni un momento; era ligera como una ardilla á pesar de su gordura, y de continuo resonaban sus carcajadas, compuestas de una serie de chillidos, ya en el salón, ya en la escalera ó en el café, que soltaba á tontas y á locas.

Las dos ninfas de la tienda eran Luisa la Cocote y Flora conocida por la Oca por su leve cojera. La

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

primera iba siempre vestida de *Libertad*, con una faja tricolor; la otra de española falsificada con el pelo color de zanahoria, adornado de monedas de bronce que se entrechocaban á cada uno de sus pasos desiguales. Ambas parecían maritornes en traje de carnaval. Hijas del pueblo, se parecían á sus iguales, no más feas ni más guapas, y en el puerto se las conocía por el alias de las dos Bombas.

Aun cuando sentían celos una de otra, por regla general reinaba completa armonía entre las cinco mujeres, gracias á la prudencia habilidosa de la *Señora* y á su constante buen humor.

El establecimiento, el único de la ciudad, era muy frecuentado. La *Señora* había sabido darle un aspecto distinguido. Mostrábase tan amable y servicial para todos; era tan conocido su buen corazón, que todos le guardaban ciertas atenciones. Los parroquianos procuraban serle agradables y se daban importancia cuando ella les manifestaba amistad más firme. Cuando durante el día tenían que verse para sus asuntos, se decían al despedirse: "Hasta la noche, donde sabe usted„, como dirían: "Hasta el café.„

En una palabra, el burdel era un recurso, y rara vez dejaban de acudir á él los parroquianos.

Acaeció que una noche, á fines de mayo, el que llegó primero, el señor Paulín, comerciante en maderas y ex-alcalde, halló la puerta cerrada. El farolito no ardía detrás de su reja y ningún ruido se oía en la casa, que parecía desierta. Llamó suavemente primero, después con más fuerza; no le contestaron.

Entonces se fué calle arriba andando despacio, y al llegar á la plaza del Mercado halló al señor Duvert, el armador, que iba al mismo sitio. Fueron juntos, sin resultado. De pronto oyeron un gran ruido á pocos pasos; era que un grupo de marineros ingleses y franceses llamaban á puñetazos á la puerta del café.

Los dos compinches se alejaron con rapidez, no queriendo verse comprometidos. Detuviéronse al oir un discreto ¡pst! que les dirigía el señor Tournevan, el pescadero. Le pusieron en autos y lo sintió de veras, porque, como era casado y padre de familia, sólo acudía allí los sábados "*securitatis causa*„, como decía aludiendo á una medida de policía sanitaria de la que su amigo el doctor Borde le explicara la periodicidad. El cierre caía en sábado y no podría volver hasta la semana siguiente.

Los tres amigos fueron hacia el muelle y por el camino hallaron al joven Felipe, el hijo del banquero, que era también parroquiano, y el señor Pimpesse, el maestro de escuela. Juntos todos, probaron la última tentativa. Los marineros, indignados, sitiaban la casa, tiraban piedras, alborotaban, y los clientes del primer piso se alejaron mohinos.

También hallaron al paso al señor Dupuis, agente de seguros; luego al señor Vasse, juez del tribunal de comercio, y juntos todos se fueron hacia el puerto. Sentáronse en la escollera y miraron el desfile interminable de las olas. La espuma que coronaba sus crestas, formaba en la obscuridad dibujos luminosos que se apagaban en cuando relucían, y el ruido monótono del mar rompiendo en las rocas, se prolonga-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

ba en la obscuridad á lo largo de la escollera. Al cabo de un rato de estar allí los aburridos calaverones, el señor Tournevan dijo:

—¡Qué aburrido es esto!

—Del todo—confirmó el señor Pimpesse, y se alejaron pasito á paso.

Después de seguir la calle que domina la costa, y que llaman "Bajo el bosque„, atravesaron un puente de madera, pasaron cerca de la vía férrea y salieron cerca del Mercado donde estalló una disputa entre el maestro y el pescadero á propósito de una seta comestible que uno de ellos afirmaba haber hallado en las cercanías de la ciudad.

Agriados los ánimos por el aburrimiento, quizás hubiesen llegado ambos contendientes á las manos, á no mediar los demás. Retiróse ofendido el maestro y su partida fué la señal de un nuevo altercado entre el exalcalde y el agente de seguros acerca del sueldo que cobraba el maestro y las gangas que tenía. Las palabras injuriosas se sucedían y menudeaban cuando, de pronto, se oyó un formidable alboroto. Era que el grupo de marineros se había cansado de alborotar en la calleja y se retiraba por parejas vociferando de un modo descompasado. Los burgueses se ocultaron en el quicio de una puerta para dejar pasar á aquellos energúmenos que por fin se alejaron. Durante gran trecho aun se oyeron los clamores que disminuían como una tempestad que se aleja y el silencio se restableció al cabo.

Los contendientes, Paulín y Dupuis, furiosos uno contra otro, se marcharon cada uno por su lado sin saludarse.

Los otros cuatro volvieron á ponerse en marcha é instintivamente se encaminaron al burdel. Continuaba cerrado, mudo, impenetrable. Un borracho, pacífico y obstinado, daba golpecitos en la puerta del café y llamaba á media voz á Federico el camarero. Viendo que no le contestaban, tomó el partido de sentarse en el escalón de la puerta en espera de los acontecimientos.

Los burgueses iban á retirarse cuando el tumultuoso grupo de los marineros reapareció á la entrada de la calle. Los franceses vociferaban la *Marsellesa*, los ingleses el *Rule Británica*. Hubo un ataque general contra las paredes y luego aquella manada de brutos se alejó hacia el muelle, estallando un combate entre los marinos de las dos naciones. De la lucha salió un inglés con un brazo roto y un francés con la nariz partida.

El borracho, que estaba junto á la puerta, lloraba como lloran los kurdas ó los muchachuelos contrariados.

Por fin se dispersaron los burgueses.

Poco á poco se restableció la calma. Sólo de cuando en cuando resonaban gritos y vociferaciones que se apagaban gradualmente.

El señor Tournevau era el único que erraba como alma en pena, desesperado por tener que esperar al otro sábado y esperaba alguna casualidad, exasperado de que la policía dejara cerrar de aquella ma-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nera un establecimiento do utilidad pública cuya guarda le está confiada.

Volvió hacia allí, buscando la causa del cierre, husmeando y vió al cabo un cartelón pegado á la puerta. Encendió una cerilla y leyó: "*Cerrado por una primera comunión.*„

Se alejó, comprendiendo que no tenía remedio su desdicha.

El borracho dormía tendido cuán largo era junto á la puerta inhospitalaria.

Al día siguiente todos los parroquianos hallaron medio de pasar por la calleja, llevando un fajo de papeles bajo el brazo para fingir que les obligaba un asunto urgente á pasar por allí y una ojeada furtiva les bastaba para leer el cartel misterioso: "*Cerrado por una primera comunión.*„

II

La *Señora* tenía un hermano carpintero en su país natal, Virville, en el Eure. Cuando aun era fondista en Ivetot la *Señora* fué madrina de una hija de su hermano, á la que puso el nombre de Constancia, Constancia Rivet. El carpintero, que sabía que su hermana había hecho fortuna, no la olvidaba por más que sólo se veían de tarde en tarde, ya que ambos se debían por entero á sus respectivas ocupaciones. Como su hija iba á cumplir doce años y aquel año haría su primera comunión, escribió á su hermana diciendo que contaba con ella para la ceremonia, aprovechando la ocasión para estrechar sus relaciones. Sus padres habían muerto y la *Señora* no podía rehusar aquel servicio á su ahijada. Aceptó, pues. Su hermano, que se llamaba José, esperaba que á fuerza de atenciones, quizás se decidiera á testar en favor de la niña, ya que ella no tenía hijos.

La profesión de su hermana no le empachaba lo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nera un establecimiento do utilidad pública cuya guarda le está confiada.

Volvió hacia allí, buscando la causa del cierre, husmeando y vió al cabo un cartelón pegado á la puerta. Encendió una cerilla y leyó: "*Cerrado por una primera comunión.*„

Se alejó, comprendiendo que no tenía remedio su desdicha.

El borracho dormía tendido cuán largo era junto á la puerta inhospitalaria.

Al día siguiente todos los parroquianos hallaron medio de pasar por la calleja, llevando un fajo de papeles bajo el brazo para fingir que les obligaba un asunto urgente á pasar por allí y una ojeada furtiva les bastaba para leer el cartel misterioso: "*Cerrado por una primera comunión.*„

II

La *Señora* tenía un hermano carpintero en su país natal, Virville, en el Eure. Cuando aun era fondista en Ivetot la *Señora* fué madrina de una hija de su hermano, á la que puso el nombre de Constancia, Constancia Rivet. El carpintero, que sabía que su hermana había hecho fortuna, no la olvidaba por más que sólo se veían de tarde en tarde, ya que ambos se debían por entero á sus respectivas ocupaciones. Como su hija iba á cumplir doce años y aquel año haría su primera comunión, escribió á su hermana diciendo que contaba con ella para la ceremonia, aprovechando la ocasión para estrechar sus relaciones. Sus padres habían muerto y la *Señora* no podía rehusar aquel servicio á su ahijada. Aceptó, pues. Su hermano, que se llamaba José, esperaba que á fuerza de atenciones, quizás se decidiera á testar en favor de la niña, ya que ella no tenía hijos.

La profesión de su hermana no le empachaba lo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

más mínimo y, por otra parte, no sabían nada de ello en la comarca. Decían de ella: "La señora Tellier es una burguesa de Fecamp„, lo cual hacía suponer que tenía rentas. De Fecamp á Virville hay veinte leguas por lo menos y veinte leguas de tierra son para un labriego un viaje mucho más difícil que la travesía del Oceano para un hombre civilizado. Los de Virville no pasaban de Ruan y los de Fecamp no iban nunca á Virville, pueblo sin importancia, que no era tan sólo del mismo departamento. En fin, que nada sabían.

Pero al aproximarse la época de la primera comunión, la *Señora* topó con una dificultad. No tenía segunda ama y no quería dejar abandonada su casa ni aun durante veinticuatro horas. Las rivalidades entre las chicas de arriba y las del café estallarían sin duda alguna; Federico se emborracharía y cuando había bebido aporreaba brutalmente á cualquiera. Decidió llevarse á todas sus pupilas y dar un día de libertad al camarero.

Consultado el hermano, no opuso reparo alguno y se encargó de alojar á todas las mujeres por una noche. Así pues, el sábado el tren expreso de las ocho se llevó á la *Señora* y á sus pupilas, instaladas en un vagón de segunda clase.

Hasta Benzeville estuvieron solas y charlaron como cotorras. Pero en esta población subió al tren una pareja campesina. El hombre llevaba una blusa azul con cuello fruncido y mangas anchas ajustadas á las muñecas; cubría su cabeza un sombrero de copa alta de forma antigua, cuyo pelo rojizo parecía

erizado y llevaba en una mano un inmenso paraguas colorado y en la otra una cesta de la que salían las cabezas despavoridas de tres patos. La aldeana, muy tiesa dentro de su vestido dominguero, tenía cara de gallina y una nariz muy puntiaguda. Se sentó frente de su marido y se quedó inmóvil, como deslumbrada de estar entre gente que tan principal se le antojaba.

Efectivamente, los trajes de las pupilas y de la *Señora* eran chillones á más no poder. La *Señora* llevaba un vestido azul y un chal de cachemira de un color rojo subido, que deslumbraba. Fernanda se ahogaba dentro de un vestido escocés, cuyo cuerpo, abotonado á duras penas por sus compañeras, levantaba su pecho flácido formando dos promontorios que, según lo que se agitaban, antes parecían líquidos que sólidos.

Rafaela llevaba un sombrero de plumas que figuraba un nido lleno de pájaros y un vestido color de lila con arabescos dorados que recordaba las estrofas orientales, que casaban bien con el carácter de su fisonomía. Rosa la Tarambana ostentaba una falda del color de su nombre con anchos faralaes, y parecía una niña gordinflona, una enana obesa, y las dos Bombas parecían haberse cortado los vestidos de uno de esos cortinajes rameados que estaban en moda á principios del siglo.

Desde que no estuvieron solas en el vagón, las muchachas adoptaron un continente severo y hablaron de cosas serias para que se formara buena opinión de ellas. Pero en Bolbec subió al compartimien-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

to un caballero que usaba patillas rubias, sortijas y gruesa cadena de reloj. Puso en la red una porción de paquetes envueltos en encerado negro. Parecía bromista y muy llanote. Saludó, sonrió y preguntó con desparpajo:

—Estas señoras parece que cambian de guarnición.

Aquellas palabras turbaron á todas las mozas. La *Señora* puso cara seria y contestó secamente:

—Podría usted ser más cortés.

El recién llegado se excusó:

—Dispense usted; quise decir de convento.

La *Señora*, ó porque no supo qué contestar ó porque juzgara suficiente la admonición, saludó y no chistó.

Entonces el de las patillas, que estaba sentado entre Rosa la Tarambana y el aldeano, empezó á guiñar los ojos á los patos, cuyas cabezas salían de la cesta. Luego, cuando comprendió que sus compañeras de viaje le miraban, empezó á hacer cosquillas á los patos bajo el pico, hablándoles en broma para entretener á los demás.

—¡Hemos dejado el estanque, cuac, cuac, cuac, para trabar confianza con el asador, cuac, cuac, cuac!

Los desdichados animalitos volvían la cabeza para evitar aquellas caricias y hacían esfuerzos para salir de su cárcel de mimbre; luego, de pronto, los tres lanzaron un lamentable grito de angustia: ¡Cuac! ¡Cuac! ¡Cuac!

Entonces hubo una explosión de carcajadas entre

las pupilas de la casa Tellier. Se empujaban, se apartaban unas á otras para ver; todas se interesaban por los patos, y el viajero redoblaba sus gracias y diabluras.

Rosa no pudo contenerse é inclinándose sobre las piernas de su vecino, besó á los animalitos en el cuello. Todas las otras quisieron besarlos á su vez y el viajero sentaba á las chicas sobre sus rodillas, las hacía saltar, las pellizcaba, y de repente las tuteó.

Los dos labriegos, más atortolados aún que sus aves, miraban con ojos despavoridos, sin atreverse á hacer un movimiento y en sus rostros arrugados no se observaba el más leve estremecimiento.

Entonces el bromista, que era un viajante de comercio, ofreció por broma unos tirantes á cada una de las señoras, y tomando uno de los paquetes, lo abrió. El paquete contenía ligas.

Las había de seda de todos los colores, con broches de metal formados por dos amorcillos enlazados y dorados. Las mozas lanzaron exclamaciones de alegría y luego examinaron las muestras con la seriedad que tienen todas las mujeres si llegan á sus manos cintajos ó cualquier cachivache que les gusta. Se consultaban con la mirada, cuchicheaban entre sí, y la *Señora* manoseaba con envidia un par de ligas amarillas, más anchas que las demás: verdaderas ligas de ama.

El viajante esperaba y se le había puesto una idea entre ceja y ceja.

—Ea, gatitas mías, hay que probarlas.

Hubo una tempestad de exclamaciones y todas

apretaban las sayas entre las piernas, como si temieran que se les hiciese violencia. El viajante esperaba con gran sosiego. De pronto declaró:

—Ya que no les gustan, las guardo.

Y añadió con gran finura:

—Regalo un par, á elegir, á la que las pruebe.

Pero ninguna quería y adoptaron un continente digno. Las dos Bombas parecían tan consternadas que renovó su proposición. Flora la Oca, poseída de un deseo vehemente, vacilaba.

El viajante la tentó:

—Ea, atrévete, muchacha, toma este par lilas que irán perfectamente.

La chica se decidió. Levantóse las sayas y mostró una pierna gruesa y mal formada embutida dentro de una media que no brillaba por su finura; y el pícaro le hacía cosquillas para hacer chillar á la chica. Al acabar le dió el par escogido y preguntó:

—¿Quién quiere otras?

—¡Yo, yo, yo!—gritaron todas á una.

Empezó por Rosa la Tarambana, que mostró una cosa informe, un verdadero embutido de pierna, sin tobillo. Fernanda mereció los cumplidos del viajante, á quien entusiasmaron sus poderosas columnas. Las entecas tibias de la hermosa judía no obtuvieron tanto éxito. Luisa Cocote cubrió por broma la cabeza del viajante con sus sayas y tuvo que intervenir la *Señora* para hacer cesar aquella broma inconveniente. Por fin la misma *Señora* mostró su pierna robusta y bien formada, y el viajante, sorprendido y encantado, se quitó el sombrero para saludar aquella hermosa pantorrilla, á fuer de caballero francés.

Los dos aldeanos, cada vez más estupefactos, miraban de reojo aquella escena, y de tal manera se parecían á un par de gallinas ó pollos, que el viajante, al levantarse, prorrumpió en un formidable "ki-ki-ri-ki„, que hizo reir á todas las muchachas.

Bajaron los labriegos en Motteville, con su cesta, sus patos y sus paraguas, y la mujer dijo á su marido al alejarse:

—Son unas cuantas perdidas que van á ese maldito París.

El viajante bromista bajó en Ruan después de mostrarse tan grosero que la *Señora* se vió obligada á reñirle de firme. Y añadió á guisa de moraleja:

-Esto nos enseñará á ser más prudentes.„

En Oissel cambiaron de tren y en una de las estaciones hallaron á José Rivet que las esperaba con un gran carro lleno de sillas, tirado por un caballo blanco.

El carpintero besó cortesmente á su hermana y á las muchachas y las ayudó á subir al carro. Tres se sentaron en las sillas de detrás, y Rafaela, la *Señora* y José en las delanteras. Rosa se acomodó como pudo sentándose en las rodillas de Fernanda. El carro se puso en camino. Pero el trote del caballejo sacudió de tal modo el carro que las sillas empezaron á bailar, lanzando á las viajeras de un lado para otro. Chillaban asustadas y callaban al sentir una sacudida más fuerte. Se agarraban á las barandillas, los sombreros se les caían hacia atrás, sobre

las narices, á un lado, y el caballejo andaba indiferente, alargando el cuello, con el rabo sin pelo muy tieso, con el que de cuando en cuando se azotaba las ancas. José Rivet, con una pierna encogida y la otra estirada sobre una de las varas, mantenía las riendas muy altas y de su boca se escapaba de continuo una especie de silbido que hacia enderezar las orejas del caballo y aceleraba su marcha.

A ambos lados del camino se extendía la verde campiña. Las colzas en flor formaban de trecho en trecho amarillentas manchas, de las que se escapaba un olor fuerte y sano, penetrante y agradable, que el viento llevaba á lo lejos. Entre el centeno ya alto asomaban los acianos sus cabecitas azules. Las muchachas querían cogerlos, pero Rivet se negó á detenerse. A veces se veía un campo que parecía regado con sangre por las muchas amapolas que lo esmaltaban. Y por entre aquellas llanuras adornadas por flores silvestres, pasaba el carro que parecía llevar también un ramillete de flores más chillonas, desaparecía detrás de los árboles de una granja, para reaparecer más allá y pasear á través de las cosechas amarillas ó verdes bordadas de azul ó de rojo, aquella carretada de mujeres que el sol requemaba.

Daba la una de la tarde cuando se llegó á la casa del carpintero.

Estaban rendidas de fatiga y pálidas de hambre, pues nada comieron desde Fecamp. La señora Rivet acudió, las hizo bajar una tras otra, besándolas á medida que bajaban, y no se hartaba de besar á su

cuñada, á la que quería agradar. Comieron en el taller, desembarazado ya de los bancos para la comida del día siguiente.

Una buena tortilla después de un pescado asado y unos vasos de sidra picante, pusieron de buen humor á todos. Rivet había tomado un vaso para brindar y su mujer servía, guisaba, quitaba los platos y preguntaba al oído de las invitadas: "¿Quiere usted más?„ Unos rimeros de tablas apoyadas en la pared y montones de virutas arrinconadas, esparcían ese olor de madera cepillada, de sana resina que penetra hasta el fondo de los pulmones.

Preguntaron por la niña; estaba en la iglesia y vendría al anochecer.

Entonces salieron todos á dar una vuelta por el pueblo.

Era una aldea atravesada por una carretera. Una docena de casas alineadas junto á ella albergaban á los comerciantes del lugar, es decir, el carnicero, la tienda de ultramarinos, el carpintero, el panadero, el café, la zapatería. La iglesia, al extremo de aquella especie de calle, estaba en el centro de un cementerio y cuatro tilos frondosísimos, plantados en su atrio, le daban sombra. Era de piedra de talla, sin estilo arquitectónico, con un campanario de pizarra. Detrás de la iglesia empezaba de nuevo el campo que ostentaba de trecho en trecho grupos de árboles que ocultaban á las granjas.

Rivet, por etiqueta, aun cuando llevaba el traje de trabajo, había tomado el brazo de su hermana, á la que paseaba majestuosamente. Su mujer, deslumbra-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

da por el vestido de Rafaela, se había colocado entre ella y Fernanda, y la gordinflona Rosa cerraba la marcha en compañía de Luisa y Flora la Oca, que cojeaba y no podía con su cuerpo.

Los vecinos salían á las puertas, los muchachos paraban en sus juegos; detrás de la cortina de una ventana se veía una cofia de indiana; una vieja con muletas y casi ciega se santiguó como si pasara una procesión, y todos seguían con la vista á las hermosas señoras de la ciudad, que habían ido al pueblo para asistir á la primera comunión de la hija de Rivet. Una consideración inmensa resultaba de todo ello para el carpintero.

Pasando por delante de la iglesia oyeron cantos de niños; un cántico elevado al cielo por vocecillas agudas; pero la *Señora* no quiso entrar en el templo para no turbar á aquellos querubines.

Después de darse una vuelta por el campo y de haber explicado el número y los rendimientos de las principales propiedades de la comarca, así como el número de rebaños que poseía cada propietario, Rivet volvió á su casa é instaló á las mujeres en sus respectivas habitaciones.

No era la casa muy anchurosa y hubo que aprovechar los cuartos poniendo dos mujeres en cada uno.

Rivet dormiría en el taller, sobre los montones de virutas, su mujer compartiría la cama con su cuñada y en la habitación del lado descansarían juntas Rafaela y Fernanda. Luisa y Flora dormirían en la cocina sobre un colchón puesto en el duro suelo, y Rosa ocupaba un cuartito obscuro al final de la escalera, á la entrada de un desván donde aquella noche dormiría la niña de la casa.

Cuando entró la niña cayó una lluvia de besos sobre ella; todas las mujeres querían acariciarla movidas de aquella necesidad de tiernas expansiones, de aquella costumbre de arrumacos que hizo que en el vagón besaran todas á los patos. Todas se la sentaron en las rodillas y la estrecharon entre sus brazos con impulsos de afección vehemente y espontánea. La niña, prudente y como penetrada de piedad y preparada para la absolución, se dejaba querer, paciente y recogida.

Como el día fué pesado para todos, se acostaron temprano. El silencio casi religioso de los campos envolvía la aldea, un silencio tranquilo, penetrante, que parecía llegar hasta la región de los astros. Las mozas, acostumbradas á las veladas tumultuosas de la mancebía, sentíanse conmovidas por aquel mudo reposo de la dormida campiña. Sentían estremecimientos no de frío, sino producidos por la soledad y que provenían del corazón inquieto y turbado.

Tan pronto como estuvieron en la cama se abrazaron para reaccionar contra aquel profundo sueño de la tierra.

Pero Rosa la Tarambana, sola en su cuarto obscuro y poco acostumbrada á dormir sola, se sintió presa de una emoción vaga y penosa. Daba vueltas á la cama sin conseguir dormirse, cuando de pronto oyó detrás del tabique de madera, débiles sollozos como los de un niño que llora. Asustada llamó en voz baja

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y una vocecita le contestó. Era la niña que, durmiendo todos los días en el cuarto de su madre, tenía miedo en la buhardilla.

Rosa se levantó muy contenta y á paso de lobo para no despertar á nadie, fué á buscar á la niña. La llevó á su cama, la estrechó á su pecho, la besó, la acarició y luego, tranquila del todo, se durmió. Y hasta el amanecer la muchacha que iba á comulgar durmió sobre el seno desnudo de la prostituta.

A las cinco, después del *Angelus*, la campana de la iglesia, repicando alegremente, despertó á todas aquellas mujeres que habitualmente dormían hasta mediodía para descansar de las fatigas nocturnas. Los aldeanos estaban ya en pie.

Las mujeres iban muy atareadas de puerta en puerta, hablando, comentando, llevando con precaución trajes de musolina blancos y almidonados, cirios larguísimos con un lazo de seda azul y dorada. El sol, ya alto, fulguraba en un cielo azul que, en el horizonte tenía aún ligeros matices rosados. Las gallinas y los pollos y polluelos paseaban por delante de las casas y de vez en cuando un gallo negro, coronado de púrpura, batía las alas y lanzaba á los aires su canto victorioso, que repetían los demás gallos.

Carros y birlochos llegaban de las aldeas vecinas dejando á las puertas de las casas á las altas normandas vestidas de negro ó de color obscuro, con un pañuelo al cuello, prendido por un broche de plata secular. Los hombres llevaban la blusa azul sobre

la levita nueva y sobre el viejo frac de paño verde cuyos faldones sobresalían.

Cuando los caballos estuvieron en el establo hubo en toda la carretera una doble línea de carricoches, birlochos, charabanes, tílburis de todas clases y formas con las varas al suelo ó mirando á lo alto.

En casa del carpintero reinaba una actividad de colmena. Las mozas en corpiño y enaguas, con el pelo tendido por la espalda, se ocupaban en vestir á la niña.

Esta, de pie en una mesa, no se movía, y la señora Tellier dirigía las operaciones de su batallón volante. La lavaron, peinaron, arreglaron, vistieron y con ayuda de innumerables alfileres compusieron los pliegos del vestido, ajustaron el talle, demasiado ancho, y organizaron la elegancia del tocado. Luego cuando acabaron, hicieron sentar á la chiquilla, recomendándole que no se moviera.

La campana tañía de nuevo y su sonido se perdía á través del espacio, como una voz débil ahogada en la azul inmensidad.

Las niñas salían de las casas, se dirigían hacia la alcaldía que contenía además las dos escuelas, situada á un extremo del pueblo, en el opuesto de la "casa de Dios."

Los padres, con los trapitos de cristianar, seguían á sus vástagos con caras como atontadas y con aquella torpeza de ademanes que caracteriza á los que se pasan la vida inclinados sobre la fecunda tierra. Las niñas parecían anegadas en una nube de tul blanquísimo, y los muchachos, semejantes á

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

embriones de camareros de café, con la cabeza llena de pomada, andaban con las piernas separadas para no echar á perder sus pantalones negros.

Era una gloria para una familia que su hijo fuera rodeado de gran número de parientes venidos de muy lejos, y el triunfo del carpintero fué completo. El regimiento Tellier, con su ama á la cabeza, seguía á Constancia, y el padre daba el brazo á su hermana y la madre iba al lado de Rafaela. Fernanda hacía de pareja á Rosa y las dos Bombas seguían detrás, formando un conjunto imponente y muy elegante á juicio de los aldeanos.

El efecto producido fué enorme.

En la escuela las niñas se alinearon bajo la cofia de la "hermana,, los muchachos bajo el sombrero del maestro, un buen mozo que era muy decorativo, y emprendieron la marcha entonando un cántico.

Los niños marchaban en doble fila, seguíanles las niñas en igual orden y como todos los aldeanos cedieron el sitio á las señoras de la ciudad por imaginar que así lo requería la etiqueta, iban éstas detrás de las niñas, prolongando la procesión, tres á la derecha y tres á la izquierda, luciendo sus vestidos, que parecían un ramillete de fuegos artificiales.

Su entrada en la iglesia enloqueció á las gentes. Se empujaban, se estrujaban para ver. Las devotas hablaban casi en voz alta, estupefactas de ver aquellas señoras más relucientes aun que las casullas de los chantres. El alcalde ofreció su banco, el primero á la derecha del coro, y la señora Tellier tomó asiento en él con su cuñada, Fernanda y Rafaela.

Rosa la Tarambana y las dos Bombas se sentaron en el segundo en compañía del carpintero.

El coro estaba lleno de niños arrodillados, los varones á la derecha y las hembras á la izquierda, y los largos cirios que tenían en las manos parecían lanzas inclinadas en todos sentidos.

Tres curas cantaban ante el libro de coro á toda voz. Prolongaban las sílabas del latín sonoro, eternizando los *Amen* con *a-a* indefinidas que el serpentón sostenía con su nota monótona. La voz aguda de un niño contestaba y de cuando en cuando un cura sentado en uno de los sillones, y cubierto con un bonete cuadrado se levantaba, mascullaba unas palabras y volvía á sentarse, mientras los tres chantres volvían á su canto mirando el libro del canto llano que sostenía un facistol en forma de águila con las alas desplegadas.

Reinó luego un gran silencio. Todos los asistentes se arrodillaron á una. Había llegado el oficiante, viejo, canoso, de aspecto venerable, inclinado sobre el cáliz, que llevaba con la izquierda. Ante él iban dos monaguillos vestidos de encarnado, y detrás seguían muchos chantres con grandes zapatos que se alinearon á los dos lados del coro.

Resonó una campanilla. El oficio divino empezó. El sacerdote circulaba lentamente ante el dorado tabernáculo, hacía genuflexiones, salmodiaba con su voz cascada, temblorosa, los rezos preparatorios. Tan pronto como callaba los chantres y el serpentón estallaban á un tiempo, y también en la iglesia con-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

testaban algunos hombres, con voz menos fuerte, más humilde, como deben cantar los asistentes.

De pronto el *Kirie Eleison* subió al cielo, lanzado por todos los pechos y todos los corazones. Granos de polvo y fragmentos de vieja madera cayeron de la vieja bóveda sacudida por aquella explosión de gritos. El sol que fulguraba sobre las pizarras del techo convertía el templo en un horno, y una gran emoción, una espera ansiosa, la proximidad del inefable misterio oprimían el corazón de los niños y la garganta de las madres.

El sacerdote, que había estado sentado algún tiempo, se volvió á levantar y desnuda la cabeza, coronada de sus blancos cabellos, con movimientos temblorosos, apresuraba el acto sobrenatural.

Se volvió hacia los fieles y, con las manos extendidas, pronunció: *Orate fratres*, orad, hermanos. Todos rezaban. El anciano sacerdote balbuceaba en voz baja las palabras misteriosas y supremas, la campanilla tocaba; la multitud prosternada invocaba á Dios; los niños como que desfallecían.

Entonces fué cuando Rosa, con la frente entre las manos, recordó de repente á su madre, su aldea, la iglesia, su primera comunión. Se creyó vuelta á tal día, cuando era tan pequeñita, con su traje blanco, y rompió á llorar. Lloró dulcemente primero, las lágrimas salían lentas de sus párpados: luego, con los recuerdos, creció su emoción, y sollozó desconsolada. Había sacado el pañuelo, se enjugaba los ojos se apretaba nariz y boca para no gritar; fué en vano: una especie de estertor salió de su garganta

y otros dos suspiros profundos, desgarradores, le contestaron, pues sus dos vecinas, Luisa y Flora, oprimidas por iguales recuerdos lejanos, gemían también derramando torrentes de lágrimas.

El llanto es contagioso. La *Señora* sintió que se le humedecían los párpados y al volverse hacia su cuñada, vió que todas las mujeres de su banco lloraban.

El sacerdote engendraba el cuerpo de Dios. Los niños no pensaban y sentían un pavor religioso que no podían dominar, y en la iglesia, aquí y allá, alguna madre ó hermana, ganada por la rara simpatía de las emociones desconsoladoras, ganada quizá también por el ejemplo de aquellas elegantes damas que lloraban sin tregua, llevaba el pañuelo á los ojos y con la otra mano oprimíase el corazón para moderar sus latidos.

Así como una chispa prende fuego á un campo maduro, así las lágrimas de Rosa y de sus compañeras ganaron, en un instante á toda la multitud. Hombres, mujeres, viejos, mozos, todos sollozaron bien pronto y sobre su cabeza parecía cernerse algo sobrehumano, un alma palpitante, el soplo de un sér invisible y todopoderoso.

Entonces se oyó en el coro un golpecito seco. La hermana, golpeando su libro dió la señal de la comunión y los niños tiritando á impulsos de una fiebre divina, se aproximaron á la mesa santa.

Toda una fila se arrodillaba. El sacerdote, sosteniendo en la mano el copón dorado, les ofrecía con la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

otra la hostia santa, el cuerpo de Cristo, la redención del mundo. Abrían la boca con espasmos, con visajes nerviosos, cerrados los ojos, pálido el rostro y la larga tela blanca que tenían bajo la barba se estremecía como el agua que corre.

De pronto un aura de locura sopló en el templo; un rumor de muchedumbre delirante, una tempestad de sollozos y de gritos ahogados. Parecía algo así como una de esas ráfagas que conmueven los bosques. El sacerdote permanecía de pie, paralizado por la emoción, diciendo: "Es Dios, es Dios que está entre nosotros y manifiesta su presencia, que baja á mi voz sobre su pueblo arrodillado.„ Y balbuceaba oraciones sin palabras, rezo del alma que ascendía con furia al cielo.

Acabó de dar la comunión con tal sobreexcitación de fe, que le flaquearon las piernas, y cuando hubo bebido la sangre de su Señor, se abismó en un acto de fervientes gracias.

A su espalda poco á poco se calmaba el pueblo. Los chantres entonaban de nuevo con voz menos firme, como mojada en lágrimas; y hasta el serpentón parecía enronquecido, como si el instrumento hubiese llorado.

Entonces el oficiante, elevando las manos, les hizo seña de que callaran y pasando entre las filas de los niños que habían comulgado, llegó á la verja del coro.

Los concurrentes se habían sentado armando ruido de sillas y casi todos se sonaban con estrépito.

Cuando vieron al cura, callaron todos y él empezó á hablar en voz baja, trémula, como vacilante.

"Queridos hermanos, queridas hermanas, queridos niños; os doy las gracias desde el fondo de mi corazón. Acabáis de darme la mayor alegría de mi vida. He sentido á Dios que bajaba á mi llamamiento. Estaba entre nosotros, llenaba vuestras almas, hacía desbordar vuestros ojos. Soy el párroeo más viejo de la parroquia; soy también el más dichoso. Un milagro se ha producido; un grande, verdadero, sublime milagro. En tanto que Jesucristo entraba por primera vez en el cuerpo de estos niños, el Espíritu Santo, el soplo de Dios, se ha apoderado de vosotros, os ha dominado, encorvado como las cañas al soplo de la brisa."

Luego, con acento más claro, volviéndose hacia los dos bancos en que estaban los invitados del carpintero, exclamó:

"Gracias ante todo á vosotras, queridas hermanas, que de tan lejos habéis venido y cuya presencia entre nosotros, cuya fe viva, cuya piedad visible, han sido para nosotros un saludable ejemplo. Sois la edificación de mi parroquia; vuestra emoción ha caldeado los corazones; sin vosotras quizás este día no hubiese tenido un carácter tan verdaderamente divino. A veces basta una sola oveja escogida para decidir al Señor á bajar junto á su rebaño.„

Ahogábale la emoción. Añadió: "Tal es la gracia que os deseo. Amén.„ Y volvió á subir al altar para terminar el oficio.

Todos sentían ya ganas de salir. Hasta los niños

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se agitaban cansados de tan larga tensión de espíritu. Sentían apetito y los padres desfilaban sin esperar el último evangelio, pues había que ultimar los preparativos para el gaudeamus.

A la salida se armó un guiriguay de mil diantres. Todos charlaban, comunicándose sus impresiones. La gente formó en dos filas y cuando salieron los niños, cada familia se precipitó hacia el suyo.

Constancia se vió rodeada y acariciada por todas las pupilas de la *Señora* y por ésta también. Rosa, sobre todo, no se cansaba de abrazarla. Por fin la cogió una mano, la señora Tellier se apoderó de la otra; Rafaela y Fernanda levantaron la larga cola de musolina para que no arrastrara por el polvo; Luisa y Flora cerraban la marcha con la señora Rivet; y la niña, recogida, penetrada del Dios que llevaba en sus entrañas, echó á andar entre su escolta de honor.

El festín estaba preparado en el taller en largas mesas.

La puerta dejaba entrar la alegría toda de la aldea. En todas las casas se comía, se celebraba la fiesta. Por cada puerta y ventana se veían mesas rodeadas de gente con los vestidos de los domingos y de todas las casas salían gritos de alegría. Los aldeanos, en mangas de camisa, bebían sidra pura á grandes copas y en el centro de cada reunión se veía á un niño ó á una niña, que eran los héroes ó el pretexto de la fiesta.

A veces, desafiando el bochorno de la mañana, pasaba un charabán al trote de un caballejo y el carretero que guiaba, lanzaba una mirada de envidia á la comilona que veía.

En casa del carpintero la alegría era más reservada, quizá por efecto de la emoción de la mañana. Unicamente Rivet estaba contento del todo y bebía descompasadamente. La señora Tellier miraba la hora á menudo, pues para no holgar dos días seguidos, era preciso tomar el tren de las 3'55, que las dejaría en Fecampo al anochecer.

El carpintero hacía todo lo posible para que se quedaran hasta el día siguiente; pero su hermana no transigía y deseaba marchar á toda costa, y era mujer que no admitia bromas en asunto de negocios.

Tan pronto como hubieron tomado el café, ordenó á sus pupilas que se prepararan y dijo á su hermano:

—Ea, engancha pronto.

Ella, por su parte, hizo sus últimos preparativos.

Cuando bajó, su cuñada la esperaba para hablar de la niña. Tuvieron una larga conversación sin resolver nada en definitiva. La aldeana procuraba sacar partido á fuerza de astucia; pero la señora Tellier, que tenía la niña sobre las rodillas, hacía promesas vagas sin comprometerse á nada, diciendo que había tiempo para todo.

El coche no llegaba y las mozas no salían. Se oía arriba una gran algazara. Entonces, mientras la esposa del carpintero iba á la cochera para ver si venía el coche, la patrona subió arriba.

Rivet, ya calamocano y á medio vestir, trataba en vano de violentar á Rosa, que se moría de risa,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Las dos Bombas le contenían y trataban de calmarle, pues aquello les chocaba después de la ceremonia de la mañana, pero Rafaela y Fernanda le excitaban reventando de risa, lanzando alegres chillidos á cada esfuerzo infructuoso del borracho.

Rivet, furioso, con el rostro congestionado, hacía violentos esfuerzos y gritaba á Rosa:—"¿De modo que no quieres, cochina?„ Pero la patrona indignada se lanzó sobre su hermano, le cogió por los hombros y le empujó tan brutalmente, que fué á dar contra la pared.

Un minuto más tarde, Rivet tomó una ducha bajo el chorro de la bomba, y al reaparecer, estaba tranquilo del todo.

Emprendieron el camino como la víspera, y el caballejo blanco trotó vivamente.

La alegría almacenada durante la comida, estalló bajo el calor y el sol de la carretera. Las mozas charlaban, reían, se empujaban unas á otras y comentaban con grandes carcajadas las vanas tentativas de Rivet.

Una claridad vivísima inundaba los campos; y las ruedas levantaban una polvareda que seguía la marcha del carruaje.

De pronto, Fernanda, á la que gustaba mucho la música, rogó á Rosa que cantase, y ésta entonó alegremente el *Gros Curé de Mendón*. Pero la señora la hizo callar, pues no le parecía decente aquella canción en tal día.

—Cántanos algo de Beranger.

Rosa, después de vacilar unos momentos, se decidió, y con su voz cascada, empezó la *Grand Mère*:

Ma grand'mere un soir á sa fête
De vin pur ayant bu deux doigts,
Nous disait en branlant la tête.
Que d'amoureux j'eus autrefois!
Combien je regrette
Mon bras si dodu,
Ma jambe bien faite,
Et le temps perdu!

Y el coro de las mozas, guiado por la propia *Señora*, repitió:

Combien je regrette
Mon bras si dodu,
Ma jambe bien faite,
Et le temps perdu!

—¡Al pelo!—declaró Rivet, á quien gustó la cadencia. Rosa prosiguió:

Quoi maman, vous n'étiez pas sage?
—Non, vraiment! et de mes appas
Seule, á quinze ans, y'appris l'usage,
Car, la nuit, je ne dormais pas.

Cantaron todos á coro el estribillo. Rivet daba con el pie en la vara del carro y con las riendas en el lomo del caballejo, el cual, como para seguir el ritmo, tomó el galope, un galope desenfrenado que hizo que las mujeres cayeran unas sobre otras.

Se levantaron riendo como locas y la canción prosiguió cada vez más clamorosa. El caballo, entusiasmado á su vez, galopaba siempre que el coro entonaba el estribillo, con gran regocijo de los viajeros.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

De trecho en trecho, un machacador de piedra levantaba la cabeza y miraba á través de su careta de alambre aquel carruaje que pasaba armando tal algazara.

Cuando bajaron en la estación, el carpintero se enterneció y dijo:

—¡Es lástima que os marchéis tan pronto! ¡Nos hubiésemos divertido de lo lindo!

La *Señora* contestó con gran sensatez:

—Un poco de cada cosa: no se puede uno divertir todo el día.

Entonces se le ocurrió una idea á Rivet:

—¡Toma! Iré á veros á Fecamp el mes que viene.

Y miró á Rosa de cierto modo, con intención bien clara.

—Bueno—dijo su hermana—ven si quieres; pero no hay que pensar en hacer tonterías.

No contestó, y como ya había silbado el tren, empezó á repartir besos á todas. Cuando le llegó el turno á Rosa, se ensañó con ella y quería besarla en la boca, que la moza hurtaba con destreza. La tenia abrazada, pero no podía conseguir su deseo, embarazado por la fusta que conservara en la mano y que, en sus esfuerzos, agitaba con violencia junto á la espalda de la chica.

—¡Viajeros para Ruán, al tren!—gritó un empleado. Subieron.

Se oyó un silbido ahogado por la poderosa voz de la locomotora que, lanzando un chorro de vapor, empezó á mover sus ruedas.

Rivet, al dejar la estación, corrió hacia la barrera

para ver una vez más á Rosa, y cuando el vagón, cargado de aquella mercancía humana, pasó por delante de él, hizo chasquear el látigo y gritó con todas sus fuerzas:

Combien je regrette
Mon bras si dodu,
Ma jambe bien faite
Et le temps perdu.

Luego vió como se alejaba un pañuelo blanco que alguien agitaba dentro del tren.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III

Durmieron hasta la llegada, con el apacible sueño de las conciencias tranquilas, y cuando volvieron á su casa, frescas, descansadas y dispuestas al cotidiano trabajo, la *Señora* no pudo por menos de decir:

—La verdad es que conviene salir de cuando en cuando.

Cenaron aprisa y cuando hubieron revestido los arreos de combate esperaron á los habituales parroquianos. El farolito que ardía en la fachada indicaba que el rebaño había vuelto al aprisco.

En un instante circuló la noticia, sin saber cómo ni por quién. Don Felipe, el hijo del banquero, hizo avisar por un exceso de complacencia al señor Tournevau, prisionero de su propia familia.

El pescadero tenía todos los domingos mucha gente á comer, y tomaban café cuando entró un hombre con una carta en la mano. El señor Tournevau, muy conmovido, rompió el sobre y se puso pálido; no contenía más que estas palabras:

"Cargamento de bacalao encontrado; buque entrado puerto; buen negocio para usted. Venga aprisa.„

Buscó en el bolsillo, dió veinte céntimos al portador y ruborizándose, exclamó:

—He de salir necesariamente.

Y alargó la misiva á su esposa. Llamó y en cuando entró la criada:

—El pardesú y el sombrero, ¡aprisa!

Apenas estuvo en la calle echó á correr silbando entre dientes y el camino le pareció dos veces más largo: tal era su impaciencia.

La casa Tellier tenía el aspecto de fiesta. En la tienda las voces de los marineros armaban un estrépito infernal. Luisa y Flora no sabían á quién contestar, bebían con uno, con otro y más que nunca les cuadrabá el mote de "las dos Bombas„. Las llamaban desde veinte puntos á la vez; no podían acudir á todos y la noche sería trabajosa para ellas, según las señas.

El cenáculo del piso primero estuvo reunido al dar las nueve. El señor Vasse, el pretendiente oficial, pero platónico de la *Señora*, hablaba con ella en un rincón en voz baja, y ambos sonreían como si estuviesen á punto de llegar á un acuerdo. El señor Poulín, exalcalde, tenía á Rosa á caballo sobre sus rodillas mientras ella manoseaba sus patillas blancas. Se veía un cacho de muslo desnudo que resaltaba sobre el paño negro del pantalón, y las medias

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rojas estaban ceñidas por unas ligas azules, regalo del viajante de marras.

Fernanda, tendida en el sofá, tenía ambos pies apoyados en la barriga del señor Pimpesse, el maestro, y el torso sobre el chaleco de don Felipe, del que acariciaba el cuello con la mano derecha, en tanto que fumaba un cigarrillo con la izquierda.

Rafaela parecía negociar con el señor Dupuis, el agente de seguros, y terminó la conversación con estas palabras:

—Sí, querido, esta noche sí que quiero.

Luego dando una rápida vuelta de vals por el salón, gritó:

—Esta noche todo lo que me pidan.

La puerta se abrió bruscamente y apareció el señor Tournevau. Oyéronse exclamaciones, gritos entusiastas:—¡Viva Tournevau!—Y Rafaela, que continuaba dando vueltas, fué á caer sobre su pecho. El la cogió con formidable abrazo y sin pronunciar palabra, levantándola del suelo como una pluma, atravesó el salón, ganó la puerta del fondo y desapareció por la escalera de las habitaciones con su fardo viviente, entre fragorosos aplausos.

Rosa, que excitaba al exalcalde, besándole de continuo y tirando al mismo tiempo de las dos patillas para mantenerle tiesa la cabeza, aprovechó el ejemplo:

—Ea, imita al pescadero—dijo.

El buen hombre se levantó y arreglándose el chaleco, siguió á la moza, palpando el bolsillo en que dormía el dinero.

Fernanda y la *Señora* quedaron solas con los otros hombres, y don Felipe exclamó:

—Yo pago el champagne; envíe usted á buscar tres botellas, señora Tellier.

Fernanda, abrazándole, le dijo al oído:

—¿Quieres tocar un ratito?

El se levantó y sentándose ante un piano que recordaba la Revolución, tocó un vals, un vals triste, enronquecido. La moza se abrazó al preceptor, la *Señora* se abandonó en brazos del señor Vassey las dos parejas bailaron, besándose de cuando en cuando. El señor Vasse, que años atrás bailaba en reuniones decentes, se mostraba bailarín consumado y la *Señora* le miraba con ojos de carnero degollado, con esa mirada que dice "sí„ de un modo más discreto y delicioso que una palabra.

Federico trajo el champagne. Saltó el primer tapón y don Felipe ejecutó el preludio de unos lanceros.

Los cuatro bailarines los ejecutaron de un modo decente, digno, con finura, con reverencias y saludos.

Después empezaron á beber. Entonces apareció el señor Tournevau satisfecho, aliviado, radiante. Exclamó:

—No sé lo que tiene Rafaela; pero esta noche está divina.

Luego bebió el contenido de una copa que le alargaban y dijo:

—Anda, anda, hoy se tira todo.

A renglón seguido don Felipe tocó una polka muy

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

viva y Tournevau la bailó con la hermosa judía á la que llevaba en volandas. Las otras dos parejas bailaban también con entusiasmo y no se detenían sino para beber unas copas. El baile amenazaba eternizarse cuando se entreabrió la puerta y apareció Rosa con un candelero en la mano. Iba despeinada, en camisa, en zapatillas, animada, colorada.

—Quiero bailar - gritó.

—Y tu viejo?—preguntó Rafaela.

Rosa soltó la carcajada.

—Ya duerme, se duerme en seguida.

Se apoderó del señor Dupuis, que estaba inactivo en el sofá y empezó de nuevo la polka.

Pero las botellas estaban vacías.

—Yo pago una—anunció el señor Tournevau.

—Yo también—declaró el señor Vasse.

—Y yo—añadió el señor Dupuis.

Todos aplaudieron.

El salón estaba animado; se bailaba por todo lo alto. Hasta de cuando en cuando Luisa y Flora subían y daban una vuelta de vals en tanto que sus parroquianos se morían de impaciencia; luego volvíanse al cafetín con el corazón dolorido por no poder gozar de aquella fiesta.

A media noche aun se bailaba. A veces desaparecía una de las mozas y cuando la buscaban para hacer un vis á vis, advertían de pronto que también faltaba uno de los hombres.

—¿De dónde venís?—preguntó con chunga don Felipe en el momento en que el señor Pimpesse volvía con Fernanda.

—De ver dormir al señor Poulín—replicó el maestro.

La frase tuvo gran éxito y todos, unos tras otros, quisieron subir á ver dormir al señor Poulin con alguna de las mozas, que aquella noche se mostraban amables hasta el exceso. La *Señora* cerraba los ojos y á menudo hacía largos apartes con el señor Vasse como para convenir en los últimos detalles de un asunto ya acordado.

A la una los dos hombres casados, los señores Tournevau y Pimpesse, declararon que se retiraban y quisieron pagar su cuenta. Sólo se les contó el champagne, pero á seis francos y no á diez como de costumbre, y como extrañaran tal generosidad la *Señora* les contestó con expresión radiante:

—No todos los días son de fiesta

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LAS SEPULCRALES

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Las sepulcrales

Los cinco amigos acababan de comer. Eran cinco hombres de mundo, de edad madura, ricos, tres casados y dos solteros. Se reunían cada mes en recuerdo de su juventud, y después de comer charlaban hasta las dos de la madrugada. Habían continuado siendo grandes amigos, gustábales su mutua compañía y aquellas veladas eran quizás las más felices que pasaban. Hablaban de cuanto agrada y divierte á los parisienses y su conversación, como la que se sostiene en la mayoría de las tertulias era como una repetición comentada de lo que dicen los periódicos de la mañana.

Uno de los más alegres era José de Bardon, solterón empedernido que llevaba la vida de la gente desocupada y rica. No era ni un libertino ni un depravado, sino un observador, alegre y todavía joven, pues apenas llegaba á los cuarenta. Hombre de mundo en el mejor y más completo sentido de la pa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

labra, aun cuando no tuviera gran inteligencia no le le faltaba ingenio, sabía mucho sin ser un erudito, tenía viva la comprensión y de sus aventuras deducía consecuencias y observaciones que le habían dado reputación de hombre listo y agradable.

Era el orador de la reunión. Sus amigos estaban seguros de que les contaría una aventura nueva cada vez que se reunían. Empezó á contarla sin que le incitaran á ello.

Fumaba apoyados los codos en la mesa, con una copa de licor ante el plato, respirando con delicia la atmósfera impregnada de tabaco aromatizado por el vaho del café hirviente, y parecía estar en su propia casa, como pez en agua, devota en capilla ó pájaro en aire.

Entre dos bocanadas de humo dijo:

—Hace poco me ocurrió una extraña aventura.

Casi todos sus amigos exclamaron á una.

—Cuéntanos.

—Ya sabéis—empezó—que me doy largos paseos por París, como esos curiosos que van mirando los escaparates. Yo examino y observo los espectáculos, la gente, cuanto ocurre, todo lo que pasa.

A mediados de septiembre salí una tarde de casa, con tiempo magnífico, sin saber adonde ir. Siempre siente uno vagos deseos de ir á visitar á una mujer bonita. Se escoge entre las conocidas, se compara unas con otras, se mide el interés que os inspiran, el encanto que os producen y al cabo se decide uno siguiendo la inspiración del día. Pero cuando brilla el

sol y el aire es templado, muchas veces os quitan las ganas de tales visitas.

Brillaba el sol, el aire era tibio; encendí un cigarro y me dirigí á los bulevares exteriores. Se me ocurrió la idea de llegarme al cementerio de Montmartre y penetrar en él.

Me gustan mucho los cementerios. Parecen producirme algo así como una sensación de reposo y melancolía que me agradan. Además allí descansan buenos amigos á quienes pocos visitan y que yo visito de cuando en cuando.

Precisamente en el cementerio de Montmartre duerme para siempre una mujer á quien amé con toda mi alma, que me gustaba lo indecible y en la cual pienso con pesar y echándola siempre de menos... Y me gusta meditar sobre su tumba... cosa que ella ya no puede hacer.

Me gustan además los cementerios porque son ciudades monstruosas, enormemente pobladas. Pensad en los muertos que hay amontonados en tan corto espacio, en las generaciones de parisienses que habitan allí para siempre, troglodítas definitivos encerrados en su nicho, en sus agujeros cubiertos por una piedra ó señalados de una cruz, mientras tanto ruido y espacio arman y necesitan los vivos.

Sin contar con que en los cementerios hay monumentos casi tan interesantes como en los museos. La tumba de Cavaignac me ha hecho pensar, lo confieso, en la obra maestra de Jean Goujon, la estatua yacente de Luis de Brezé, tendida en la cripta de la catedral de Ruan, prototipo del llamado arte

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

realista y moderno. Aquel difunto, Luis de Brezé, es más verdadero y terrible que todas las figuras que hoy se ponen sobre las tumbas. El mármol se ha convertido en carne aun palpitante y convulsa por la agonía.

En el cementerio de Montmartre se puede admirar el monumento de Baudin, que tiene grandeza; el de Gautier, el de Murger, donde días atrás ví una sola corona de siemprevivas amarillas. ¿Quién la llevó allí? ¿La última griseta, ya vieja, quizá convertida en portera? Es una linda estatuita de Millet comida por la carcoma y el abandono. ¡Canta á la juventud, oh Murger!

Entro, pues, en el cementerio de Montmartre y de repente se apodera de mí gran tristeza, una de esas tristezas tranquilas que, cuando uno se siente fuerte, hace pensar en tales sitios: "No es muy agradable tal lugar; pero aun tardaré en habitarlo...„

El soplo del otoño, de esa humedad tibia que huele á hojas muertas, y el sol debilitado, cansado, anémico, agravaba, poetizándola, la impresión de soledad y de fin irremediable que flota en aquel sitio, donde tantos hombres se consumen.

Andaba yo despacio por aquellas calles de tumbas donde los vecinos no charlan, ni duermen juntos, ni leen periódicos. En cambio yo empecé á leer epitafios, que es de lo más divertido que se conoce. Nunca me han hecho reir tanto Labiche ni Meilhac como esa prosa grotesca de las tumbas. No hay libro de Paul de Kock que pueda competir con esas losas de mármol, con esas cruces en que los parientes expresan sus votos por la dicha del difunto y la esperanza que tienen de reunirse pronto con él. ¡Para el diablo que los crea!

Lo que más me gusta del cementerio es la parte abandonada, solitaria, poblada de sauces y cipreses, vieja isla de antiguos muertos que pronto se convertirá en una isla nueva, de la cual se derribarán los árboles verdes nutridos de cadáveres, para alinear á los nuevos difuntos en los nichos de mármol.

Después de pasear lo suficiente para descansar mi espíritu, comprendí que iba á fastidiarme y que ya era hora de llevar á la postrera cama de mi amiguita el homenaje fiel de mi recuerdo. Tenía oprimido el corazón al acercarme á su tumba. Pobrecilla... era tan graciosa, tan amante... tan blanca, tan fresca... y ahora... si abrieran aquello...

Inclinado hacia la tumba le murmuré mi dolor, que no debía ver sin duda, é iba á salir cuando ví una mujer vestida de riguroso luto que se arrodillaba junto á la tumba cercana. Su velo de crespón, que llevaba alzado, permitía ver una linda cabeza de rubia cuyos cabellos aplanados en cocas parecían iluminados por una luz de aurora bajo las tinieblas de sus tocas. No me alejé.

Debía sentir pena amarguísima. Había llevado las manos rígidas á los ojos y parecía una estatua meditando, absorta en sus pesares, pasando en la sombra de sus ojos ocultos y cerrados el rosario atosigador de sus recuerdos, como una muerta que pensara en un muerto. Luego adiviné de pronto que iba á llorar. Lo adiviné al ver un leve movimiento de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su espalda, como los estremecimientos que la brisa produce en los sauces. Lloró suavemente al principio, luego más fuerte, con movimientos rápidos del cuello y de los hombros. De súbito descubrió los ojos. Estaban llenos de lágrimas y eran encantadores, ojos despavoridos, como alocados que miraron en torno, como si despertaran de una pesadilla. Vió que la miraba, pareció avergonzarse y de nuevo ocultó el rostro entre las manos. Entonces sus sollozos se hicieron convulsivos y su cabeza se inclinó lentamente hacia el mármol. Puso en él la frente, y el velo, descogiéndose, cubrió los ángulos blancos de la sepultura querida como un luto nuevo. La oí gemir y luego se desplomó sin sentido.

Corrí á ella; le golpeé las manos, le soplé en los ojos mientras leía la inscripción, muy sencilla: "Aquí descansa Luis Teodoro Carrel, capitán de infantería de marina, muerto en el campo de batalla, en Tonkín. Rogad por él."

Aquella muerte acaeciera meses antes. Me sentí enternecido y redoblé mis cuidados. Produjeron buen efecto, porque volvió en sí. Estaba muy conmovido; no soy feo del todo; aun no he cumplido los cuarenta. Comprendí por su primera mirada que se mostraría cortés y agradecida. Así fué, y llorando de nuevo me contó su historia, la muerte del oficial en el Tonkín, un año después de casarse por amor, pues, huérfana de padre y madre, apenas tenía la dote reglamentaria.

La consolé, la animé, la incorporé, la levanté. Luego le dije:

—No se quede usted aquí. Venga.

—No puedo andar—murmuró.

—La sostendré.

—Gracias, caballero; es usted muy bondadoso. ¿Venía usted también á llorar un muerto?

—Sí, señora.

—¿Una difunta?

—Sí, señora.

—¿Su esposa?

—Una amiga.

—Se puede amar tanto una amiga como una esposa; la pasión no reconoce ley.

—Verdad es, señora.

Y salimos juntos, apoyada ella en mi brazo, sosteniéndola por las calles del cementério.

Al estar ya fuera murmuró desfallecida:

—Me parece que voy á desmayarme.

—¿Quiere usted entrar en algún sitio para tomar algo?

—Sí, señor.

Ví un restaurant, una de esas fondas donde los amigos de los difuntos hacen alto al salir del cementerio. Entramos. Le hice beber una taza de té bien caliente que la reanimó. Sonrió levemente. Me habló de su vida. Era triste, muy triste. Pasaba días y noches en soledad completa y no tenía á quien querer, en quien confiar, á quien estimar.

Parecía sincera. Me gustaba oirlo de su boca. Me enternecía. Era muy joven; podría tener veinte años á lo sumo. La eché unos piropos que no la asustaron demasiado. Luego, como se hacía tarde, le propuse

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

acompañarla en coche á su casa. Aceptó, y en el simón permanecimos tan juntos, hombro contra hombro, que el calor de nuestros cuerpos se mezcló á través del vestido, lo cual turba á cualquiera.

Cuando el coche se hubo detenido junto á su casa murmuró:

—No me siento con fuerzas para subir, pues vivo en el piso cuarto. Ya que ha sido usted tan bondadoso ¿quiere darme el brazo hasta mi habitación?

Acepté. Subió lentamente como si le faltara el resuello. Al llegar ante su puerta añadió:

—Pase usted un instante, á fin de que pueda darle las gracias.

Entré, pardiez.

Su casa era sencilla, hasta pobre; pero muy limpia y cuidada.

Nos sentamos uno al lado del otro en un sofá y volvió á hablarme de su aislamiento.

Llamó á la sirvienta para ofrecerme algo qué beber. La criada no compareció, de lo cual me alegré, pensando que no debía tratarse de una criada á todo estar sino de una interina.

Se había quitado el sombrero. Estaba muy linda, mirándome con sus ojos claros tan fijamente, que tuve una tentación y cedí á ella. La estreché en mis brazos y sobre sus párpados que se cerraban la besé, la besé mil y mil veces.

Me rechazaba y repetía:

—Acabe usted... acabe... acabe de una vez.

¿Qué sentido daba á tal palabra? En casos parecidos "acabar„ tiene dos cuando menos. Para que callara la besé en la boca y dí á la palabra "acabar„ el significado que más me agradaba. No resistió con gran empeño y cuando nos miramos de nuevo, después de aquel ultraje á la memoria del capitán muerto en el Tonkín, tenía ella una expresión lánguida, tierna, resignada, que disipó mis inquietudes.

Entonces me mostré galante, servicial y reconocido. Y después de estar con ella otra hora, le pregunté:

—¿Dónde come usted?

—En un restaurant de esta calle.

—¿Sola?

—Sí.

—¿Quiere comer conmigo?

—¿Dónde?

—En un buen restaurant del bulevar.

Se resistió. Insistí. Por fin consintió, diciendo como para su capote:

—Me aburro tanto... tanto...

Luego añadió:

—Me pondré un traje menos obscuro.

Entró en su alcoba.

Cuando salió vestía de medio luto, y estaba encantadora, esbelta y graciosa con un vestido gris muy sencillo. Evidentemente tenía un traje para el cementerio y otro para la ciudad.

La comida fué muy cordial. Bebió champagne, se animó y volví con ella á su casa.

Esta aventura, empezada junto á las tumbas, duró cerca de tres semanas. Pero todo cansa, y singularmente las mujeres. La abandoné pretextando un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

viaje indispensable y me mostré muy generoso al dejarla, por lo cual me dió expresivas gracias. Me hizo prometer y jurar que volvería á verla cuando regresara á París, pues pareció haberme tomado afecto.

Busqué otros amoríos y transcurrió un mes por lo menos sin que me acordara lo bastante de mi amorosa funeraria para ceder á la tentación de volver á verla. Sin embargo, no la olvidaba. Su recuerdo me hostigaba como un misterio, como un problema psicológico, como una de esas cuestiones inexplicables cuya solución parece nos necesaria.

No sé por qué se me antojó un día que la hallaría en el cementerio de Montmartre, y allí encaminé mis pasos.

Me paseé largo rato sin encontrar más que á los habituales visitantes de aquellos lugares, los que aun no han roto toda relación con sus muertos. La tumba del capitán muerto en el Tonkín no tenía llorona sobre su losa, ni flores, ni coronas.

Pero al entrar en otra isla de aquella gran ciudad de los que fueron, ví de repente, en el extremo de una estrecha calle de cruces, á una pareja de riguroso luto. ¡Oh estupor! Cuando se acercaron la reconocí. ¡Era ella!

Me vió, se ruborizó y, en el momento de cruzar por su lado, me hizo una seña imperceptible, me dió una ojeada que significaba: "No me reconozca usted;„ pero que parecía decir también: "Vuelva á verme, querido.„

Su acompañante era distinguido, elegante, oficial de la Legión de honor, de unos cincuenta años.

La sostenía, como yo mismo la sostuve al salir del cementerio.

Me fuí estupefacto, pensando en lo que acababa de ver, á qué raza de busconas sepulcrales pertenecía aquella mujer. ¿Era una simple ramera, una prostituta lista que iba á buscar junto á las tumbas á los hombres tristes, hostigados por el fantasma de una mujer, esposa ó amante, y turbados aún por el recuerdo de las caricias agotadas? ¿Era ella la sola? ¿Son muchas? ¿Es aquello un oficio? ¿Se "hace„ el cementerio como se "hace„ una calle? ¡Las sepulcrales! ¿Fué ella la única que concibió la idea admirable, profundamente filosófica, de explotar los pesares de amor que se reaniman en aquel lugar fúnebre?

Gustárame saber de quién era viuda aquel día.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL PAPÁ DE SIMÓN

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GÉNERAL DE BIBLIOTECAS

El papá de Simón

Era mediodía. Se abrió la puerta de la escuela y los muchachos se precipitaron empujándose para salir más aprisa. Pero en lugar de dispersarse rápidamente para ir á comer, como lo hacían cada día, se detuvieron, se reunieron formando grupos y se pusieron á cuchichear.

Era que aquella mañana, Simón, el hijo de la Blanchotte, acudió por primera vez á clase.

Todos oyeran hablar de Blanchotte en sus casas, y aun cuando en público se la acogía bien, en el seno de la intimidad hablaban de ella las mujeres con una especie de compasión desdeñosa que, sin que supieran por qué, sentían también los muchachos.

Por lo que hace á Simón, no le conocían, pues no jugaba con ellos en la calle ni les acompañaba en sus correrías por las orillas del río. No le querían, pues, y acogieron con cierta alegría y profundo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

asombro estas palabras, dichas con malicia por un muchacho de catorce ó quince años, que parecía muy enterado del caso:

—¿No sabéis? Simón no tiene padre.

El hijo de la Blanchotte salió á su vez de la escuela.

Tendría unos siete ú ocho años. Era paliducho, muy limpio, y tenía el aspecto tímido, casi torpe.

Volvióse á su casa cuando los grupos de los chiquillos, que continuaban cuchicheando y mirándole de aquel modo malicioso y cruel que miran los niños cuando meditan una trastada, le rodearon poco á poco y acabaron por encerrarle en un círculo. Permanecía entre ellos, sorprendido y confuso, sin comprender lo que querían hacerle. El muchacho que anunciara que no tenia padre, enorgullecido por su éxito, le dijo:

—¿Cómo te llaman?

—Simón.

—¿Simón, qué?—replicó el otro.

El niño repitió confuso:

—Simón.

El muchachote replicó:

—Simón, ¿qué más? Todos tienen apellido. Simón no basta.

Saltándole ya casi las lágrimas, repitió por tercera vez:

—Me llamo Simón.

Los arrapiezos se echaron á reir y el grandullón exclamó con acento triunfante:

—¡Ya veis como no tiene papá!

Reinó profundo silencio. Los niños estaban asombrados de caso tan extraordinario é increible: un niño que no tiene padre. Y le miraban como un fenómeno, como un sér excepcional y sentían aumentar el desprecio que á sus madres inspiraba la Blanchotte.

Simón se había apoyado en un árbol para no caer, y estaba como anonadado por aquel desastre irreparable. Trataba de explicarse. Pero no sabía qué responderles para desmentir su afirmación de que no tenía padre. Por fin, lívido, gritóles:

—Sí, tengo padre.

—¿Dónde está?—preguntó el grandullón.

No contestó; no lo sabía. Los niños reían, muy excitados. Aquellos hijos del campo experimentaban aquella necesidad cruel que impulsa á las gallinas de los corrales á rematar á sus compañeras heridas. Simón vió de pronto áun chiquillo, hijo de una vecina suya viuda y á quien siempre viera solo con su madre.

—Tú tampoco tienes papá—dijo.

—Sí tengo—replicó.

—¿Dónde está?—respondió Simón.

—Se murió,—declaró el niño con altivez;—está en el cementerio.

Se oyó un murmullo de aprobación entre los arrapiezos, como si el hecho de tener á su padre en el cementerio hubiera enaltecido á su camarada y acabado de aplastar á Simón que cuyo padre no parecía por ningún lado. Y aquellos rapazuelos cuyos padres eran, en su mayoría, malvados, borrachos, la-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

drones, y que maltrataban á sus esposas, se empujaban, estrechándose más y más, como si, á fuer de legítimos, hubieran querido aplastar con su presión á aquel que estaba fuera de la ley.

De pronto, uno que estaba junto á Simón, sacó la lengua con befa y le gritó:

—¡No tienes padre! ¡No tienes padre!

Simón le cogió con ambas manos por el pelo y le dió de puntapiés en las piernas, mordiéndole la mejilla al mismo tiempo. Hubo una de empujones. Los dos enemigos fueron separados y Simón recibió una soberana paliza que le propinaron los más atrevidos mientras los demás reían y aplaudían. Al levantarse, limpiando maquinalmente su blusa sucia de polvo, alguien le gritó:

—Cuéntaselo á tu papá.

Sintió el muchacho una gran opresión. Eran más fuertes que él, le habían pegado y no podía contestar á sus injurias, pues comprendía que verdaderamente no tenía padre. Lleno de orgullo, durante unos segundos, trató de contener las lágrimas que pugnaban por brotar. Casi se ahogaba y luego, sin gritos, se puso á sollozar anhelosamente.

Entonces estalló una alegría feroz entre sus enemigos y, naturalmente, como los salvajes en sus regocijos terribles, se cogieron de las manos y bailaron en torno suyo, repitiendo como un estribillo:

—¡No tiene padre! ¡No tiene padre!

Pero Simón cesó de sollozar. Se apoderó de él una rabia tremenda. Vió unas piedras á sus pies; cogió algunas y las tiró con todas sus fuerzas contra sus

verdugos. Dos ó tres, á quienes tocó, huyeron chillando, y tenía un aspecto tan fiero, que los demás se alejaron también presa de pánico. Cobarde, como ló es siempre la multitud ante un hombre exasperado, se desbandaron y huyeron.

Al hallarse solo, el niño sin padre echó á correr hacia el campo, porque un recuerdo que le asaltó, le indujo á una resolución desesperada. Quería ahogarse en el río.

Recordaba, efectivamente, que ocho días atrás, un desdichado que mendigaba por la comarca, se echó al río porque carecía de dinero. Simón presenció como le sacaban del agua, y el infeliz que le pareciera siempre sucio, feo y asqueroso, le llamó entonces la atención por su aspecto tranquilo, con la cara pálida, la larga barba chorreando y los ojos abiertos, muy sosegados. Alguien dijo:—Está muerto.—Otro añadió:—Ahora es feliz.—Simón quería ahogarse porque no tenía padre como el pobre porque no tenía dinero.

Llegó junto al agua y miró como corría. Algunos peces saltaban y jugueteaban en la corriente y á veces daban un salto y cogían las moscas que revoloteaban sobre la superficie. Cesó de llorar para fijarse en ellos, porque sus juegos le interesaban. Pero á veces, bien así como entre los momentos de calma de la tempestad pasan las ráfagas violentísimas que hacen crujir los árboles y se pierden en el horizonte, este pensamiento le asaltéaba con punzante dolor: "Voy á ahogarme porque no tengo padre."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El aire era templado más que caluroso. El sol calentaba la tierra. Brillaba el agua como un espejo. Simón tenía instantes de beatitud, de aquella languidez que sigue al llanto, y sentía ganas de dormirse entre la hierba, al suave beso del sol.

Una ranita verde saltó junto á sus pies. Trató de cogerla. La bestezuela escapó. Persiguióla y tres veces consecutivas huyó la rana. Por fin la cogió por una de las patas de atrás y se reía viendo los esfuerzos que para escapar hacía el bicho. Se agazapaba y luego, con brusco empuje alargaba súbitamente las piernas, rígidas como dos barras; mientras que agitaba las patas delanteras como si fueran manos y miraba con los redondos ojos circuidos de una lista de oro. Aquello le recordó un juguete hecho con estrechas varillas de madera formando ballesta, que servía para hacer mover los soldaditos clavados en las varillas y que ejecutaban movimientos parecidos á los de la rana. Pensó entonces en su madre, en su casa, y acometido de profunda tristeza, volvió á llorar. Sentía escalofríos, se puso de rodillas y rezó sus oraciones como á la hora de acostarse. Pero no pudo acabarlas porque los sollozos le ahogaron de nuevo, tumultuosos, apresurados, que le estremecían de pies á cabeza. No pensaba siquiera; nada veía, entregado por completo á su llanto.

De pronto una pesada mano se apoyó en su hombro y una voz bronca preguntó:

—¿Por qué lloras, muchacho?

Simón se volvió. Un obrero alto, con la barba y el

pelo rizados le miraba bondadosamente. Le contestó con lágrimas en los ojos y ahogándole los sollozos.

—Me han pegado... porque... yo... yo... no tengo... papá... no tengo papá.

—¿Qué dices?—preguntó el obrero.—Todos tenemos padre.

El niño repuso penosamente, estremecido aún por los sollozos:

—Yo... yo... no tengo.

Entonces el obrero tomó un aspecto grave; había reconocido al hijo de Blanchotte y, aun cuando estaba en aquel pueblo hacía poco tiempo, sabía vagamente su historia.

—Ea, cálmate, muchacho, y ven conmigo á casa tu mamá. Ya te daremos papá... pierde cuidado.

Pusiéronse en camino, dando el obrero la mano al niño. Sonreía aquél, pues no le disgustaba ver á aquella Blanchotte que era, á lo que se decía, una de las mozas más guapas del pueblo; y pensaba quizá, sin confesárselo, que una muchacha que había faltado bien podía faltar de nuevo.

Llegaron ante una casita blanca, muy limpia.

—Aquí es,—dijo el niño, y gritó:—¡Mamá!

Apareció una mujer y el obrero cesó bruscamente de sonreir, pues comprendió en seguida que no se podía bromear con aquella moza alta y pálida, que permanecía seria en el umbral de la puerta como para prohibir la entrada de aquella casa donde ya fuera engañada. Intimidado y con la gorra en la mano, balbuceó:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Le traigo á usted á su niño que se había extraviado junto al río.

Simón se abrazó al cuello de su madre y le dijo, echándose á llorar:

—No, mamá; no me perdí, es que quería ahogarme porque los otros niños me han pegado... porque no tengo papá.

Una oleada de sangre enrojeció el rostro de la joven, que se conmovió hasta el fondo de su corazón y besó con ansia á su hijo mientras rápidas lágrimas corrianle por las mejillas. El obrero no sabía cómo despedirse. De súbito el niño corrió hacia él y le dijo:

—¿Quiere usted ser mi papá?

Reinó grave silencio. La Blanchotte, muda y avergonzada, se apoyaba de espaldas á la pared apretándose el corazón con ambas manos. El niño, viendo que no le contestaban, añadió:

—Si no quiere usted volveré al río y me ahogaré.

El obrero tomó el caso á broma y respondió riendo:

—Si, hombre; ya lo creo que quiero.

—¿Cómo te llamas?—repuso el niño.—Así podré contestar á los otros cuando me pregunten tu nombre.

—Felipe.

Simón calló un momento como para recordar bien aquel nombre y luego, ya consolado, alargó los bracitos diciendo:

—Bueno, Felipe; eres mi padre.

El obrero, levantándolo del suelo, le besó bruscamente en ambas mejillas y luego se alejó á grandes zancadas.

Cuando al día siguiente entró el muchacho en el colegio, le acogieron risas malévolas. A la salida, cuando el grandullón iba á empezar de nuevo sus pullas, Simón le lanzó á la cara estas palabras, como si le tirara una piedra:

—Mi papá se llama Felipe.

Acogió aquella declaración un concierto de exclamaciones:

—¿Felipe qué?

—¿Quién es Felipe?

—¿Qué quieres decir con tu Felipe?

—¿De dónde sacaste á tu Felipe?

Simón no contestaba, desafiándolos con la mirada, teniendo fe en lo que dijera, dispuesto á dejarse martirizar antes que huir. El profesor le libró de sus enemigos y volvió á su casa.

Durante tres meses el cerrajero pasó á menudo por delante de la casa de Blanchotte, y á veces se atrevía á hablarla cuando la veía cosiendo junto á la ventana. Ella le contestaba cortesmente, siempre seria, sin bromear jamás con él, sin dejarle entrar en su casa. Hombre al fin y presumidillo á fuer de tal, dió en la flor de pensar que se ponía más encarnada que de costumbre cuando hablaba con él.

Pero una reputación manchada cuesta tanto de rehacerse y continúa siendo tan frágil, que, á pesar de la reserva extremada de la Blanchotte, las comadres chismeaban ya.

Por lo que toca á Simón quería mucho á su papá

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y se paseaba casi cada tarde con él, á la salida del taller. Acudía con asiduidad á la escuela y pasaba dignamente entre sus camaradas, sin contestarles jamás.

Ocurrió que un día el grandullón que primero le increpara, le dijo:

—Has mentido; no tienes un papá que se llama Felipe.

—¿Por qué?—preguntó Simón trastornado.

El muchachote se restregaba las manos de gusto, y añadió:

—Porque si fuera tu padre sería el marido de tu mamá.

Simón se turbó ante la lógica de tal razonamiento; pero contestó:

—De todos modos es mi papá.

—Quizá sí—gruñó el grandullón—pero no es tu papá del todo.

El hijo de la Blanchotte bajó la cabeza y se fué á meditar cerca de la herrería del tío Loizón, donde trabajaba Felipe.

La herrería estaba como sepultada entre árboles. Era muy obscura; sólo la luz rojiza de una formidable fragua iluminaba á los cinco herreros, que con los brazos desnudos golpeaban en sus yunques con estruendo. Estaban de pie, rojos como diablos, fijas las miradas en el hierro candente que machacaban y su pesado pensamiento seguía el compás de sus martillos.

Simón entró á la chita callando y tiró suavemente de la manga de Felipe. Este se volvió. De pronto se

interrumpió el trabajo y todos los obreros prestaron atención. Entonces, en el desusado silencio resonó la vocecilla del muchacho.

—Oye, Felipe, el chico de la Michande me ha dicho hace poco que no eras mi papá del todo.

—¿Por qué?—preguntó el obrero.

El niño contestó con toda candidez:

—Porque no eres el marido de mamá.

Nadie rió. Felipe permaneció en pie apoyando la frente en las manos que descansaban sobre el largo mango del martillo que estaba derecho sobre la bigornia. Meditaba. Sus cuatro compañeros le miraban y, diminuto entre aquellos gigantes, Simón esperaba ansioso. De pronto uno de los herreros, interpretando el pensamiento de todos, dijo á Felipe:

—De todos modos la Blanchotte es una buena muchacha y muy hacendosa y trabajadora á pesar de su desgracia. Sería una mujer digna para un hombre honrado.

—Es verdad—dijeron los otros.

El obrero prosiguió:

—¿Qué culpa tiene la infeliz si ha faltado? Le prometieron casarse con ella, y más de una conozco que hoy es muy respetada y á quien le ocurrió lo propio.

—Es verdad, contestaron á coro los otros tres obreros.

—No podéis figuraros cuanto ha trabajado para criar y educar al niño, y lo que ha llorado desde que no sale más que para ir á la iglesia; sólo Dios lo sabe.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Sí, sí—confirmaron los otros herreros.

Entonces no se oyó más que el fuelle que activaba la combustión. Felipe se inclinó bruscamente hacia el muchacho

—Dí á tu mamá que esta noche iré á hablarle.

Luego empujó á Simón hacia fuera.

Volvió de nuevo á su trabajo y los cinco martillos cayeron al unísono sobre el yunque. Batieron de aquel modo el hierro hasta la noche, fuertes, poderosos, alegres como martillos satisfechos. Pero así como en las festividades hay en las catedrales una campana cuyo sonido domina el de las otras, así también el martillo de Felipe, dominando el estruendo de los otros, caía de segundo en segundo con ruido ensordecedor. Y él, con la mirada inflamada, forjaba apasionadamente, de pie, rodeado de chispas.

El cielo estaba tachonado de estrellas cuando el herrero llamó á la puerta de Blanchotte. Llevaba la blusa de los domingos, camisa limpia y recortada la barba. La joven apareció en el umbral y le dijo con expresión triste:

—Hace usted mal en venir de noche, señor Felipe.

Quiso éste contestar; pero balbuceó y quedó confuso ante ella.

La Blanchotte añadió:

—Debe usted comprender que no conviene que murmuren de mí.

Entonces él exclamó de pronto:

—Poco importa si quiere usted ser mi esposa.

Ninguna voz le respondió, pero creyó oir en la obscuridad el ruido de un cuerpo que se desplomaba. Entró aprisa y Simón, que estaba en la cama, oyó el ruido de un beso y algunas palabras que su madre murmuraba en voz baja. Luego sintió que su amigo le levantaba con sus brazos hercúleos y le decía:

—Di á tus camaradas que tu papá es Felipe Remy el herrero, y que tirará de las orejas á los que te molesten.

Al día siguiente, cuando ya estaba llena la escuela é iba á principiar la clase, Simón se levantó, pálido y tembloroso.

—Mi papá—dijo con voz clara—es Felipe Remy, el herrero, y tirará de las orejas á los que me molesten.

Aquella vez nadie rió, pues todos conocían á Felipe Remy, el herrero, que era papá del que todos se hubieran enorgullecido

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNA GIRA CAMPESTRE

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Una gira campestre

Cinco meses hacía que decidieran ir á comer al campo el día del santo de la señora Dufour que se llamaba Petronila. Como aquella gira se esperaba con tanta impaciencia, se levantaron tempranito aquel día.

El señor Dufour, que pidió prestado el cochecito del vaquero, guiaba. El coche, de dos ruedas, era muy limpio; tenía un toldo sostenido por cuatro varillas de hierro, que aguantaban las cortinas, levantadas ahora para ver el paisaje. Unicamente la de detrás flotaba al viento como un estandarte. La señora, sentada junto á su esposo, ostentaba un vestido de seda color de cereza, que resultaba estrafalario. En los dos asientos del interior había una anciana y una joven. Se veía, además, el pelo amarillento de un muchacho que por falta de sitio se había sentado en el fondo del coche y esto hacía que sólo se le viera la cabeza.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Después de seguir la avenida de los Campos Elíseos y de atravesar las fortificaciones por la puerta Maillot, empezaron los expedicionarios á mirar la campiña.

Al llegar al puente de Neuilly el señor Dufour había dicho:

—¡Ya estamos en el campo!

Al oir aquello, su mujer se enterneció, hablando con entusiasmo de la naturaleza.

En la plazoleta de Courbevoie admiraron todos la amplitud del panorama. A la derecha se erguía á lo lejos el campanario de Argenteuil y más allá las colinas de Sannois y el molino de Orgemont. A la izquierda se recortaba con limpieza sobre el fondo azul el acueducto de Marly y más á lo lejos la terraza de San Germán, en tanto que al frente, al extremo de una cadena de colinas, un gran espacio de tierra removida señalaba el emplazamiento del nuevo fuerte de Cormeilles. A lo lejos, á una gran distancia, por sobre llanuras y aldeas, se advertía la mancha verde obscura de bosques inmensos.

El sol empezaba á calentar, el polvo cegaba los ojos y á ambos lados del camino se extendía sin fin una llanura pelada, sucia y mal oliente. Dijérase que una lepra de nueva especie la había asolado, pues aquí y allá se advertían esqueletos de casas abandonadas, destechadas ó barracas sin concluir que levantaban sus paredes sin tejado.

De trecho en trecho surgían del suelo estéril altas chimeneas de fábrica, única vegetación de aquellos campos pútridos, donde la brisa primaveral levantaba un olor de petróleo y esquisto mezclado á otro más desagradable aun.

Por fin atravesaron de nuevo el Sena por otro puente y entonces todos se entusiasmaron. El río centelleaba luminoso y un leve vapor se elevaba de sus aguas al calor del sol. Se sentía allí suave calma un fresco agradable respirando un aire mucho más puro que el que pesaba sobre la yerma llanura.

Un hombre que pasaba dijo el nombre de aquel sitio: Bezons.

Detúvose el carruaje y el señor Dufour leyó el rótulo incitante de una taberna: "*Restaurant Poulín, guisos y fritos, habitaciones reservadas, jardín y balancines.*"

—¿Qué te parece, señora Dufour, te gusta esto, te decides?

La aludida leyó á su vez el rótulo con mucha atención y luego examinó largo rato el local.

Era una posada pintada de blanco, situada junto al camino. Por la puerta abierta se veía el zinc brillante del mostrador ante el cual estaban de pie dos obreros con sus trajes de los domingos.

Por fin se decidió la señora Dufour.

—Sí, me gusta y, además, gozaremos de buenas vistas.

El carruaje entró en un vasto espacio arbolado que había detrás de la casa y que únicamente separaba del Sena el camino de sirga.

Todos bajaron; primero el marido, que alargó los brazos para sostener á su esposa. El estribo, sostenido por dos hierros, estaba muy bajo, de modo que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la señora Dufour, para alcanzarlo, tuvo que enseñar la pantorrilla cuya primitiva finura desaparecía actualmente bajo una gordura excesiva.

El señor Dufour, á quien el campo rejuvenecía, pellizcó aquella pantorrilla y luego, cogiendo á su mujer por bajo los sobacos la dejó pesadamente en tierra como un enorme fardo.

Ella sacudió el vestido con la mano para quitar el polvo y luego miró el sitio donde estaba.

La señora Dufour era una mujerona de unos treinta y seis años, gorda y de buen ver. Respiraba con dificultad á causa del corsé, que hacía subir hasta la papada la masa un tanto flácida de sus pechos opulentos.

La joven, apoyando una mano en el hombro de su padre saltó ligeramente al suelo. El muchacho del pelo amarillento había bajado poniendo un pie en la rueda y ayudó al señor Dufour á descargar á la abuela.

Entonces desengancharon el caballo y le ataron á un árbol y el carruaje quedó con las dos varas en tierra. Los hombres, después de quitarse las americanas, se lavaron las manos en un cubo de agua y fueron á reunirse con las mujeres que ya se habían instalado en los balancines.

La señorita Dufour trataba de balancearse de pie, sola, pero no conseguía darse empuje bastante. Era una bella muchacha de dieciocho ó veinte años, una de esas mujeres que al cruzar por vuestro camino os producen un deseo súbito y os dejan hasta la noche una inquietud vaga, una conmoción de los sentidos. Alta, de breve talle y ancha de caderas, tenía el cutis muy moreno, los ojos muy grandes, el pelo muy negro. Su vestido dibujaba perfectamente las redondeces elásticas de su cuerpo, que acentuaban aún más los esfuerzos de riñones que hacía para darse aire. Sus brazos sujetaban las cuerdas por encima de su cabeza y el pecho se erguía á cada impulso que daba. El viento le había arrebatado el sombrero, y el balancín acentuaba poco á poco su movimiento, enseñando á cada vaivén sus piernas finas hasta las rodillas, y lanzando al rostro de los dos hombres, que la miraban riendo, el aire de sus sayas, más embriagador que los vapores del vino.

Sentada en el otro balancín, la señora Dufour gemía de un modo monótono y continuo:

—¡Cipriano, ven á empujarme; ven á empujarme, Cipriano!

Por fin fué allá, y después de arremangarse, como si fuera á emprender un trabajo pesado, puso á su mujer en movimiento después de grandes esfuerzos.

Agarrada á las cuerdas, mantenía rectas las piernas para no tocar al suelo y gozaba al sentirse aturdida por el vaivén del aparato. Sus formas temblaban á cada sacudida como oscila la gelatina cuando se mueve el plato en que está. Pero como las oscilaciones eran cada vez mayores, sintió vértigo y miedo. A cada bajada lanzaba un chillido que atraía á los arrapiezos de los alrededores; y á lo lejos advertía sobre las bardas del jardín, una hilera de cabezas que se reían y gesticulaban mirándola.

Acudió una criada y encargaron el almuerzo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Una fritada del Sena, un conejo salteado, una ensalada y postres—dijo la señora Dufour dándose tono.

—Traiga también dos botellas de vino común y una de Burdeos—añadió el marido.

—Comeremos sobre la hierba—decidió la joven.

La abuela, enternecida al ver el gato de la casa, le perseguía inútilmente hacía diez minutos, llamándole por los nombres más cariñosos. El animal, halagado sin duda por aquella atención, se mantenía siempre cerca de la mano de la buena señora, pero sin dejarse coger y daba tranquilamente la vuelta á los árboles contra los cuales se frotaba roncando de satisfacción.

—¡Calle!—exclamó de pronto el muchacho del pelo amarillo, que escudriñaba todo—he aquí unas barquillas preciosas.

Fueron á verlas. Bajo un cobertizo había colgadas dos soberbias yoles, finas y acabadas como muebles de lujo. Descansaban una al lado de otra, como dos altas muchachas delgadas, estrechas y relucientes, inspirando deseos de deslizarse por el agua durante las tibias veladas ó al claro amanecer de un día de estío, de rasar las floridas orillas cuyos árboles mojan las ramas en la corriente, donde las cañas se estremecen sin descanso y de donde se levantan, parecidos á azules relámpagos los martín-pescadores.

Toda la familia miraba con respeto las barquillas.

—Si, son muy bonitas—repitió gravemente el señor Dufour, mientras las examinada con detención.

También él, á lo que decía, había remado de joven, y con un remo en la mano se atrevía con cualquiera. En otro tiempo había vencido á más de un inglés en las regatas de Joinville; y bromeó acerca de la palabra "*dames*„ con que se designa á los escálamos que sostienen los remos, diciendo que los remeros no salen nunca sin sus *damas*. Se enardecía perorando y afirmaba que con una barquilla como aquellas haría seis leguas por hora sin cansarse.

—Ya está la comida—anunció la fámula—apareciendo en el portal.

Todos se precipitaron; pero quiso la fatalidad que el mejor sitio, el que había escogido mentalmente la señora Dufour para comer, estaba ya ocupado. Dos jóvenes almorzaban allí. Sin duda eran los dueños de las yoles pues llevaban el traje de remeros.

Mejor que sentados estaban casi tendidos. Tenían la cara bronceada por el sol y el pecho cubierto solo por una elástica de algodón blanco que dejaba al descubierto los brazos, robustos como los de los herreros. Eran dos mocetones que parecían complacerse en poner de relieve su vigor y que en sus más pequeños movimientos mostraban esa gracia elástica que los miembros adquieren á fuerza de ejercicio, distinta de la deformación que imprime al obrero el esfuerzo penoso y siempre igual.

Cambiaron rápidamente una sonrisa viendo á la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

madre y después una mirada al advertir á la joven.

—Cedámosles el sitio—dijo uno de ellos;—así trabaremos conocimiento.

El otro se levantó en seguida y quitándose la gorra, medio colorada medio negra, ofreció cortesmente á las señoras el único sitio del jardín en que no daba el sol. Aceptaron dando mil gracias; y para que el almuerzo resultara más campestre, la familia se instaló sobre el verde césped, sin mesa ni sillas.

Los dos jóvenes apartáronse algunos pasos y volvieron á comer. Sus brazos desnudos que mostraban de continuo, avergonzaban algo á la joven. Afectaba volver la cabeza y no mirarlos mientras la señora Dufour, más atrevida, movida de curiosidad femenil que era quizá un deseo, los miraba de continuo, comparándolos sin duda con las fealdades secretas de su esposo.

Se había hecho una pelota con las piernas dobladas bajo el cuerpo al modo de los sastres y se meneaba de continuo, diciendo que las hormigas le habían entrado no sé dónde. El señor Dufour, cohibido por la presencia y la amabilidad de los jóvenes, buscaba en vano una posición cómoda, y el muchacho del pelo amarillento comía en silencio como un ogro.

—Hermoso día, caballero—dijo la señora Dufour á uno de los remeros.

Quería mostrarse amable, á causa del favor que los jóvenes les hicieran.

—Sí, señora—contestó.—¿Vienen ustedes á menudo al campo?

—¡Oh! únicamente una ó dos veces al año para tomar el aire. ¿Y usted, caballero?

—Yo duermo aquí todas las noches.

—¡Ah! Debe ser muy agradable.

—Sí, señora, mucho.

Y contó la vida que llevaba habitualmente de un modo poético, para hacer vibrar el corazón de aquellos burgueses privados de la vista del campo, el amor de la naturaleza que les asalta de cuando en cuando detrás de sus mostradores.

La joven, conmovida, levantó la vista y miró al remero. El señor Dufour habló por primera vez:

—Buena vida se da usted.

Y añadió dirigiéndose á su esposa:

—¿Una tajadita más?

—No, gracias.

La señora se volvió hacia los jóvenes y dijo, indicando sus brazos:

—¿No les da nunca frío?

Ambos se echaron á reir y asustaron á toda la familia con el relato de sus fatigas prodigiosas, sus baños estando sudados, sus expediciones por el río á través de la bruma de las noches; y golpeáronse con fuerza el pecho, para que vieran como resonaba.

—Parecen ustedes muy robustos—dijo el marido, que no hablaba ya del tiempo en que vencía á los ingleses.

La joven les miraba de soslayo. El muchacho de los cabellos amarillos tosió bebiendo y salpicó el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vestido color de cereza de la señora, que se enfadó y se hizo traer agua para lavar las manchas.

La temperatura era sofocante. El río centelleante parecía un hogar y los vapores del vino turbaban las cabezas.

El señor Dufour á quien sofocaba un hipo violento, se había desabrochado el chaleco y los primeros botones del pantalón, mientras que su esposa, acalorada, desabrochaba, poco á poco, el cuerpo de su vestido. El dependiente movía alegre la descolorida cabeza y bebía sin darse punto de reposo. La abuela, sintiéndose achispada, se mantenía muy estirada y grave. La joven estaba impasible; sólo alguna vez se le encandilaban los ojos y su piel morena se coloreaba de rojo en las mejillas.

El café acabó de trastornarles. Quisieron cantar y cada cual entonó su copla, que los demás aplaudieron á rabiar. Luego se pusieron en pie con dificultad y mientras las mujeres, aturdidas, aspiraban el aire, los dos hombres, calamocanos del todo, se dedicaron á hacer gimnasia. Pesados, sin músculos, con el rostro congestionado, se cogían torpemente de las anillas sin conseguir elevarse; y de continuo parecía que las camisas se les iban á salir de los pantalones.

Entretanto los remeros habían puesto á flote los yoles, y propusieron á las señoras, con exquisita cortesía, dar un paseo por el río.

—¿Lo permites, señor Dufour?—gritó á éste su costilla.

El la miró con expresión de borracho, sin enten-

der lo que le decía. Entonces uno de los jóvenes se acercó al señor Dufour llevando dos cañas de pescar. La esperanza de coger un barbo, ese ideal de los tenderos, escandiló los ojillos mortecinos del buen hombre, que permitió cuanto quisieron, y se instaló en la sombra, bajo el puente, con las piernas colgando sobre el río, junto al joven de los cabellos amarillentos, que se durmió en seguida.

Uno de los remeros se resignó á cargar con la madre.

—¡Al bosquecillo de la isla de los Ingleses!—exclamó alejándose.

La otra barquilla navegó más despacio. El remero miraba de tal modo á su compañera, que en nada más pensaba, y sentía una emoción que paralizaba su vigor.

La joven, sentada en el sitio del timonel, se entregaba al suave encanto de aquel paseo. Sentíase sin pensamiento, con el cuerpo sin fuerza, abandonada por su alma, como invadida por una múltiple embriaguez. Estaba colorada; respiraba casi jadeando. El aturdimiento que produce el vino, desarrollado por el calor torrencial que reinaba en torno, hacía que creyera que se movían los árboles de las orillas. Un deseo vago de goces, una fermentación de la sangre, estremecían sus carnes excitadas por los ardores de aquel día. Sentíase también turbada por aquella especie de cita á solas con un hombre, en el centro de aquel paisaje desierto, y aumentaba su turbación al ver que aquel joven la miraba besán-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dola con los ojos, y cuyo deseo la penetraba como el calor del sol.

Su silencio aumentaba su emoción y miraba los alrededores. De pronto, haciendo un esfuerzo, él le preguntó su nombre.

—Enriqueta.

—¡Toma! Yo me llamo Enrique.

Aquellas palabras parecieron calmarles; se fijaron en lo que se veía en las orillas. La otra yole se había detenido y parecía aguardarles. El que remaba gritó:

—Ya les alcanzaremos en el bosque, porque la señora tiene sed y vamos á Robinsón.

Luego dió impulso á los remos y se alejó, tan rápidamente, que pronto se perdió de vista.

Una especie de rugido que se oía desde un rato antes se acercaba rápidamente. El río parecía estremecerse, como si aquel ruido brotara de sus entrañas.

—¿Qué es este ruido?—preguntó Enriqueta.

Era el salto de la presa que cortaba la corriente en la punta de la isla. El marino explicaba aquello, cuando les sorprendió el canto de un pájaro que se oía á lo lejos.

—Toma;—dijo el joven—cuando los ruiseñores cantan de día es que las hembras empollan.

¡Un ruiseñor! Jamás oyera ninguno la joven, y la idea de escuchar uno hizo nacer en ella la visión de poéticas ternuras. ¡Un ruiseñor! Es decir, el invisible testigo de las citas de amor de Julieta; esa música del cielo que arrulla los besos de los hombres; el

eterno inspirador de todas las lánguidas romanzas que abren un ideal á los corazoncitos de las muchachas enternecidas.

Oiría, pues, un ruiseñor.

—No hagamos ruido,—dijo su compañero—así podremos llegar al bosque y sentarnos cerca de donde canta.

La yole parecía deslizarse. Aparecieron los árboles de la isla, de nivel tan bajo, que la mirada podía hundirse entre los matorrales. Se detuvieron; ataron la barquilla, y, apoyándose Enriqueta en el brazo de Enrique, adelantaron entre el ramaje.

—Inclínese usted.

Se bajó y penetraron, por entre una inextricable red de lianas, hojas y cañas, en un claro escondido que era preciso conocer para encontrarlo, y que el joven llamaba riendo "su gabinete personal.„

Precisamente encima de su cabeza, posado en una rama de los árboles que les daban sombra, cantaba el pájaro. Lanzaba trinos y gorjeos, y después emitía gritos vibrantes que llenaban el aire y parecían perderse en el horizonte, cerniéndose á lo largo del río, por sobre las llanuras, á través del silencio abrasador que enseñoreaba los campos.

No hablaban por temor de espantarlo. Estaban sentados uno junto á otro y, lentamente, el brazo de Enrique rodeó el talle de Enriqueta y le oprimió suavemente. Ella cogió sin cólera aquella mano atrevida y la alejaba cada vez que se acercaba, sin sentir ninguna turbación por aquella caricia, como

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

si hubiera sido una cosa muy natural que ella rechazaba sin gran empeño.

Escuchaba al pájaro, sumida en éxtasis. Tenía infinitos deseos de dicha; se apoderaban de ella súbitas ternuras, revelaciones de sobrehumanas poesías y tal abandono de los nervios y del corazón, que lloraba sin saber por qué. El joven la estrechaba contra su pecho, y no le rechazaba porque no pensaba en él siquiera.

El ruiseñor calló de pronto; una voz lejana gritó:

—¡Enriqueta!

—No conteste usted;—le dijo el joven en voz baja —el pájaro huiría.

Enriqueta no pensaba tampoco contestar.

Permanecieron algún tiempo de aquel modo. La señora Dufour debía estar sentada no muy lejos, porque de cuando en cuando se oían ligeros chillidos que lanzaba la dama, á quien debía importunar sin duda el otro remero.

La joven continuaba llorando, penetrada de sensaciones muy dulces, con la piel ardiente y que le escocía de un modo extraño. Tenía la cabeza de Enrique sobre su hombro, y bruscamente aquél la besó en los labios. Se reveló furiosamente y para evitar su beso se echó hacia atrás, cayendo de espaldas. El se la echó encima, cubriéndola con su cuerpo. Persiguió largo rato aquella boca que huía; y, alcanzándola, pegó á ella la suya. Entonces, enloquecida por un deseo formidable, le devolvió su beso estrechándole contra su pecho, y cesó su resistencia, como aplastada bajo un peso harto grande.

Calma inmensa reinaba en torno. El pájaro volvió á cantar. Primero lanzó tres notas penetrantes que parecían un llamamiento al amor, luego, después de un momento de silencio, empezó con voz débil, lentas modulaciones.

Una brisa ligera hizo murmurar las hojas y por entre las ramas volaron dos suspiros ardientes que se mezclaban al canto del ruiseñor y al soplo embalsamado del bosque.

Una embriaguez se apoderó del pájaro y su canto, acelerándose más y más, como un incendio que prende ó una pasión que crece, parecía acompañar bajo el árbol el crepitar de los besos. Luego el delirio de su garganta prosiguió de un modo desesperado. Dijérase que tenía espasmos melodiosos.

A veces descansaba un instante, hilando notas remisas que terminaban en un grito agudo. A veces cantaba con furia, cortando las notas con otras más agudas, como si entonara un canto de amor seguido de gritos de triunfo.

Pero calló oyendo á sus pies un gemido tan profundo que se tomara por el adiós de un alma. Se prolongó unos momentos y terminó en un sollozo.

Ambos estaban pálidos al abandonar su lecho de hojas. El cielo azul les parecía obscuro, el sol ardiente, extinto para sus ojos; y advertían la soledad y el silencio. Andaban rápidamente uno junto á otro sin hablar, sin tocarse, pues parecían haberse convertido en enemigos irreconciliables, como si sus cuerpos se repelieran y se odiaran sus almas.

De cuando en cuando Enriqueta gritaba:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Mamá!

Se oyó ruido entre unos matorrales. Enrique creyó ver unas enaguas que bajaban rápidamente ocultando una enorme pantorrilla y apareció la gruesa señora algo confusa y más encarnada, con los ojos muy brillantes y el pecho jadeante, quizá demasiado cerca de su vecino. Este debía de haber visto cosas un tanto extraordinarias, pues á pesar de sus esfuerzos se veía que la risa le escarabajeaba en el cuerpo.

La señora Dufour tomó su brazo con expresión tierna y volvieron á las embarcaciones. Enrique, que iba delante al lado de la joven, sin pronunciar palabra, creyó de pronto oir el ruido de un beso.

Por fin volvieron á Bezons.

El señor Dufour, ya sereno, se impacientaba. El joven del pelo amarillento comía un bocado antes de salir de la hostería. El coche estaba enganchado en el patio y la abuela, que ya había subido, se desesperaba, pues temía que les cogiera la noche en los alrededores de París, que no son lugar seguro.

Hubo los apretones de manos correspondientes y la familia Dufour se alejó.

—¡Hasta la vista!—gritaban los remeros.

Un suspiro y una lágrima les contestaron.

Dos meses después, Enrique, pasando por la calle de los Mártires, leyó en un letrero: *Dufour, quincallero.*

Entró.

La gruesa señora estaba detrás del mostrador. Se

reconocieron en seguida y después el joven preguntó por la familia.

—¿Sigue bien la señorita Enriqueta?

—Muy bien, gracias; se ha casado.

—¡Ah!...

Sintió una gran emoción y añadió:

—¿Con quién?

—Con el joven que nos acompañaba y que debe recordar usted; será nuestro sucesor.

—Me alegro.

Y se marchaba apenado sin saber porqué, cuando la señora Dufour le llamó.

—¿Y su amigo?—preguntó con timidez.

—Sigue bien.

—Salúdele en nombre nuestro, y dígale que pase á vernos cuando venga aquí...

Se ruborizó y añadió:

—Dígale usted que me causará uñ verdadero placer.

—No dejaré de decírselo. ¡Adiós!

—¡No; hasta pronto!

Al año siguiente, un domingo en que hacía mucho calor, Enrique recordó súbitamente todos los detalles de aquella aventura, y tan claros y agradables se le representaron que volvió solo á su "gabinete„ del bosque.

Quedó estupefacto al entrar. Ella estaba allí, sentada en la hierba, con expresión triste, y á su lado,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en mangas de camisa, el joven del pelo amarillento, dormía concienzudamente como un bruto.

Se puso tan pálida al ver á Enrique, que éste temió que se desmayara. Luego se pusieron á hablar con naturalidad, como si nada pasara entre ellos.

Pero al decir Enrique que le gustaba mucho aquel sitio y que á menudo descansaba allí los domingos, recordando cosas pasadas, ella le miró fijamente.

—Yo pienso en ello todas las noches.

—Ea, muchacha,—dijo bostezando el marido;—creo que es hora de irnos.

EN EL AGUA

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En el agua

El último verano había alquilado una quinta de recreo á orillas del Sena, á muchas leguas de París, y allí iba á dormir todas las noches. Al cabo de algunos días trabé conocimiento con uno de mis vecinos, un hombre de treinta ó cuarenta años, que era el sér más raro que he conocido. Era un antiguo aficionado á navegar por el río, un remero infatigable que se pasaba la vida junto al agua ó dentro del agua ó sobre el agua. Debió de nacer en una canoa y de fijo que se morirá remando.

Una noche que nos paseábamos por las orillas del Sena, le rogué que me contara algunas anécdotas de su vida náutica. Inmediatamente mi hombre se anima, se transfigura, se vuelve elocuente, casi poeta. Tenía una pasión, una gran pasión devoradora, irresistible: el río.

—¡Ah!—exclamó,—¡cuántos recuerdos guardo de este río que ve usted correr junto á nosotros! Ustedes, los que viven en las ciudades, no saben lo que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

es un río. Un pescador pronuncia la palabra "río„ de un modo especial. Para él es algo misterioso, profundo, desconocido, el país de los espejismos y fantasmagorías, donde se ven, de noche, cosas que no existen, donde se oyen ruidos que no se conocen, donde se tiembla sin saber por qué, como en un cementerio; y es, en efecto, el más siniestro de los cementerios, aquel en que no hay tumbas.

La tierra resulta estrecha para un pescador; y, en cambio, en la sombra, cuando no brilla la luna, el río resulta ilimitado. Un marino no experimenta igual sentimiento por el mar. Verdad que algunas veces el mar es duro y perverso, pero por lo menos grita, alborota, es leal; el río es silencioso y pérfido. No ruge, corre sin ruido, y ese movimiento eterno del agua que corre, es para mí más espantoso que las altas olas del Océano.

Algunos soñadores pretenden que el mar encierra inmensos países azulados, donde los ahogados flotan entre dos aguas junto á los monstruos marinos en el centro de extraños bosques y en las grutas de cristal. El río no tiene más que negras profundidades donde se pudren los cuerpos en el barro. Es muy bello, sin embargo, cuando brilla el sol naciente y chapotea suavemente entre sus orillas cubiertas de cañas que murmuran.

El poeta ha dicho, hablando del Océano:

¡O flots, que vous savez de lugubres histoires!
Flots profonds, redoutés des méres á genoux,
Vous vous les recontez en montant les marées
Et c' est ce qui vout fait ces voux desesperées
Que vous avez, le soir, quant vous venez vers nous.

Pues bien, creo que los relatos que se cuchichean las delgadas cañas con sus vocecillas cariñosas, deben ser aún más siniestros que los dramas lúgubres de que hablan los alaridos de las olas.

Pero ya que me pide usted que le cuente algunos de mis recuerdos, voy á relatarle una extraña aventura que me ocurrió aquí hace unos diez años.

Vivía, como ahora, en casa de la tía Lafón y uno de mis mejores camaradas, Luis Bernet, que ha renunciado no hace mucho á la náutica, á sus pompas y á su independencia para entrar en el Consejo de Estado, estaba instalado en el pueblecillo de C... dos leguas más abajo. Comíamos juntos todos los días, tan pronto en su casa como en la mía.

Una noche, que volvía solo y bastante cansado, arrastrando penosamente mi barquilla, un *oceano* de doce pies de que me servía por la noche, me detuve algunos segundos para tomar aliento cerca de la punta de las cañas, allá abajo, cerca de doscientos metros antes de llegar al puente del ferrocarril. Hacía un tiempo magnífico, resplandecía la luna, brillaba el río, la atmósfera estaba sosegada. Aquella tranquilidad me tentó; pensé que fumaría muy á gusto una pipa en aquel sitio. Tal como lo pensé lo hice; cogí el ancla y la eché.

La canoa, que bajaba la corriente, llegó al extremo de la cadena y luego se detuvo; yo me senté á popa sobre mi piel de carnero, lo más cómodamente que pude. Nada se oía, nada en absoluto, tan sólo á veces creía oir leve chapoteo del agua al chocar en la orilla y advertía grupos de cañas más elevados

que los arbustos que tomaban aspectos raros y se agitaban de cuando en cuando.

El río estaba completamente sosegado, pero yo me sentía conmovido por el silencio extraordinario que me rodeaba.

Ranas y sapos, esos nocturnos cantores de los estanques, callaban. De pronto, á mi derecha, oí el croar de una rana. Me estremecí, calló. Nada más oí y de nuevo fumé para distraerme.

A pesar de que era yo un fumador empedernido, tuve que dejar la pipa; sentía mareo. Canturreé y el sonido de mi voz me desagradaba; entonces me tendí en el fondo de la barquilla y miré al cielo. Durante algún tiempo permanecí tranquilo, pero bien pronto me inquietaron los movimientos de la barca. Me pareció que daba saltos gigantescos, tocando ya una ya otra de las orillas; luego me pareció que un sér ó una fuerza invisible la atraía suavemente al fondo del agua y la levantaba después para dejarla caer de nuevo. Me sentía zarandeado como durante una tempestad; oía ruidos en torno de mí; me levanté de un salto, brillaba el agua, todo estaba en calma.

Comprendí que tenía los nervios algo excitados y resolví marcharme. Tiré de la cadena; la canoa se puso en movimiento; luego sentí una resistencia; tiré con más fuerza, el áncora no salió. Había enganchado en algo pesado que había en el fondo y no podía levantarla. Volví á tirar, pero inútilmente. Entonces, con los remos hice dar vuelta á la barca y la llevé contra la corriente, á fin de hacer variar

de posición al áncora. Fué en vano; continuaba agarrada. Encolericéme y sacudí con rabia la cadena. No se soltó. Me senté desalentado y reflexioné acerca de mi situación. No había que pensar en romper aquella cadena ni en arrancarla de la barca porque estaba sólidamente sujeta á un madero más grueso que mi brazo. Pero como el tiempo era muy bueno, me consolé pensando que sin duda no tardaría en llegar un pescador que viniera en mi ayuda. Aquel contratiempo me había calmado; sentéme y fumé mi pipa. Tenía una botella de ron; bebí dos ó tres vasos y mi situación me hizo reir. Hacía mucho calor, y si venían mal dadas podía en rigor pasar la noche al sereno.

De pronto oí un golpecito dado en la barca. Me estremecí y un sudor frío me heló de pies á cabeza. Aquel ruido provenía, á no dudarlo, de alguna madera arrastrada por la corriente que había chocado contra la barca; pero bastó para sobresaltarme y de nuevo sentí una rara agitación nerviosa. Cogí la cadena y tiré con desesperado esfuerzo. El ancla resistió. Me senté fatigado.

Entretanto el río se había cubierto de una niebla blanca muy espesa que se arrastraba al ras del agua, de modo que, poniéndome en pie, no veía ni el río, ni mis pies, ni mi barca; nada más que las puntas de las cañas, y, á lo lejos, la llanura iluminada por la pálida luz de la luna y grandes manchas negras que subían al firmamento, formadas por grupos de álamos de Italia. Estaba sepultado hasta la cintura como en una inmensa capa de algodón de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

singular blancura y me asaltaban fantásticos pensamientos. Imaginaba que alguien trataba de subir á mi barca, que apenas distinguía, y que el río, oculto por aquella bruma opaca, debía estar poblado de seres raros que nadaban en torno mío. Experimentaba un malestar horrible; tenía opresión en las sienes, el corazón quería saltárseme del pecho y, enloquecido, pensé en huir á nado; pero casi en seguida tal idea me hizo estremecer de miedo. Me ví perdido, yendo al azar entre aquella bruma, luchando entre las hierbas y las cañas que no podría evitar, estertorando de miedo, no acertando á llegar á la orilla, no pudiendo encontrar mi barca, y me parecía sentir que me tiraban de los pies hasta hundirme en aquella agua negra.

En efecto; como me habría sido preciso nadar quinientos metros por lo menos hasta encontrar un sitio libre de juncos y de cañas, había nueve probabilidades contra diez de que me ahogaría antes de llegar á tierra, por muy buen nadador que fuera.

Trataba de razonar. Tenía la firme voluntad de no tener miedo; pero había en mí algo más que la voluntad y ese algo sentía miedo. Preguntéme qué podía temer; mi *yo* valiente se burló de mi *yo* cobarde, y jamás como entonces comprendí la oposición de los dos seres que alientan en nosotros, queriendo uno, resistiendo el otro y venciendo alternativamente.

Aquel espanto animal crecía por momentos y se convirtió en terror. Permanecía inmóvil, ojo avizor, con el oído atento y esperando. ¿Qué? No lo sabía;

pero debía ser algo terrible. Creo que si á un pez se le ocurre saltar fuera del agua, como sucede á menudo, caigo sin sentido.

Sin embargo, por un violento esfuerzo, conseguí recobrar mi razón que se escapaba. Tomé de nuevo mi botella de ron y bebí á grandes tragos. Entonces se me ocurrió una idea y me puse á gritar con todas mis fuerzas, volviéndome sucesivamente hacia los cuatro puntos del horizonte. Cuando quedé extenuado escuché. Un perro aullaba á lo lejos, muy lejos.

Bebí más y me tendí en el fondo de la barca. Permanecí así una hora, quizá dos, sin dormir, con los ojos abiertos, hostigado por pesadillas tremendas. No osaba levantarme á pesar de que lo deseaba y aplazaba hacerlo minuto tras minuto. Me decía: "¡Ea, en pie!„ y me daba pavor moverme. Al fin me levanté con infinitas precauciones, como si mi existencia hubiera dependido del menor ruido que hiciera, y miré por encima de las bandas.

Quedé deslumbrado por el más asombroso, por el más maravilloso espectáculo que cabe imaginar. Era una fantasmagoría del país de las hadas, por una de aquellas visiones contadas por los viajeros que llegan de muy lejos y que escuchamos sin darles crédito.

La neblina que dos horas antes flotaba sobre el agua se había retirado poco á poco y retraído hacia las orillas. Dejando completamente libre la corriente, había formado en cada margen una colina ininterrumpida, alta de seis ó siete metros, que brillaba bajo la luna con el fulgor soberbio de las nieves. De

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

modo que no se veía otra cosa que el río centelleante de luz entre dos montañas blancas, y arriba, encima de mi cabeza, refulgía ancha y redonda una luna clara en el centro de un cielo azulado y lechoso.

Todos los peces habían despertado; las ranas croaban con furia y de cuando en cuando, tan pronto á la derecha como á la izquierda, resonaba la nota corta, monótona y triste que lanza á las estrellas la voz metálica de los sapos. ¡Cosa rara! Ya no sentía miedo; estaba rodeado de un paisaje tan extraordinario que ni las mayores singularidades consiguieran admirarme.

No sé cuánto tiempo duró aquello, pues había acabado por amodorrarme. Cuando abrí de nuevo los ojos, la luna había desaparecido y el cielo estaba cubierto de nubes. El agua chapoteaba lúgubremente, soplaba el viento, hacía frío, la obscuridad era profunda.

Bebí lo que me quedaba de ron y luego escuché, temblando de frío, el roce de las cañas y el ruido siniestro del río. Trataba de ver; pero no podía distinguir ni mi barca ni mis propias manos aun cuando las aproximara á mis ojos.

Poco á poco, sin embargo, disminuyeron las tinieblas. De pronto me pareció que una sombra se deslizada junto á mí; grité; una voz me respondió; era un pescador. Le llamé, se acercó y le conté mi tropiezo. Entonces puso su barquilla al lado de la mía y ambos tiramos de la cadena. El áncora no se movió. Apuntaba el día, sombrío, gris, lluvioso, glacial,

una de esas jornadas que presagian penas y desdichas. Ví otra barca; llamamos. El marinero que la tripulaba unió sus esfuerzos á los nuestros, y entonces, poco á poco, el ancla cedió. Subía, pero despacio, muy despacio, cargada con un peso considerable. Por fin vimos una masa negra y la echamos á bordo.

Era el cadáver de una vieja con una gran piedra al cuello.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EN FAMILIA

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En familia

El tranvía de Neuilly acababa de pasar por la puerta Maillot y corría á lo largo de la avenida que lleva á orillas del Sena. La maquinita que arrastraba el coche pitaba para hallar vía libre, soltaba vapor, jadeaba como una persona que corre; y sus pistones producían un ruido semejante al que producirían unas piernas de hierro andando aprisa. El bochorno de una tarde de verano caía sobre el camino, del que se levantaba, á pesar de no hacer aire, una polvareda blanca, opaca, sofocante y caliente que se pegaba á la piel sudorosa, llenaba los ojos y penetraba en los pulmones.

Los vecinos estaban en las puertas, ansiando aire fresco.

Los cristales del coche estaban bajados y las cor-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tinillas flotaban á impulso de la precipitada carrera. Había pocos viajeros en el interior, pues el bochorno les empujaba al imperial y á las plataformas. Entre ellos había algunas señoras gordinflonas con vestidos chillones, y empleados que salían de la oficina, de rostro cetrino, corcovados y con los hombros desnivelados á causa de sus largas horas de labor oficinesca. En sus rostros abatidos se leía la inquietud perpetua que produce la falta de dinero, las esperanzas muertas; pues todos pertenecían á esa categoría de desdichados que vegetan en minúsculas casitas con un conato de jardín que tanto abundan en los alrededores de París.

Cerca de la puerta, un hombre bajito y rechoncho, cuya barriga tenía excesivo desarrollo, con traje negro y una condecoración en el ojal, hablaba con un tío alto y desaliñado, que llevaba un traje de dril blanco muy sucio y un panamá viejo. El primero hablaba lentamente, con unas vacilaciones que le hacían parecer tartamudo; era el señor Caraván, jefe de sección del ministerio de Marina. El otro, antiguo médico de vapor mercante, estaba establecido en Courbevoie donde aplicaba á los famélicos clientes los vagos conocimientos médicos que sobrevivieron á las aventuras de su vida. Se llamaba Chenet y se hacía dar el título de doctor. No tenía muy limpia fama.

El señor Caraván llevó siempre la vida normal de los burócratas. Desde treinta años atrás acudía á la oficina por el mismo camino, encontrando á la misma hora y en los mismos sitios las mismas caras de las gentes que iban á sus asuntos; y se volvía por igual camino, hallando las mismas caras, que viera envejecer.

Todos los días, después de comprar el periódico en la esquina del arrabal de San Honorato, iba en busca de sus dos panecillos y luego entraba en el ministerio con el aspecto de un culpable que se constituye preso, y ocupaba su sitio vivamente, con el corazón inquieto, temiendo siempre una reprimenda por las faltas que pudiera haber cometido.

Nada alteró jamás la monotonía de su existencia, pues nada le interesaba á no ser las cosas de la oficina, los ascensos y aguinaldos. Ya estuviera en el ministerio ya en su casa (se había casado con la hija de un colega pobre), sólo hablaba del servicio. Jamás su inteligencia atrofiada por el trabajo embrutecedor de la oficina, tenía otros pensamientos, otras esperanzas ni otros ensueños que los relativos á su ministerio.

Un perpetuo torcedor amargaba sus satisfacciones de empleado: el nombramiento de los comisarios de marina—de los hojalateros, como les llamaban por sus galones de plata—para los puestos de jefe y sub-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

jefe. Cada noche, á la hora de la comida, argumentaba ante su mujer, que compartía sus odios, para demostrar que es inicuo dar empleos en París á los que tienen la obligación de navegar.

Era ya viejo, sin haber sentido pasar la vida, pues del colegio fué á la oficina, y así como antes temía á los ayudantes, ahora le inspiraban los jefes miedo cerval. El despecho de aquellos déspotas le hacía estremecer. Y aquel miedo continuo hacía que se presentase torpemente y que tartamudeara al hablar.

Conocía París poco más ó menos como un ciego que cada día va guiado por su perro á un mismo sitio; y si leía en su periódico callejero los sucesos y escándalos, se le antojaban pura invención para solaz y regocijo de los empleados. Hombre de orden, reaccionario sin partido político, pero enemigo de las *novedades*, no leía los hechos políticos que el periódico desfiguraba á su gusto en pro de una causa determinada; y cuando por las noches recorría la avenida de los Campos Elíseos, miraba la muchedumbre agitada y la ola de carruajes, como un viajero mira las comarcas lejanas que atraviesa.

Como aquel año cumplía treinta de servicio, en 1.º de Enero le habían hecho entrega de la cruz de la Legión de honor que recompensa en esas oficinas militarizadas la larga y miserable servidumbre (se dice: *leales servicios)* de esos forzados amarrados á la

carpeta. Aquella dignidad inesperada, dándole idea más alta de su capacidad, cambió por completo sus costumbres. Suprimió desde entonces los pantalones de color, las americanas claras y se dedicó á los trajes negros, que hacían resaltar *su condecoración.* Se afeitaba á diario, se limpiaba con esmero las uñas, se mudaba la camisa cada dos días por un legítimo sentimiento de orgullo y respeto por la *Orden* nacional de que formaba parte, y se había convertido en un Caraván presumidillo, majestuoso y condescendiente.

En su casa hablaba á tontas y locas de "su cruz„. No podía sufrir que los otros llevaran condecoraciones distintas. Las órdenes extranjeras, especialmente, le indignaban. "No debieran dejarlas llevar en Francia„; y no podía tragar al doctor Chenet, que encontraba cada noche en el tranvía, ostentando una condecoración con distintivo blanco, azul, naranja ó verde, según las ocasiones. La conversación de ambos hombres desde el Arco del Triunfo á Neuilly era siempre la misma, y aquella tarde, como las precedentes, hablaban de distintos abusos municipales que les sorprendían, acusando con dureza al alcalde de Neuilly. Luego, como suele ocurrir en compañía de un médico, Caraván habló de las enfermedades, esperando que podría recoger indicaciones útiles y gratuitas sin que el otro lo advirtiera. Hacía

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tiempo que el estado de su madre le alarmaba. Padecía frecuentes y largos desmayos y aun cuando contaba ya noventa años, no quería cuidarse.

Su avanzada edad enternecía al burócrata, que decía á menudo al *doctor* Chenet: "¿Verdad que hay pocas que alcancen su edad?„ Y se restregaba de gusto las manos, no tanto quizá porque le gustara ver que la vieja se eternizaba en la tierra, como porque la duración de la vida maternal era algo así como una promesa para él.

—Sí—decía;—los de mi familia envejecemos mucho; estoy seguro que, á menos de una desgracia, viviré muchos años.

Su compañero le miró con lástima; se fijó en su cara congestionada, su cuello corto, su barriga colgante, toda su grasa apoplética de empleado veterano y refunfuñó mientras con la mano arreglaba su panamá nada limpio.

—No es tan seguro como usted cree, amigo; su señora madre está amojamada, pero usted come demasiado.

Caraván, turbado, calló.

El tranvía llegaba al punto de parada. Bajaron los dos compañeros y Chenet pagó el vermouth en el café del Globo, del que eran asiduos concurrentes. El dueño les alargó la mano por encima de las botellas y fueron luego á reunirse con tres amigos suyos

que jugaban al dominó desde mediodía. Se cambiaron las frases de cajón; los jugadores continuaron el partido, después les alargaron la mano sin levantar la vista de las fichas, y los dos amigos se fueron á comer.

Caraván vivía junto á la encrucijada de Courbevoie, en una casita de dos pisos cuyos bajos ocupaba un barbero.

Dos cuartos, un comedor y una cocina constituían la habitación que la señora Caraván limpiaba desde la mañana á la noche, mientras que su hija María Luisa, de doce años, y su hijo Felipe Augusto, de nueve, corrían por la avenida en compañía de todos los arrapiezos del barrio.

El señor Caraván había instalado á su madre en el piso superior. La buena señora era célebre por su avaricia y por su flacura exagerada, que inspiraba á sus vecinos la idea de que Dios había aplicado las teorías de la vieja á su propia persona. Estaba siempre de malhumor y no pasaba día sin armar un cisco tremendo. Desde la ventana apostrofaba á los vecinos, á los vendedores de frutas, á los barrenderos y á los muchachos que, para vengarse, la seguían de lejos cuando salía á la calle gritando:

—¡A esa, á esa!

Una criadita normanda que parecía la encarnación del aturdimiento, cuidaba de la casa y dormía

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por las noches en la habitación de la abuela. Cuando Caraván entró en su casa, su mujer, atacada de una enfermedad crónica de limpieza, frotaba con una rodilla los respaldos y barrotes de las sillas que andaban desperdigadas por las habitaciones sin muebles. Llevaba siempre guantes de hilo, cubría la cabeza con una gorra adornada de cintas multicolores que llevaba de continuo ladeada, y repetía cuando la sorprendían cepillando, fregando ó limpiando:

—No soy rica y tengo un mueblaje modesto, pero me gusta tenerlo todo muy limpio; éste es mi único lujo.

Dotada de gran sentido práctico, servía de guía á su marido. Cada tarde en la mesa y luego en la cama, trataban con detención de lo que ocurría en la oficina, y aun cuando tuviera veinte años menos que él, confiaba en ella como en un director espiritual y seguía sus consejos.

No había sido nunca linda; y ahora era ya fea, bajita y flaeucha. Su desaliño en el vestir hizo que jamás resaltaran las pocas gracias femeninas de que estaba dotado su cuerpo y que quizá un cuidado mayor pusiera de manifiesto. Llevaba la falda torcida y se rascaba á menudo en cualquier parte sin importarle un bledo que lo vieran, por un impulso que no podía dominar. El único adorno que se permitía

era una profusión exagerada de cintajos en las cofias que usaba en casa.

Tan pronto como vió á su marido le dió un beso y preguntó:

—¿Has pensado en lo de Potin, amigo mío?

Se trataba de un encargo que le prometiera hacer. Cayó aterrado en una silla. Era la cuarta vez que lo olvidaba.

—Es una fatalidad—decía;—no puedo acordarme nunca.

Y como parecía desconsolado, su esposa le dijo:

—¡Bah! Mañana te acordarás. ¿Qué hay de nuevo en el ministerio?

—Una gran noticia; han nombrado sub-jefe á otro hojalatero.

Se puso seria.

—¿De qué negociado?

—En el de compras en el extranjero.

Se indignó:

—¿Ocupa, pues, la plaza de Ramón, la que yo quería para ti? ¿Y qué han hecho de Ramón? ¿Le han dado el retiro?

—Sí, el retiro—balbució Caraván.

Su mujer se enfureció, acabó de torcer la cofia y exclamó:

—De esa maldita jaula no se puede esperar nada de provecho. ¿Cómo se llama tu comisario?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Bonassot.

Cogió el anuario de Marina que tenía siempre al alcance de la mano y buscó: "Bonassot.—Tolón.—Nacido en 1851.—Aspirante en 1871.—Sub-comisario en 1875.„

—¿Ha navegado ese?

Al oir aquella pregunta Caraván se tranquilizó. Se echó á reir y contestó:

—Como Balín; como Balín su jefe.

Y añadió, riendo á más y mejor, una broma que gustaba á todos los empleados:

—Si les envían en barca á visitar la estación naval de Point-du-Jour, se marean.

Pero maldita la gracia que le hizo á su mujer. Permaneció seria como si no le hubiera oído, y dijo luego rascándose la barba:

—¡Si siquiera tuviéramos un diputado amigo! El día que la Cámara sepa lo que pasa en tu oficina salta todo el ministerio...

De pronto so oyeron gritos en la escalera. Eran María Luisa y Felipe Augusto que volvían de la calle y que á cada escalón se daban una cachetina. Su madre se lanzó hacia ellos, y cogiendo á cada uno por un brazo les echó en la habitación, zarandeándoles con vigor.

Tan pronto como vieron á su padre corrieron hacia él, que les abrazó tiernamente; luego, sentándo-

se, les puso sobre sus rodillas y charló con ellos. Felipe Augusto era un arrapiezo sucio, desarrapado, con cara de idiota. María Luisa se parecía á su madre, hablaba como ella, repetía sus palabras y hasta imitaba sus ademanes. También preguntó:

—¿Qué hay de nuevo en el ministerio?

Caraván contestó alegremente:

—Tu amigo Ramón, que viene á comer aquí todos los meses, nos deja, chiquilla. Han nombrado un nuevo subjefe.

Luisa levantó la vista y mirándole con conmiseración de niña precoz, dijo:

—Otro que te pasa delante.

Caraván cesó de reir y no contestó; luego, dirigiéndose á su mujer, preguntó para cambiar de tema:

—¿Cómo está mi madre?

La señora Caraván dejó de frotar; se volvió, arreglóse la cofia y dijo temblándole el labio inferior:

—¡Ah, sí! Hablemos de tu madre. ¡Buena me la ha hecho! Imaginate que hace poco la señora Lebaudin la mujer del peluquero, subió á pedirme un paquete de almidón y como yo había salido, tu madre la ha puesto á la puerta, tratándola de "mendiga„. Ya la he dicho lo que hacia al caso. Ha fingido no oirme como hace siempre que le cantan las verdades, á pesar de que oye tan bien como tú y como yo. Todo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ello es fingimiento, y lo prueba que se ha subido á su habitación sin decir palabra.

Caraván, confuso, callaba cuando la criadita anunció la comida. Entonces, á fin de avisar á su madre, tomó una caña de escoba que estaba siempre oculta en un rincón y dió tres golpes en el techo. Luego pasaron al comedor y la señora sirvió la sopa, esperando á la vieja. Esta no comparecía y la sopa se enfriaba. Entonces comieron despacito, y cuando los platos estuvieron vacíos, la señora Caraván dijo con ira:

– Esto lo hace para fastidiarnos. Tú tienes la culpa porque siempre la apoyas.

Entonces, perplejo, temiendo á una y á otra, envió á Luisa en busca de la abuela y quedó inmóvil, con la vista baja, mientras su mujer golpeaba rabiosamente el pie de la copa con el cuchillo.

De pronto se abrió la puerta y apareció la niña sola, sofocada y pálida. Dijo atropelladamente:

—La abuela está tendida en el suelo.

Caraván se levantó de un salto y tirando la servilleta sobre la mesa se lanzó hacia la escalera, donde pronto resonó su paso pesado, en tanto que su mujer subía más despacio, creyendo que la vieja trataba de jugarles una broma pesada.

Yacía la anciana en el suelo, de bruces, y cuando su hijo la hubo puesto de espaldas, apareció con los

ojos cerrados, pálida, demacrado el rostro, apergaminado el cuerpo, sin dar señal de vida.

Caraván, de rodillas junto á ella, gemía:

—¡Pobre madre! ¡Pobre madre!

Su esposa, después de mirarla un instante, exclamó:

—¡Bah! Es un desmayo de los de siempre; de fijo que lo ha hecho para no dejarnos dormir.

Pusiéronla en la cama después de desnudarla y todos, incluso la criada, empezaron á friccionarla. A pesar de sus esfuerzos, no volvió en sí. Entonces enviaron á Rosalía á buscar al *doctor* Chenet. Vivía en el muelle hacia Suresnes. Tardó en venir. Llegó, por fin, y después de examinar y palpar y auscultar á la vieja, declaró:

—Se acabó.

Caraván se abrazó llorando al cadáver y besaba convulsivamente el rostro de su madre, derramando tan abundantes lágrimas, que mojaba con ellas la cara de la muerta.

La señora Caraván demostró su pesar de un modo adecuado á las circunstancias, y de pie detrás de su marido lanzaba débiles gemidos y se frotaba obstinadamente los ojos.

Caraván, con la cara abotargada, desordenado el pelo, muy feo el pobre desde que se entregara á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su dolor verdadero, se levantó de pronto y preguntó:

—Diga usted, doctor, ¿no pudiera haberse equivocado usted?

Chenet se aproximó á la cama, y moviendo el cadáver con profesional destreza, como si fuera un comerciante alabando su mercancía, dijo:

—Mírele usted estos ojos, amigo mío.

Levantó el párpado y apareció la mirada de la vieja, no más apagada que de costumbre. Caraván sintió como una puñalada en el corazón y se estremeció de miedo. Chenet tomó el brazo crispado, abrió á la fuerza las manos, y con expresión enfurecida, como si le molestara que le contradijesen, exclamó:

—Mire usted esta mano; no me engaño jamás.

Caraván volvió á caer de bruces en la cama en tanto que su esposa acudía á lo necesario, sin cesar de lloriquear. Puso una servilleta sobre la mesa de noche, y sobre ella cuatro velas encendidas. Tomó una ramita de boj que había detrás del espejo de la chimenea y lo puso entre las velas, en un plato que llenó de agua clara por no tenerla bendita. Pero después de reflexionar un instante echó un puñadito de sal en el líquido, imaginando que aquello era una especie de consagración.

Después de terminar sus preparativos quedó inmóvil, hasta que Chenet, que la ayudara en su tarea, le dijo:

—Hay que sacar de aquí á Caraván.—Hizo una señal de asentimiento, y acercándose á su marido que sollozaba arrodillado, le cogió por un brazo y el doctor por otro.

Le sentaron en una silla y su esposa, besándole la frente, le hizo algunas reflexiones. El médico las apoyaba aconsejando la resignación, el valor, la firmeza, cuanto no es posible tener en tales casos. Luego ambos le volvieron á coger por el brazo y se lo llevaron.

Lloraba como un muchacho, sollozando, con los brazos caídos, flaqueándole las piernas, y bajó la escalera sin saber lo que se hacía, moviendo maquinalmente los pies.

Le dejaron en el sillón que ocupaba siempre durante las comidas, poniéndole delante del plato en el que quedaba un resto de sopa. Permaneció allí quieto, mirando la copa, sin pensar.

La señora Caraván hablaba con el doctor en un rincón, preguntando lo que había que hacer en tales casos. Por fin el señor Chenet, que parecía esperar algo, tomó el sombrero declarando que no había comido y que se iba. La dueña de la casa dijo entonces:

—¿Cómo? ¿No ha comido usted? Quédese usted,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

doctor; quédese. Comerá lo que haya, aun cuando no haya mucho.

Rehusó excusándose; pero ella insistió.

—Sí, le rùego que se quede. En casos así es muy grata la presencia de un amigo. Nos hará usted un gran favor y quizá decida usted á mi marido á comer un bocado.

El doctor se inclinó y dejando el sombrero, dijo:

—En tal caso acepto, señora.

Dió ésta órdenes á Rosalía y se sentó á la mesa para "acompañar al *doctor*.„

Tomaron cocido del que Chenet se sirvió dos veces. Luego sacaron un embutido de Lyon que apestaba á cebolla. La señora se decidió á probarlo.

—Es excelente—dijo el doctor.

—¿Verdad que sí?—replicó la señora sonriendo.

Luego, volviéndose hacia su marido:

—Toma un trocito, Alfredo; algo has de comer, hijo mío; piensa que perderás la noche.

Alargó dócilmente el plato como se hubiera metido en cama si se lo aconsejaran; incapaz de saber lo que hacía. Comió.

El doctor, sirviéndose á sí mismo, repitió por dos veces, y la señora Caraván, de cuando en cuando tomaba un gran bocado con el tenedor, comiéndoselo como distraidamente.

Al aparecer una fuente de macarrones á la italiana, el doctor exclamó:

—Buena cara tienen.

La señora sirvió á todos, incluso á los niños que aprovechaban la libertad en que se les dejaba para beber vino puro y para darse de puntapiés por debajo de la mesa.

El señor Chenet recordó la afición que por los macaroni sentía Rosini, y dijo:

—Hasta podría empezarse una piececita en verso, de este modo:

Al maestro Rosini
Gustan los macaroni...

No le escuchaban. La señora Caraván pensaba en las consecuencias probables de aquel fallecimiento, mientras su esposo hacía bolitas de pan que dejaba en los manteles y miraba como atontado. Sentía una sed ardiente y bebía vaso tras vaso de vino, y su razón ya trastornada por aquel choque imprevisto, parecía escapársele, aumentando el malestar producido por la digestión penosa.

El doctor bebía como un embudo, se embriagaba. Hasta la señora Caraván que no bebía más que agua, sufría los efectos de la reacción que sigue á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

toda conmoción nerviosa y sentía turbada la cabeza.

El señor Chenet contaba historias de muertes que le parecían graciosas, pues en los arrabales parisienses, rebosantes de gente de provincias, domina la indiferencia que sienten los aldeanos por los difuntos, aunque se trate de los de la familia, aquella falta de respeto, aquella ferocidad inconsciente tan comunes en el campo y tan raros en París. Decía:

—Vean, la semana pasada me llaman en Puteaux, acudo. Hallo al paciente ya muerto, en tanto que su familia, reunida junto á la cama, se acababa una botella de anís que compraran la víspera para satisfacer un capricho del difunto.

Pero la señora no le oía, absorta como estaba pensando en la herencia, y Caraván, con el cerebro trastornado, era incapaz de comprender nada.

Sirvieron el café, que hicieron muy fuerte, para darse ánimo. La bebida aromática, que mezclaron con cognac, acabó de embrollar las ideas de aquellas inteligencias vacilantes.

Luego el *doctor*, apoderándose de una botella de anís, sirvió un traguito á todos. Y permanecieron buen rato sin hablar, sumidos en esa especie de modorra agradable que produce el alcohol tomado después de comer, sorbiendo poco á poco el café y los licores.

Los niños se habían dormido y Rosalía cuidó de acostarles.

Entonces Caraván, movido por esa necesidad que de aturdirse sienten todos los desgraciados, tomó más aguardiente y se le encandilaron los ojos.

El *doctor* se levantó al fin para marcharse, y dijo, cogiendo por el brazo á su amigo:

—Ea, véngase conmigo; le aprovechará un paseito; cuando uno tiene penas lo mejor es el movimiento.

Obedeció Caraván, tomó el sombrero, cogió el bastón y salió. Y ambos, cogidos del brazo, fueron hacia el Sena á la luz de las estrellas.

El aire de la noche era puro y embalsamado, pues todos los jardines de los alrededores estaban floridos á la sazón, y los perfumes, como dormidos de día, parecían despertar por la noche y se exhalaban flotando en alas de la brisa.

La ancha avenida aparecía desierta y silenciosa, luciendo sus dos filas de faroles que llegaban hasta el Arco de Triunfo. Hacia allí se oía el rumor de París, al que de cuando en cuando parecía contestar desde la llanura el silbato de algún tren que venía á toda máquina ó, atravesando la provincia, huía hacia el Océano.

El aire fresco sorprendió primero á los dos hombres, trastornando el equilibrio del doctor y acen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tuando los vértigos que desde que comiera sentía Caraván. Parecíale andar en sueños, con la inteligencia embotada, sin dolor agudo, dominado por una especie de atonía moral que le privaba de padecer, experimentando cierto alivio que aumentaban los aromas que flotaban en el aire.

Al llegar al puente tomaron hacia la derecha y sintieron en el rostro la frescura del río. Corría éste melancólico y sosegado á lo largo de una cortina de altos álamos; y las estrellas parecían nadar en el agua, movidas por la corriente. Una bruma poco densa y blanquecina que se cernía sobre la otra orilla, llevaba á los pulmones emanaciones húmedas. Caraván se detuvo de pronto al sentir aquel olor de río que despertaba en su corazón recuerdos muy lejanos.

De pronto se le apareció su madre tal como era en la infancia de él, arrodillada junto á la puerta, lavando con gran prisa en el arroyuelo que pasaba por el jardín de su casita de Picardie. Oía el golpeteo de la pala que resonaba en el silencio de la campiña y la voz de su madre, que decía:

—Alfredo, tráeme jabón.

Y sentía aquel mismo olor de agua corriente, aquella misma bruma que brotaba de la tierra empapada de agua, aquel vaho de pantano cuyo sabor no había olvidado jamás, y que ahora, que acaba-

ba de morir su madre, se le representaba con más fuerza.

Se detuvo, acometido de un nuevo arranque de dolor. Fué como una llamarada que alumbrara de pronto toda la extensión de su pena; y el encuentro de aquel soplo errante le sumió en desesperación abrumadora. Sintió su corazón desgarrado por aquella separación eterna. Su vida quedaba cortada en dos mitades, y su juventud entera desaparecía tragada por aquella muerte. Todo lo pasado acabó; se disipaban todos sus recuerdos de adolescente; nadie podría ya hablarle de las cosas antiguas, de las gentes que conociera en otro tiempo, de su tierra, de sí mismo, de la intimidad de su vida pasada. Una parte de su existencia había muerto; la otra debía á su vez extinguirse.

Comenzó el desfile de evocaciones. Veía á su "mamá" más joven, con un vestido raído por el largo uso, vestido que parecía formar parte de su persona según los años que lo llevaba. Recordaba mil nimios detalles; sus ademanes, sus gestos, la expresión de sus ojos, las entonaciones de su voz, sus costumbres, sus manías, sus arrebatos, las arrugas de su cara, los movimientos de sus dedos afilados, las actitudes que le eran familiares y que ya no tomaría más.

Agarrándose al brazo del doctor lanzó dolorosos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gemidos. Temblábanle las piernas; su corpachón entero se estremecía á impulsos de sus sollozos, y exclamaba:

—¡Madre mía! ¡Pobre madre! ¡Pobre madre!...

Pero su compañero, embriagado aún y que pensaba terminar la velada en los lugares que visitaba en secreto, impacientado por aquella crisis de pena, le hizo sentar en la hierba y le abandonó casi en seguida á pretexto de ir á visitar á un enfermo.

Caraván lloró mucho rato; luego, cuando ya no tuvo más lágrimas, cuando todo su dolor hubo manado, si así puede decirse, experimentó como un alivio, cierta tranquilidad, un súbito reposo.

La luna había aparecido y bañaba el horizonte con su claridad plácida. Los altos álamos se erguían con reflejos plateados, y en la llanura la niebla parecía niebla flotante. El río, que no reflejaba ya las estrellas, semejaba ancha cinta de nácar que corriera, salpicada de puntitos brillantes. El aire era templado y perfumada la brisa. El sueño de la tierra era sosegado y Caraván aspiraba aquella dulzura de la noche. Respiraba con fuerza, creyendo que penetraba su sér una frescura agradable, un sobrehumano consuelo.

Trataba de resistir á aquel bienestar y repetía:

—¡Madre! ¡Pobre madre!

Y procuraba llorar creyendo que su conciencia

así se lo pedía, pero no podía ya, y no sentía ni la más ligera tristeza pensando en las cosas que momentos antes le arrancaban lágrimas.

Entonces se levantó y despacito fué hacia su casa, penetrado de la indiferencia de la naturaleza serena y aplacado su dolor.

Cuando llegó al puente vió el farol del último tranvía que estaba á punto de marchar, y las ventanas iluminadas del café del Globo.

Sintió como una necesidad de contar á alguien la catástrofe que le afligía, de excitar la conmiseración, de hacerse el interesante. Adoptó una expresión de desconsuelo, abrió la puerta y se dirigió hacia el mostrador donde el dueño se exhibía. Creía que produciría gran efecto; que todos se levantarían para estrecharle la mano y preguntarle qué le pasaba; pero nadie notó la tristeza de su semblante. Entonces se puso de codos en el mostrador y apretándose las sienes murmuró: ¡Dios mío! ¡Dios mío!

El dueño le miró:

—¿Está usted malo, señor Caraván?

—No, amigo mío; acaba de fallecer mi madre.

Su interlocutor soltó un "¡ah!„ distraído, y al oir que un concurrente pedía un bock, contestó inmediatamente con voz estentórea:

—¡Allá vamos! ¡Bum!—dejando estupefacto á Caraván.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En la misma mesa que antes de comer, absorbidos é inmóviles, los tres jugadores de dominó continuaban su partida. Caraván se acercó á ellos en demanda de conmiseración. Como ninguno parecía verle, se decidió á hablar:

—Desde que les dejé me ha ocurrido una gran desdicha.

Los tres levantaron á medias la cabeza pero sin apartar la mirada de las fichas.

—¿Qué te pasa?

—¡Acaba de morir mi madre!

Uno de ellos murmuró:

—¡Ah! ¡diantre!—con aquella expresión de fingida pena que adoptan los indiferentes en tales casos. Otro, no sabiendo qué decir, inclinó la cabeza y lanzó un silbido lúgubre. El tercero se fijó de nuevo en el juego como si pensara: "¡Bah! Es una cosa natural.„

Caraván esperaba una de aquellas palabras que se dice que "vienen del corazón.„ Viéndose recibido de aquel modo se alejó indignado de aquella tranquilidad ante el dolor de un amigo, siquiera en aquel instante no fuera muy vivo el tal dolor.

Salió.

Su esposa le esperaba en camisa sentada en una silla baja, junto á la ventana abierta, pensando en la herencia.

—Desnúdate,—le dijo;—hablaremos al estar en la cama.

Caraván indicando con la mirada el techo, dijo:

—¿No hay nadie arriba?

—Sí, está Rosalía; á las tres, cuando hayas echado un sueño, subirás tú.

No se quitó los calzoncillos por vía de precaución, se ató un pañuelo de seda á la cabeza y se metió en cama.

Permanecieron un rato callados. Ella reflexionaba.

Tenía la cofia inclinada á un lado como de costumbre, adornada con un lazo color de rosa.

De pronto, volviendo la cabeza hacia él, exclamó:

—¿Sabes si tu madre ha hecho testamento?

—No... no lo creo... Me parece que no habrá hecho.

La señora Caraván miró fijamente á su marido y dijo en voz baja y con acento colérico:

—Eso es una indignidad, porqué hace diez años que nos descrismamos cuidándola y dándola de comer. Me parece que tu hermana no hubiera hecho ni la mitad, ni yo tampoco, á saber como sería recompensada! ¡Es una vergüenza para su memoria! Dirás que pagaba la manutención, es verdad; pero las atenciones y cuidados de los hijos se recompen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

san por medio de un testamento. Así lo hacen las personas honradas. En cambio yo he trabajado de balde. ¡Está muy bien; muy bien!

Caraván, desesperado, decía:

—Cálmate, cálmate, querida; te lo suplico, te lo ruego.

Por fin se calmó y dijo con su acento ordinario:

—Mañana por la mañana habrá que avisar á tu hermana.

—Es verdad, no había pensado en ello; cuando amanezca le enviaré un telegrama.

No—replicó ella;—no lo envíes hasta las diez á fin de que tengamos tiempo de prepararnos antes de su llegada. Para venir de Charentón tardarán dos horas por lo menos. Diremos que con el disgusto no te acordaste de avisar á tiempo. Unas horas de retraso poco importan.

Caraván, pasándose la mano por la frente, y con el acento tímido que tomaba siempre que hablaba de su jefe, cuyo recuerdo le hacia temblar, dijo:

—Hay que avisar en el ministerio.

—¿Para qué? En ocasiones así nada importa que no se avise. No envíes recado, créeme; el jefe no podrá reñirte y en cambio le fastidiarás.

—Sí, buena rabieta pasará al ver que no voy. Tienes razón; es una buena idea. Cuando le diré que ha muerto mi madre no podrá chillar.

El empleado, satisfecho de su broma, se restregaba las manos de gusto en tanto que en la habitación de encima yacía el cadáver de la vieja cerca de la criada dormida.

La señora Caraván estaba pensativa como si la preocupara sus pensamientos que no se atrevia á expresar. Por fin se decidió:

—¿Verdad que tu madre te había dado el reloj de su cuarto?

Su marido reflexionó un momento, escudriñando su memoria, y dijo:

—Sí, creo que sí. Cuando vino á vivir con nosotros dijo que me daría el reloj si lo cuidábamos bien.

La señora Caraván se tranquilizó y repuso:

—Entonces es preciso ir á buscarlo, pues si lo dejamos donde está y esperamos á que llegue tu hermana, buenas noches.

—¿Lo crees así?...

Ella se enfadó:

—¡Ya lo creo! Una vez aquí, en cambio, que reclamen; es nuestro. Lo mismo hemos de hacer con la cómoda de su cuarto, la que tiene mármol. Me la dió á mí un día que estaba de buen humor. La bajaremos al mismo tiempo.

Caraván parecía dudar.

—Es una gran responsabilidad, querida—dijo.

—¡Ah, sí!—exclamó hecha una furia su esposa.—

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

¿De modo que siempre serás el mismo? Antes de decidirte dejarás siempre que mueran de hambre tus hijos. ¿No me dió esa cómoda? Pues es mía. Y si tu hermana no está contenta, tanto peor para ella. ¡Lo que me importa tu hermana! ¡Ea! levantémonos y cojamos en seguida lo que nos dió tu madre.

Tembloroso y vencido, saltó de la cama. Iba á ponerse los pantalones; pero su esposa le contuvo.

—No hay necesidad de vestirse. Yo no me visto tampoco.

Y los dos, en paños menores, subieron á la chita callando, abrieron la puerta con precaución y entraron en el cuarto, donde las cuatro bujías encendidas en torno del plato donde había el boj bendito parecían velar á la muerta en su rígido sueño, pues Rosalía, con las piernas estiradas, los brazos caídos y la boca abierta, dormía roncando.

Caraván cogió el reloj. Era uno de esos objetos grotescos que produjo el arte imperial. Una muchacha de bronce dorado, con la cabeza adornada de flores, sostenía con la mano un *bilboquet* cuya bola servía de péndulo.

—Dame esto—dijo su esposa—y toma el mármol de la cómoda.

Obedeció resoplando y se echó á cuestas el mármol, haciendo un esfuerzo considerable.

Entonces se alejó la pareja. Caraván se inclinó

para pasar la puerta y bajó temblando la escalera mientras que su mujer, bajando de espaldas, le alumbraba con una mano y sostenía con la otra el reloj.

Cuando llegaron á su cuarto lanzó ella un suspiro de satisfacción.

—Ya hemos hecho lo más costoso; vamos á terminar.

Los cajones del mueble estaban llenos de ropas de la difunta. Había que ocultarlas en alguna parte.

La señora Caraván tuvo una idea:

—Ve á buscar el cajón de la leña que hay en el vestíbulo. No vale ni dos francos y podemos ponerlo aquí.

Cuando Caraván trajo el cajón empezaron el traslado de ropas.

Tomaban uno tras otro cuellos, corpiños, puños, camisas, gorras, todas las pobres prendas de la vieja que yacía detrás de ellos, y las colocaban metódicamente en el cajón para engañar á la señora Braux, la hija de la difunta, que llegaría al día siguiente.

Después bajaron los cajones vacíos y por último la cómoda entre los dos, pasando un rato en descubrir dónde mejor efecto produciría. Por fin decidieron colocarla entre las dos ventanas frente á la cama.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Una vez en su sitio la señora Caraván la llenó con su propia ropa. El reloj quedó en la chimenea de la sala y la pareja se fijó en el efecto que producía. Quedaron encantados.

—Está muy bien—dijo ella.

—Sí, muy bien—contestó Caraván.

Se acostaron. Ella apagó la bujía y al poco rato todos dormían en la casa.

Era ya de día cuando Caraván despertó. Estaba como entontecido y no recordó hasta al cabo de un rato los acontecimientos de la víspera. Aquel recuerdo le produjo una conmoción y saltó de la cama trastornado, próximo á llorar.

Subió á la habitación del segundo piso, donde aún dormía Rosalía, que se había pasado la noche en un sueño. La envió á sus quehaceres, cambió las velas que se acababan y miró á su madre pensando confusamente en esas ideas medio religiosas, medio filosóficas, que asaltan la mente de las personas de inteligencia mediana ante el espectáculo de la muerte.

Su esposa le llamaba y bajó. Había hecho una lista de las diligencias que eran precisas, y se la entregó, asustándole.

Leyó esto:

1.° Hacer la declaración en la alcaldía.
2.° Avisar al médico forense.
3.° Encargar el ataúd.

4.° Pasar por la parroquia.
5.° Avisar á la funeraria;
6.° A una imprenta para las esquelas;
7.° Al notario.
8.° Ir á telégrafos para avisar á la familia.

Además tenía que hacer otros recados de menor importancia. Tomó el sombrero y se fué.

La noticia había circulado y muchas vecinas fueron á la casa pidiendo ver á la difunta.

En casa del barbero, se entabló el siguiente diálogo entre marido y mujer, mientras aquél afeitaba á un parroquiano y ésta hacía calceta:

—Una avara que se va al otro mundo. No la podía tragar; pero de todos modos habré de ir á verla.

Su marido gruñó mientras enjabonaba al paciente:

—¡Qué demonios de mujeres! ¡Son el mismísimo mengue! No contentas con freiros en vida, ni siquiera os dejan en paz después de muertos.

Pero su esposa, sin desconcertarse, contestó con flema:

—Tengo ganas de ir; no lo puedo remediar. Si no la viera, me parece que pensaría en ella durante toda la vida. Una vez la haya visto bien, ya estaré satisfecha.

El tío de la navaja se encogió de hombros y dijo al prójimo cuya mejilla rascaba:

—¡Qué ideas tienen las mujeres! ¡Valiente vista

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

para un ciego! No seré yo quien vaya á ver muertos.

—Pues hijo, no sé qué decirte,—replicó la comadre; y dejando la calceta sobre el mostrador, subió al primer piso.

Había ya dos vecinas que hablaban con la señora Caraván, la cual explicaba los detalles del accidente.

Fueron hacia el cuarto mortuorio. Las cuatro mujeres entraron á paso de lobo, rociaron una tras otra la sábana con agua salada, se arrodillaron y murmuraron una oración persignándose, y al levantarse, miraron largo rato el cadáver, en tanto que la nuera de la difunta, llevándose el pañuelo á la cara, simulaba un hipo de desesperación.

Cuando se volvió para salir, vió en el umbral de la puerta á María Luisa y Felipe Augusto, ambos en camisa, que miraban con gran curiosidad. Entonces, olvidando su pena, se lanzó hacia ellos chillando:

—¡Fuera de aquí, entrometidos!

Al cabo de diez minutos, volviendo con una nueva hornada de vecinas, vió también á los chiquillos y les riñó por pura fórmula; pero al cabo de un rato ya no se cuidó más de ellos, que se arrodillaban y repetían cuanto veían hacer á su madre.

A las primeras horas de la tarde, ya había disminuído el número de vecinos. Poco después ya no

acudió ninguno. La señora Caraván preparaba cuanto estimaba necesario para las fúnebres ceremonias, y la difunta estaba solitaria.

La ventana del cuarto estaba abierta. Entraban un calor tórrido y grandes bocanadas de polvo; las llamas de las bujías se agitaban cerca del cuerpo inmóvil: y en las sábanas, en el rostro, en las manos estiradas, por donde quiera paseaban, iban y venían, corrían mosquitos, visitaban á la vieja, esperando su hora próxima.

María Luisa y Felipe Augusto correteaban ya por la calle y pronto les rodearon una porción de camaradas, niñas sobre todo, más avispadas que los niños y que antes se fijan en los misterios de la vida. Preguntaban como personas mayores:

—¿Tu abuela ha muerto?

—Sí, anoche.

—¿Cómo es un muerto?

María Luisa se explicaba, detallando la ramita de boj, las velas, la cara de la difunta. Todo aquello despertó gran curiosidad en los niños que pidieron también ver el cadáver.

María Luisa organizó una primera expedición compuesta de cinco niñas y dos niños, los mayores, los más osados. Les obligó á quitarse los zapatos para que no se descubriese su presencia y el grupo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se deslizó por la escalera y subió sin ruido como un ejército de ratones.

Una vez en la habitación, la mocosuela, imitando á su madre, dispuso el ceremonial. Se arrodilló, se santiguó, pareció rezar, levantóse, é imitáronla sus camaradas que se aproximaron á la cama en apretado haz, salpicando las sábanas con el agua del plato. Estaban encantados y temerosos á un tiempo, contemplando el rostro y las manos de la difunta. La niña se puso á sollozar de mentirijillas, tapándose la cara con el pañuelo. Consolóse de pronto pensando en los que aguardaban; se retiró con aquel primer grupo y volvió á poco con otro, y con otro luego, pues todos los arrapiezos del barrio, incluso los mendigos más astrosos, querían disfrutar de aquella nueva diversión, y cada vez imitaba con mayor soltura las pamplinas maternales.

Por fin se cansó, y emprendiendo todos los niños un nuevo juego quedó la vieja solitaria y olvidada por completo.

La habitación se llenó de sombras y la luz de los cirios producía bruscas claridades que iluminaban la cara seca y arrugada de la difunta.

A las ocho subió Caraván que cambió las bujías y cerró la ventana. Entraba ya en el cuarto con todo sosiego, acostumbrado al espectáculo de la muerte, como si el cadáver estuviera allí desde meses antes.

Advirtió que no se presentaban señales de descomposición y se lo comunicó á su esposa cuando se sentaban á la mesa para comer.

—No hay que extrañarlo—le contestó.—Está apergaminada; un año que quisiéramos se conservaría.

Comieron la sopa sin hablar palabra. Los niños, cansados de correr durante todo el día, dormitaban en las sillas y todos permanecían silenciosos.

De pronto bajó la luz de la lámpara.

La señora Caraván dió vuelta á la llave de la torcida; pero en vano. La luz se apagó. Se habían olvidado de comprar aceite. Si había que llegarse á la tienda de ultramarinos se enfriaría la comida. Buscaron velas. No había otras que las que ardían arriba, sobre la mesa de noche.

La señora Caraván, mujer de rápidas decisiones, envió á María Luisa á buscar dos y esperaron á obscuras.

Se oían distintamente los pasos de la niña, que subía la escalera. Luego reinó un instante de silencio y de pronto la niña bajó precipitadamente. Abrió la puerta, despavorida, más trastornada que la víspera al anunciar la catástrofe, y murmuró aterrada:

—¡Ay, papá! Abuela se está vistiendo.

Caraván se levantó con tal sobresalto que tiró la silla y preguntó:

—¿Qué dices?... ¿Qué es lo que dices?...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

María Luisa, ahogada por la emoción, repitió:

—Abuela... Abuela... la abuela se viste y va á bajar.

Caraván se lanzó como un loco hacia la escalera, seguido de su mujer, pero al estar delante de la puerta del segundo piso se detuvo, asustado, no atreviéndose á entrar. ¿Qué es lo que iba á ver? La señora Caraván, más decidida, dió vuelta á la llave y entró en el cuarto.

Este parecía más sombrío, y en el centro movíase una forma alta y escueta. La vieja estaba en pie. Estaba en pie y al levantarse de su sueño letárgico, antes de que por completo volviera en sí, incorporóse, se volvió y apagó tres de las cuatro bujías que ardían junto á la cama mortuoria. Luego, cobrando fuerzas, se levantó para vestirse. Le extrañó al principio la desaparición de la cómoda; pero al cabo halló la ropa en la caja de madera blanca y se vistió tranquilamente. Después de tirar el agua que había en el plato, de poner la ramita de boj detrás del espejo y de arreglar las sillas, iba á bajar cuando aparecieron su hijo y su nuera.

Caraván corrió hacia ella, le cogió las manos, y la besó llorando mientras su mujer decía detrás de él con hipócrita acento:

—¡Qué suerte! ¡Oh! ¡Qué suerte!

Pero la vieja, sin enternecerse, fingiendo que ni

siquiera comprendía nada, con aspecto frío, preguntó:

—¿Estará pronto la comida?

Su hijo, sin saber lo que decía, replicó:

—Sí, mamá, sí; te esperábamos.

Y con cariño desusado tomó su brazo en tanto que la nuera les alumbraba andando hacia atrás, como hiciera durante la noche cuando su marido bajaba el mármol de la cómoda.

Al llegar al primer piso por poco tropieza con unas personas que subían. Eran sus parientes de Charentón; la señora Braux y su esposo.

La hermana de Caraván alta y gruesa, con un vientre de hidrópica que le hacía echar el cuerpo hacia atrás, abría los asustados ojos, dispuesta á huir. Su marido, un zapatero socialista, hombrecillo flacucho y velloso, parecido á un mono, murmuró sin conmoverse:

—¡Ah! ¡Parece que resucita!

Apenas les reconoció, la nuera les hizo expresivas muecas, y exclamó en voz alta:

—¡Toma! ¿Vosotros por aquí? ¡Qué sorpresa tan agradable!

La señora Braux, aun estupefacta, no entendía lo que pasaba y contestó á media voz:

—Hemos venido al recibir el telegrama; pensábamos que ya no había nada que hacer.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Su esposo, detrás de ella, la pellizcaba para que se callase, y dijo sonriendo con ironía:

—Gracias por habernos invitado; ya veis que hemos acudido en seguida, aludiendo á la enemiga que desde años atrás reinaba entre los dos matrimonios. Luego se fué hacia la vieja, que estaba ya en el descansillo, y frotando con su barba la cara demacrada y pálida, le dijo al oído á gritos, á causa de la sordera:

—¡Veo que estamos fuertes, abuela!

La señora Braux, admirada de encontrar viva á la que creía muerta, no se atrevía á besarla siquiera y su barriga enorme ocupaba el descansillo impidiendo que pudieran pasar los demás.

La vieja inquieta y desconfiada, pero sin decir palabra, miraba á sus hijos con sus ojillos escrutadores de mirada dura, fijándose tan pronto en uno como en otro, turbando á todos.

Caraván dijo para explicarse de algún modo:

—Ha estado algo delicada, pero ahora ya está mejor, ¿verdad, mamá?

La buena mujer, echando á andar, contestó con su voz cascada, que parecía venir de lejos:

—Fué un desmayo; he oído cuánto decíais.

Siguióse un silencio penoso. Entraron en la sala y luego se aprestaron á comer un refrigerio improvisado en unos minutos.

Unicamente Braux había conservado su aplomo. Su rostro de gorila maléfico gesticulaba y soltaba frases de doble sentido que molestaban á todos.

A cada instante sonaba el timbre de la puerta y Rosalía corría desesperada á llamar á Caraván, que se levantaba tirando la servilleta. Su cuñado le preguntó con retintín si tenía recepción.

—No, son recados que me traen—contestó balbuceando.

Trajeron un gran paquete que abrió atolondrado y aparecieron esquelas mortuorias orladas de negro. Entonces se puso colorado hasta las orejas y escondió el paquete.

Su madre no le había visto. Miraba con obstinación el reloj cuya bola dorada oscilaba sobre la chimenea. Cada vez se sentían todos más turbados á causa del mismo silencio.

De pronto la vieja volvió hacia su hija su rostro arrugado de bruja y chispeándole de malicia los ojos, dijo:

—El lunes tráeme á tu hija; quiero verla.

—Sí, mamá—respondió con júbilo la señora Braux mientras la nuera, palideciendo, sentía gran angustia.

Por fin ambos hombres se pusieron á hablar, discutiendo acerca de un asunto político. Braux sostenía las doctrinas revolucionarias y comunistas; ma-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

noteaba y vociferaba relampagueándole los ojos entre la espesa pelambrera:

—¡Sí, señor, la propiedad es un robo en perjuicio del que trabaja; la tierra es de todos; la herencia es una infamia y una vergüenza!...

Luego se detuvo súbitamente como el que acaba de soltar una gran tontería, y añadió en tono más suave:

—A bien que no es esta la mejor ocasión para hablar de ello.

Se abrió la puerta y el *doctor* Chenet asomó por ella. Quedó estupefacto durante un momento, pero se repuso pronto y acercándose á la vieja exclamó:

—¡Ah, ah! Veo que está usted mejor abuela. Ya me lo figuraba, y al subir la escalera pensé: ¿Qué apostamos á que la encuentro levantada?

Y dándole un golpecito en la espalda, añadió:

—Es más fuerte que el Puente Nuevo; ya veréis como nos entierra á todos.

Se sentó, aceptando el café que le ofrecían, y terció en la discusión apoyando á Braux porque también él había sido de los comunistas en 1871.

La anciana, que sentía cansancio, quiso ir á su cuarto. Caraván fué hacia ella, que le miró fijamente y le dijo:

—Anda, súbeme en seguida la cómoda y el reloj.

—Sí, mamá—balbució.

La vieja tomó el brazo de su hija y desapareció con ella.

Los dos Caraván quedaron mudos, anonadados, previendo un desastre, en tanto que Braux sorbía poco á poco el café con satisfacción evidente.

De pronto la señora Caraván se lanzó hacia él chillando:

—Es usted un ladrón, un canalla, un bandido... ¡Le escupo á la cara! Le... le...

Y no hallando injuria bastante terrible se ahogaba á impulso de su cólera mientras él continuaba riendo y bebiendo.

Al aparecer la cuñada aumentó el cisco. La señora Caraván la insultó de un modo abominable y ambas se dijeron lo indecible, lo que ni aun las rabaneras se dicen; formando contraste la enorme masa de una con la facha escueta y esmirriada de la otra.

Chenet y Braux se interpusieron y este último, cogiendo á su mujer por los hombros, la echó afuera gritando:

—Calla, burra; chillas demasiado.

Se oyó que disputaban alejándose.

El señor Chenet se despidió.

Los Caraván quedaron frente á frente.

Entonces él se dejó caer en una silla sudando de angustia y murmuró:

—¿Y qué le digo ahora á mi jefe?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA MUJER DE PABLO

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La mujer de Pablo

El restaurant Grillón, que venía á ser algo así como el falansterio de los aficionados al sport náutico, se vaciaba lentamente. Ante la puerta se oían gritos y llamadas y robustos mozos con camisetas blancas charlaban y gesticulaban con los remos al hombro.

Las mujeres, con vestidos claros de primavera, se embarcaban con precaución en los yoles y sentándose al timón se arremangaban las faldas para no mancharlas, en tanto que el dueño del establecimiento, un mocetón de barba roja, célebre por su vigor, daba la mano á las lindas muchachas y mantenía en posición normal los débiles esquifes.

Los remeros ocupaban á su vez sus sitios, con los brazos desnudos y sacado el pecho, procurando aparecer fornidos á los ojos de los espectadores, que eran en su mayoría burgueses endomingados, obre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ros y soldados que, de codos en la barandilla del puente, miraban con gran atención aquellos preparativos.

Los botes se alejaban sucesivamente del embarcadero. Los remeros se inclinaban hacia adelante y se echaban luego atrás con movimiento rítmico, y al impulso de los largos remos que se doblaban, los yoles se deslizaban rápidos por el río, se alejaban, se empequeñecían, desaparecían al fin bajo el otro puente, el del ferrocarril, bajando hacia la *Grenouillière.*

Una sola pareja quedaba. El joven, casi imberbe aun, flaco, pálido, abrazaba por la cintura á su querida, una morenita flacucha que parecía un saltamontes; y á veces se miraban al fondo de los ojos.

El hostelero gritó:

—Ea, don Pablo, despache usted.

Y se acercaron.

De todos los parroquianos de la casa Pablo era el más querido y respetado. Pagaba sin regatear, y con puntualidad, mientras que á los otros había que apremiarles y algunas veces desaparecían sin saldar sus cuentas. Resultaba además un reclamo viviente para el restaurant porque su padre era senador. Cuando un forastero preguntaba: "¿Quién es este chiquillo tan enamorado de su moza?„ un parroquiano cualquiera contestaba á media voz y dándose importancia: "Es Pablo Barón, el hijo del senador.„—Y el preguntón no podía por menos de contestar invariablemente: "¡Pobre chico! Está amartelado del todo.„

La tía Grillón, una buena mujer que entendía su oficio, llamaba al joven y á su compañera: "sus dos tórtolos„, y parecía enternecida al contemplar aquel amor que resultaba ventajoso para su establecimiento.

La pareja avanzaba á pasitos cortos; el yole *Magdalena* estaba ya preparado; pero en el momento de saltar dentro los dos jóvenes se besaron, lo cual hizo reir á los espectadores del puente. Pablo, empuñando los remos, se dirigió también á la Grenouilliére.

Al llegar eran cerca de las tres y apenas se cabía en el gran café.

La inmensa almadía, cubierta por un toldo de lona embreada sostenido por columnas de madera, se une á la preciosa isla de Croissy por dos puentes, uno de los cuales penetra hasta el centro de aquel establecimiento acuático y el otro comunica su extremo con un islote llamado "Tiesto de flores„, y desde allí va á tierra junto al despacho de los baños.

Pablo amarró su bote al establecimiento, escaló la balaustrada del café y luego, cogiendo las manos de su querida, la subió, sentándose ambos en el extremo de una mesa, uno frente á otro.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Al otro lado del río, en el camino de los sirgadores, había larga fila de carruajes. Los alquilones alternaban con los carruajes de propiedad: unos, pesados, de caja descomunal que aplastaba los resortes, tirados por un rocín cabizbajo y lleno de mataduras; otros esbeltos, gallardos, de delgadas ruedas, con caballos de piernas finas y tendidas, de engallada cabeza, con los frenos cubiertos de espuma, ostentando en el pescante á los cocheros empaquetados en sus libreas, aprisionadas en los altos cuellos, erguidos y con la fusta sobre las rodillas.

La orilla estaba cubierta de paseantes que acudían por grupos ó por familias, ó por parejas ó solos. Arrancaban briznas de hierba, bajaban hasta la orilla del agua, volvían á subir al camino y todos, al llegar al mismo punto, se detenían esperando la barca. Esta, pesada y grande, iba y venía sin descanso, llevando viajeros á la isla.

El brazo del río (que llaman brazo muerto) en que descansa aquel pontón convertido en café, parecía dormir por lo manso de la corriente. Flotillas de yoles, de esquifes, de perissoires, de gigs, de embarcaciones de toda especie y forma corrían por la superficie inmóvil, se cruzaban, se mezclaban, se abordaban, se detenían por un esfuerzo de los remeros para correr de nuevo por una brusca tensión de los

músculos, y deslizarse con rapidez á guisa de largos peces amarillos ó colorados.

Otras y otras llegaban de continuo: unas de Chatou, por la parte de arriba, otras de Bougival por la de abajo; y se oían sin cesar risas y gritos y llamamientos. Los remeros exponían al sol la carne tostada y como estriada de sus biceps; y parecidas á flores raras, á flores que nadaran, las sombrillas de seda encarnada, verde ó azul de las muchachas que empuñaban el timón, fulguraban en la popa de las canoas.

El sol de julio brillaba en el centro del cielo; el aire parecía henchido de una alegría bulliciosa; ni un soplo de brisa movía las hojas de los sauces y álamos.

A lo lejos, enfrente, el Mont-Valerien ostentaba á la cruda luz del sol sus fortificaciones escalonadas, en tanto que á la derecha la preciosa colina de Louveciennes, siguiendo el curso del río se redondeaba formando semicírculo, mostrando á trechos, á través de la verde fronda, la blancura de las paredes de las quintas.

Cerca de la Grenouillière, una multitud de paseantes circulaba bajo los árboles gigantes que hacen de aquel rincón de la isla uno de los más bellos parques del mundo. Unas mujeres, unas mujerzue-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las, de pelo amarillento, de pechos exageradamente grandes, de caderas enormes, revocadas las caras, alargados con carbón los ojos, dados de bermellón los labios, emperifolladas, empaquetadas en vestidos extravagantes, arrastraban sobre el fresco césped el mal gusto chillón de sus atavíos; y á su lado se pavoneaban jovencitos con facha de figurín, guantes claros, botas charoladas, junquillos delgados como un alambre y cuyos monóculos hacían resaltar la tontería de su sonrisa.

La isla es estrecha hasta la Grenouillière y por el otro lado donde hay también una barca que trae sin cesar gente de Croissy, el otro brazo del río, el rápido, corre espumeante, lleno de remolinos, parecido á un torrente. Un destacamento de pontoneros acampa en aquella orilla y los soldados, sentados en una larga viga, miran como corre el agua.

El café flotante estaba atestado de una multitud bulliciosa. Las mesas de madera en las que los líquidos vertidos formaban estrechos arroyuelos fangosos, estaban llenas de vasos y copas medio vacías y rodeadas de gente medio embriagadas. Toda aquella muchedumbre chillaba, cantaba, alborotaba. Los hombres, con el sombrero echado hacia atrás, coloradas las caras, encandilados los ojos por la embriaguez, se agitaban vociferando y sintiendo necesidad de armar ruido. Las mujeres, acechando

una presa para la noche, se hacían invitar en el interin, y en el espacio libre entre las mesas dominaba el público habitual de aquel lugar, los remeros alborotadores con sus compañeras que ostentaban cortas faldas de franela.

Uno de ellos armaba un estrépito infernal en el piano, que parecía tocar con pies y manos; cuatro parejas bailaban un rigodón, que contemplaban algunos jóvenes elegantes, correctos, que hubiesen parecido gente de buena sociedad á no ser un algo, un no sé qué raro que les delataba.

Porque allí se huele á crápula, allí acude todo el libertinaje distinguido, toda la espuma parisién; mezcolanza de horteras, comicastros, ínfimos periodistas, nobles tronados, bolsistas quebrados, calaveras de pésima fama, viejos verdes sin pizca de vergüenza; reunión abigarrada de todos los seres sospechosos, medio conocidos, medio perdidos, medio deshonrados, saludados apenas, pícaros, buscones, alcahuetes, caballeros de industria de aspecto digno, con aire de matamoros que parecía decir: "Al primero que me insulte le reviento."

Aquel sitio parece oler á tontería, respirar acanallamiento y galantería de bazar. Machos y hembras son de igual calaña. Está impregnado de olores de amor, y allí se baten los hombres por una niñería sin advertir que su reputación acaba de perderse y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

escaparse por cada nuevo agujero que abren las balas ó las estocadas.

Algunos habitantes de los alrededores acuden allí cada domingo á título de curiosos; algunos jóvenes, que lo son en demasía, aparecen cada año á fin de aprender á vivir. Algunos paseantes, por no saber qué hacer, llegan allí; algunos cándidos se extravían en aquel punto.

No sin razón se le llama la *Grenouillière*. Junto á la almadía donde se bebe, y cerca del "Pot-à-Fleurs„ la gente se baña. Las mujeres que no temen mostrar sus formas las enseñan allí para ganar un parroquiano. Las otras, desdeñosas, aun cuando amplificadas por el algodón, sostenidas por resortes, retocadas por aquí, enderezadas por allá, miran con desprecio los chapuzones de sus amigas.

En una pequeña plataforma los hombres se amontonan para echarse al agua. Unos parecen pértigas, otros barricas, cuales son nudosos como ramas de olivo, cuales encorvados, cuales echados hacia atrás por la enormidad del vientre y todos feos invariablemente. Cuando saltan al agua acostumbran á salpicar á los que toman café.

A pesar de los altos y frondosos que son los árboles que se inclinan sobre el café flotante, y á pesar de la vecindad del agua reinaba allí un calor sofocante. Las emanaciones de los licores esparcidos se

mezclaban al olor de los cuerpos y á la de los perfumes violentos que impregnaban los cuerpos de las vendedoras de amor, perfumes que se evaporaban en aquel horno. Por entre todos aquellos olores flotaba un aroma de polvos de arroz que á veces desaparecía para reaparecer luego, como si alguna mano invisible sacudiera una brocha enorme.

Al río se dirigían todas las miradas, puesto que allí el movimiento era incesante. Las muchachas que empuñaban los timones, sentadas frente á los remeros de robustos brazos, miraban con desdén á las que corrían desaladas por la isla en demanda de una comida.

A veces una barca pasaba velozmente, los amigos de los remeros la acogían con aclamaciones, y todo el público, como acometido de una locura súbita, lanzaba clamores delirantes.

En el recodo hacia Chatou, aparecían sin cesar nuevas barcas. Se acercaban, crecían, y á medida que se reconocía á sus tripulantes, resonaban otros alaridos.

Una canoa con un toldo en el centro y tripulada por cuatro mujeres bajaba lentamente siguiendo la corriente. La que remaba era enteca, aajda, vestida de grumete, con el pelo rizoso bajo un sombrerillo de hule. Frente de ella una rubia gorda, vestida de hombre, con una americana de franela blanca esta-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ba tendida de espaldas en el fondo de la barca, con las piernas levantadas, que descansaban á ambos lados de la remera. Fumaba un cigarrillo y á cada sacudida de la barquilla su vientre y su pecho se movían como una masa blanda. Más hacia la popa había dos muchachas altas y esbeltas, rubia una, morena la otra, que se abrazaban por el talle y no dejaban de mirar á sus compañeras.

De la Grenouillière partió un grito: "¡Aquí está Lesbos!„ y de pronto resonó un clamor furioso; se produjo un tumulto indecible; caían las copas: la gente se subía á las mesas, y todos embriagados de ruido, gritaban: "¡Lesbos! ¡Lesbos! ¡Lesbos!„ Reproducíase el alarido, resultaba confuso, formaba una especie de clamor espantoso y luego, de pronto, parecía resurgir de nuevo, subir por el espacio, cubrir la llanura, vibrar entre el follaje, extenderse hasta las lejanas colinas, llegar hasta el sol.

La que remaba, al oír la formidable ovación, se detuvo con gran sosiego. La rubia se incorporó mirando desdeñosamente y las dos muchachas que estaban sentadas bajo el toldo, se echaron á reir saludando á la muchedumbre.

Entonces se vociferó á más y mejor. Los hombres saludaban con el sombrero, las mujeres agitaban sus pañuelos y todas las voces, agudas ó graves, gritaban á una: "¡Lesbos!„ Dijérase que aquel pueblo,

aquel hatajo de perdidos, saludaba á un jefe, como las escuadras que disparan sus cañones cuando un almirante pasa por su frente.

La flotilla numerosa de las canoas aclamaba la de las mujeres, que volvió á ponerse en marcha para abordar un poco más lejos.

Pablo, al revés de los otros, sacó una llave del bolsillo y se puso á silbar con todas sus fuerzas. Su querida, nerviosa, pálida, le cogía el brazo para que callara y le miraba con expresión colérica. Pero él parecía exasperado, como dominado por unos celos de hombre, por un furor instintivo, profundo, desordenado. Con los labios temblorosos de indignación balbuceó:

—¡Da asco! Debiera ahogárselas como á los perros, con una cuerda al cuello.

Pero Magdalena se enfureció bruscamente; su vocecita agridulce silbó como una serpiente y habló con volubilidad, como para defender su propia causa:

—¿Qué te importa á ti? ¿No son acaso dueñas de hacer lo que más les acomode? A nadie deben cuentas. No seas pelma; ¡cállate!...

Pero él le cortó la palabra:

—La policía tiene que ver en ello y haré que las metan en San Lázaro.

La joven se estremeció.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Tú?

—Yo, sí. Y por lo pronto, te prohibo que las hables, ¿entiendes? te lo prohibo.

La muchacha se encogió de hombros y dijo con gran sosiego:

—Haré lo que me plazca, chiquillo; si no te gusta, lárgate. Creo que no soy tu mujer ¿estamos? Por lo tanto, cállate.

No contestó Pablo y permanecieron unos momentos mirándose, con la boca crispada y la respiración agitada.

Las cuatro mujeres entraban por la otra parte del café. Las dos que iban vestidas de hombre pasaron delante; una flaca, parecida á un muchachuelo avejentado, la otra llenando con su grasa su traje de franela blanca, hinchando el pantalón con sus caderas, balanceándose como una oca cebada, con los muslos disformes y las rodillas casi invisibles. Sus dos amigas las seguían y muchos de los remeros les estrechaban las manos.

Las cuatro habían alquilado un chalet junto al río y vivían en él como dos matrimonios.

Su vicio era público, oficial, patente. Se hablaba de ello como de una cosa natural que casi inspiraba simpatía, y en voz baja se murmuraban historias raras, dramas engendrados por furiosos celos femeninos, visitas secretas de mujeres conocidas, de actrices célebres, á la casita de la orilla del río.

Un vecino, indignado por aquellos rumores escandalosos, había dado parte á la policía, y un cabo, con un agente, procedió á un reconocimiento. El encargo era delicado, pues en suma no podía reprocharse nada á las tales mujeres, que no se entregaban á la prostitución. El cabo, perplejo, pues no comprendía bien de lo que se trataba, interrogó á la buena de Dios y redactó un atestado graciosísimo exculpando á las mujeres.

Aquel atestado produjo una chacota indecible.

Atravesaban á paso corto, como reinas, el café de la Grenouilliére. Parecían orgullosas de su celebridad, satisfechas de las miradas que se fijaban en ellas, superiores á aquella multitud, á aquella turba, á aquella plebe.

Magdalena y su amante las miraban y en la mirada de aquélla lucía como una llamarada.

Cuando la primera pareja estuvo cerca de su mesa, Magdalena gritó:

—¡Paulina!

La gordinflona se volvió y se detuvo sin soltar el brazo del grumete hembra.

—¡Toma! ¿Eres tú, Magdalena?... Ven, que hablaremos.

Pablo crispó sus dedos en la muñeca de su querida,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pero ésta le dijo con tal expresión: "Si no te gusta, ya sabes„, que se calló y dejó que se marchara su compañera.

Entonces las tres mujeres hablaron un rato, en pie, alegres al parecer. Hablaban aprisa y Paulina, de cuando en cuando lanzaba al soslayo una ojeada malévola é irónica á Pablo.

Este no pudo contenerse y levantándose se dirigió hacia el grupo, tembloroso, colérico. Cogió á Magdalena por los hombros y dijo:

—Ya sabes que te he prohibido hablar con esas pindongas.

Pero Paulina levantó el tono y empezó á insultarle con su repertorio de rabanera. Reían en torno, se acercaban, se ponían de puntillas para ver mejor. El estaba anonadado bajo aquella lluvia de injurias indecorosas; imaginábase que las palabras salidas de aquella boca le manchaban como basura que cayera sobre él, y ante el escándalo que empezaba retrocedió, se puso de codos en la balaustrada que daba al río, volviendo la espalda á las tres mujeres victoriosas.

Permaneció allí mirando al agua y á veces, con ademán rápido, como si la arrancara, se enjugaba una lágrima presta á resbalar.

Es que, sin saber por qué, amaba perdidamente, á pesar de sus instintos delicados, á pesar de su razón,

á pesar de su voluntad. Dió de lleno en aquel amor como se cae en un agujero infecto. Dotado de una naturaleza tierna y delicada, soñara amores exquisitos, ideales, apasionados, y de pronto aquella mujer, tonta como todas las mujerzuelas, de una tontería exasperadora, que no era siquiera bonita, flacucha y colérica, le había cautivado, dominado, poseído de pies á cabeza, en cuerpo y alma. Sufría aquella dominación femenina, misteriosa y omnipotente, aquella fuerza desconocida, aquel imperio avasallador que no se sabe de dónde arranca, probablemente del demonio de la carne, y que hace que el hombre más sensato caiga á los pies de una perdida cualquiera sin que nada explique aquel poder fatal y soberano.

Sentía que á su espalda se tramaba algo infame. Las carcajadas le herían en el corazón. ¿Qué hacer? Bien lo sabía; pero no podía.

Miraba con fijeza, en la orilla de enfrente, un pescador de caña que estaba inmóvil.

De pronto el pescador tiró rápidamente del hilo y sacó un pescado plateado que se estremecía y coleaba. Después, cuando lo tuvo en su poder, trató de retirar el anzuelo, lo retorció, lo volvió, pero en vano; entonces, impacientado, tiró con rabia y arrancó las entrañas sangrientas del animalito. Pablo se estremeció á su vez, conmovido hasta lo indecible;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

le pareció que aquel anzuelo era su amor y que, si le era preciso arrancarlo, saldrían con él sus entrañas al extremo del gancho de hierro, del que Magdalena sostenía el hilo.

Una mano se posó en su hombro; sobresaltóse; se volvió. Su querida estaba á su lado. No hablaron. Ella se apoyó también en la balaustrada, y fijó la vista en el río.

Pensaba Pablo en lo que debía decir y nada se le ocurría. Ni siquiera acertaba á saber lo que pasaba en su interior. Lo único que experimentaba era una gran dicha por sentirla á su lado, y una cobardía grande le impulsaba á perdonar todo, á permitirlo todo con tal de que no le abandonara.

Por fin, al cabo de algunos minutos, le dijo con acento cariñoso:

—¿Quieres que nos vayamos? Estaremos mejor en la barquilla.

—Sí, monín.

Ayudóla Pablo á bajar al yole, la sostuvo, le estrechó las manos enternecido, húmedos aun por las lágrimas los ojos. Ella le miró sonriendo, y se dieron un beso.

Remontaron poco á poco la corriente junto á la orilla plantada de sauces, cubierta de hierbas, sosegada bajo la tibia atmósfera de la tarde.

Al volver al restaurant Grillón apenas eran las seis; dejando la barquilla, se encaminaron á pie hacía Bezóns, á través de los prados, á lo largo de los altos álamos que crecen junto al río.

Los campos estaban cubiertos de flores, que brotaban entre el heno ya alto y á punto de ser segado. El sol, que iba á su ocaso, los teñía de una luz dorada, y en el seno del calor menos fuerte, las exhalaciones de la hierba se mezclaban al húmedo hálito del río, impregnado el aire de una especie de languidez tierna, que parecía un vaho de dicha, de plenitud.

Una especie de blando desfallecimiento henchía los corazones, una especie de comunión con aquel esplendor sosegado de la tarde, con el vago y misterioso estremecimiento de la vida palpitante, con aquella poesía penetrante y melancólica, que parecía brotar de las plantas, de las cosas, y expandirse revelándose á los sentidos en aquella hora de suave recogimiento.

El sentía todo aquello; pero Magdalena nada comprendía. Andaban uno al lado de otro, y, de repente, cansada del silencio, cantó la muchacha. Cantó, con su voz agridulce y falsa, una canción cualquiera, un trozo vulgar que rompió por modo brusco la profunda y serena armonía de la tarde.

Entonces la miró y sintió que había un profundo abismo entre ellos. Magdalena tocaba las hierbas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con la sombrilla, con la cabeza inclinada, contemplando sus pies, cantando, alargando las notas, ensayándose á gorjear, atreviéndose con los trinos difíciles.

¡Su frente, su frente estrecha tan querida, estaba vacía, vacía! No había dentro de ella más que aquella música de organillo, y los pensamientos que por casualidad nacían allí no eran mejores que la música. Nada comprendía de él, y estaban más separados que si no vivieran juntos. ¿Sus besos no pasaban, pues, de sus labios?

Ella levantó la vista y le miró sonriendo. Sintióse él conmovido hasta las entrañas y, abriendo los brazos, en un ímpetu de amor, la estrechó apasionadamente.

Como le ajaba el vestido, desasióse Magdalena, murmurando á guisa de compensación:

—¡No sabes cuánto te quiero, chiquillo!

Pero él la cogió por la cintura y en un arranque de locura la arrastró corriendo, y la besaba en la mejilla, en la sién, en el cuello, saltando de contento. Cayeron jadeantes al pie de un matorral iluminado por el sol poniente, y antes de haber tomado aliento, se juntaron sus bocas y sus cuerpos sin que ella comprendiera su exaltación.

Volvían cogidos de las manos cuando de pronto, á

través del follaje, advirtieron en el río la canoa tripulada por las cuatro mujeres.

Paulina también les vió, pues, incorporándose, envió besos á Magdalena, á la que gritó:

—¡Hasta la noche!

Magdalena contestó: "¡Hasta la noche!„

Pablo creyó que se le helaba el corazón.

Volvieron al restaurant para comer.

Se instalaron bajo una de las glorietas al borde del agua y comieron en silencio. Cuando obscureció les trajeron una bujía oculta por una bombilla de cristal, que daba una luz débil y vacilante. A cada instante oían los gritos y alaridos de los remeros, instalados en el salón del primer piso.

A los postres, Pablo, tomando cariñosamente la mano de Magdalena, le dijo:

—Me siento cansado; si te parece, nos acostaremos temprano, vida mía.

Magdalena comprendió la astucia y le lanzó aquella mirada enigmática, aquella mirada pérfida que tan fácilmente brota de los ojos femeniles. Luego, después de reflexionar, contestó:

—Acuéstate si quieres; yo he prometido que iría al baile de la Grenouillière.

Pablo sonrió de un modo lastimoso, con una de aquellas sonrisas que ocultan las más punzantes amarguras; pero contestó con tono cariñoso y triste:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Si quisieras, lo mejor sería que nos quedáramos los dos aquí.

Ella contestó que "no„ con la cabeza sin despegar los labios.

Pablo insistió:

—Te lo ruego, nena.

Entonces ella exclamó bruscamente:

—Ya sabes lo que te he dicho. Si no te gusta, la puerta está abierta para todos; no te detiene nadie. Pero como he prometido que iría, iré.

Pablo se puso de codos á la mesa y apretándose la frente con las manos, meditó dolorosamente.

Los remeros bajaban alborotando como de costumbre. Se marchaban en sus yoles al baile de la Grenouillière.

Magdalena dijo de pronto:

—Si decididamente no quieres venir, diré á uno de esos señores que me lleve.

Pablo se levantó:

—Vamos—dijo.

Y se marcharon.

La noche era obscura aunque estrellada. Parecía soplar un hálito abrasador, pesado, henchido de ardores de fermentaciones, de gérmenes vivos que parecían retardar la marcha de la brisa. Acariciaba los rostros, hacía respirar con ansia, jadear los pechos.

Los yoles se ponían en marcha llevando en la proa un farolillo de papel de color. No se veían las barquillas y sí solamente aquellas luces de color, rápidas y oscilantes, que parecían gusanos de luz en movimiento. Por todas partes se oían voces y gritos.

El yole de los dos jóvenes se deslizaba suavemente. A veces cuando una canoa rápida pasaba por su lado, veían la espalda blanca del remero iluminada por el farol.

Al llegar al recodo del río la Grenouillière apareció iluminada á lo lejos. El establecimiento estaba adornado con girándolas, guirnaldas de lucecitas y racimos de faroles. Por el Sena circulaban lentamente grandes barcazas representando cúpulas, pirámides, monumentos complicados resplandecientes de luz de todos colores. Festones de luces tocaban el agua y algunas veces un farol encarnado ó azul, puesto al extremo de una caña de pescar desmesurada é invisible, parecía una gran estrella que se balanceara.

Aquella iluminación alumbraba los alrededores del café, los árboles de la orilla cuyos troncos se destacaban del fondo obscuro, y las hojas de un color verde lechoso que emergían de las tinieblas de los campos y del cielo.

La orquesta, que se componía de cinco artistas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

desconocidos, lanzaba á lo lejos su música tabernaria, chillona y alegre, que hizo cantar de nuevo á Magdalena.

Quiso ésta entrar en seguida. Pablo quería dar antes una vuelta por la isla; pero se vió obligado á ceder.

La concurrencia era algo más distinguida. Quedaban únicamente los remeros, algunos burgueses y varios jóvenes acompañados de sus queridas. El director y organizador de aquel cancán, muy grave dentro de su levita raída, movía en todos sentidos su cabeza devastada de antiguo mercader de placeres públicos baratos.

Paulina la gordinflona y sus tres amigas no estaban por allí. Pablo respiró.

Se bailaba: las parejas saltaban desesperadamente, y levantaban las piernas á la altura de las narices de sus compañeros de baile.

Las hembras, de desarticulados muslos, saltaban formando un remolino con las faldas y enseñando toda su ropa blanca. Sus pies subían más altos que sus cabezas con sorprendente facilidad y balanceaban el vientre, movían las caderas, sacudían los pechos, esparciendo en torno de ellas un acre olor de de mujeres sudorosas.

Los hombres se acurrucaban á guisa de sapos, con ademanes obscenos; hacían contorsiones, visajes, aparecían asquerosos; andaban con las manos ó fingían, para hacer gracia, las maneras de las gentes finas.

Una criada gorda y dos camareros, servían á los concurrentes.

Como aquel café-almadía estaba únicamente techado y no tenía ningún tabique que le separara del exterior, el baile desenfrenado se desarrollaba á la faz de la noche sosegada y del firmamento tachonado de astros.

De pronto el Mont-Valerién pareció iluminarse, como si hubiese estallado un incendio á sus espaldas. La claridad se extendió, se acentuó invadiendo poco á poco el cielo, describiendo un gran círculo luminoso de luz pálida y blanca. Luego apareció algo rojo, rojo como el metal que sale de la fragua. Se desarrolló lentamente en círculo, como si emergiera de la tierra, y la luna, destacándose bien pronto del horizonte, subió por el espacio. A medida que se elevaba, perdía su matiz purpúreo que se convertía en amarillo pajizo; y el astro parecía disminuir á medida que se alejaba.

Pablo lo miraba hacía rato, absorto en aquella contemplación, olvidando á su querida. Cuando se volvió, Magdalena había desaparecido.

La buscó sin encontrarla. Recorrió las mesas con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mirada ansiosa, yendo y viniendo, preguntando á unos y á otros. Nadie la había visto.

Andaba de acá para allá, martirizado por horrible angustia, cuando un camarero le dijo:

—¿Busca usted á la señorita Magdalena? Hace poco ha salido con la señora Paulina.

Y casi en el mismo instante, veía en un rincón del café al grumete hembra y á las dos lindas muchachas que abrazadas por el talle, le miraban á él y cuchicheaban entre sí.

Comprendió lo que aquello significaba y se lanzó como un loco hacia la isla.

Corrió primero hacia Chatou; pero al ver la llanura, volvió hacia atrás y empezó á escudriñar los matorrales, á vagabundear desesperadamente, deteniéndose á veces para escuchar.

Los sapos lanzaban desde todos los puntos su nota breve y metálica.

Hacia Bougival un ave desconocida modulaba un grito debilitado por la distancia.

La luna vertía sobre el césped diáfana claridad que parecía polvo de plata; penetraba entre el ramaje, deslizaba su luz por la corteza gris de los álamos y asaeteaba con su claridad brillante las copas estremecidas de los altos árboles. La embriagadora poesía de aquella noche de verano, se apoderaba á su pesar de Pablo, dominaba su angustia enloquecedora, despertaba su corazón con ironía feroz y desarrollaba, en su alma cariñosa y contemplativa, su ansia de ideal ternura, de confesiones apasionadas en el seno de una mujer fiel y adorada.

Se vió obligado á detenerse, ahogado por sus sollozos precipitados, desgarradores.

Pasada la crisis, volvió á sus pesquisas.

De pronto sintió como una cuchillada. Detrás de un matorral se oía ruido de besos. Corrió allí. Era una pareja amorosa cuyas dos sombras se alejaron vivamente al aproximarse él, enlazadas, unidas en un beso sin fin.

No se atrevía á llamar, sabiendo que Magdalena no contestaría. Experimentaba miedo atroz al pensar en lo que podía ver de pronto.

La música de los rigodones, los solos estridentes del cornetín, la risa irónica de la flauta, los chirridos del contrabajo le desgarraban el corazón, exasperando sus padecimientos. Las notas de la orquesta corrían por debajo de los árboles, tan pronto debilitadas como aumentadas por el soplo de la brisa.

De repente pensó que quizá Ella había ya vuelto. ¡Sí! ¡Ya habría vuelto! ¿Por qué no? Sin duda había perdido la cabeza, se había desesperado sin motivo, quizá por las sospechas que desde algún tiempo á aquella parte le asaltaban.

Y tranquilizado por una de aquellas crisis que á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

veces le sobrecogen á uno en los momentos más desesperados, volvió hacia el baile.

De una ojeada recorrió la sala. No estaba allí. Dió vuelta á las mesas y bruscamente se halló cara á cara con las tres mujeres. Probablemente tendría su rostro una expresión desesperada y rara, pues las tres se echaron á reir.

Salió, volvió á la isla, corrió á través de los matorrales, jadeante. Escuchó de nuevo, escuchó largo rato pues le zumbaban los oídos; al fin creyó oir una risita chillona que conocía muy bien. Adelantó poco á poco, arrastrándose, apartando las ramas, con tal opresión en el pecho que no podía respirar.

Dos voces murmuraban palabras que aun no entendía. Luego se callaron.

Entonces sintió un deseo loco de huir, de no ver, de no saber, de huir para siempre de aquella pasión que le destrozaba. Iba á volver á Chatou, á tomar el tren, y no volvería más, no la vería jamás, jamás. Pero súbitamente su imagen se posesionó otra vez de él y la vió en su imaginación á la hora del despertar, cuando se le arrimaba cariñosamente echándole los brazos al cuello, con el pelo suelto, alborotado en la frente y sienes, con los ojos aun cerrados y los labios entreabiertos para el primer beso. Y el súbito recuerdo de aquella caricia matutina despertó en él un pesar frenético, un deseo enloquecedor.

Hablaban de nuevo, se acercó agachado. Oyó un leve grito entre el ramaje, muy cerca. ¡Un grito! Uno de aquellos gritos de amor que oyera en las horas benditas de su ternura. Adelantaba á pesar suyo, atraído por invencible fuerza, sin tener conciencia de nada... y las vió.

¡Ah! ¡Si la otra hubiera sido un hombre! ¡Pero aquello, aquello! Su misma infamia le encadenaba. Permanecía allí aniquilado, encadenado, trastornado como si descubriera de repente un cadáver querido y mutilado, un crimen contra naturaleza, monstruoso; una horrible profanación.

Entonces un pensamiento involuntario trajo á su memoria el pescado del que viera arrancar las entrañas... Magdalena murmuró: "¡Paulina„! con igual acento que decía: "¡Pablo!„ y le acometió tal dolor que huyó á la carrera, desesperadamente.

Chocó contra dos árboles; cayó al tropezar en una raiz, corrió de nuevo y de pronto se halló junto al río, ante el brazo rápido, iluminado por la luna. La corriente alborotada formaba remolinos en los que parecía jugar la luz. La orilla, alta, dominaba la corriente como un acantilado, dejando á su pie una ancha faja obscura de arremolinadas aguas.

En la otra orilla se veían las casas de Croissy es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

calonadas que iluminaba la claridad del astro de la noche.

Pablo vió todo aquello como á través de un sueño, de un recuerdo; no pensaba en nada, nada comprendía, y todas las cosas, hasta su propia existencia, le aparecían lejanas, olvidadas, vagas, como ya pasadas del todo.

El río estaba allí. ¿Comprendía lo que hacía? ¿Quiso matarse? Estaba loco. Se volvió sin embargo, hacia la isla, hacia Ella, y en el silencio de la noche en el que resonaban la música y las canciones tabernarias, lanzó con voz aguda, desesperada, sobrehumana, un espantoso grito:

—¡Magdalena!

Su llamamiento desesperado atravesó el silencio de la noche, corrió por todos los ámbitos del horizonte.

Luego, de un salto formidable, un salto de fiera, se lanzó al río. Brotó el agua, cerróse, y, en el sitio en que desapareciera, se formó una sucesión de círculos que ensanchaban hasta la otra orilla sus ondulaciones brillantes.

Las dos mujeres habían oído. Magdalena se incorporó.

—Es Pablo.

Una sospecha la asaltó:

—Se ha ahogado—dijo. Y se lanzó hacia la orilla, donde se le reunió la gordinflona Paulina.

Una pesada barca tripulada por dos hombres buscaba en un sitio determinado. Uno de los bateleros remaba y el otro hundía en el agua una larga pértiga como buscando algo.

Paulina gritó:

—¿Qué hacen ustedes?

—Buscamos un hombre que se ha tirado al agua —le respondieron.

Ambas mujeres, apretadas una contra otra, trastornadas, seguían las evoluciones de la barca. La música de la Grenouilliére continuaba resonando: parecía marcar el ritmo de los fúnebres pescadores; y el río, que encerraba un cadáver, corría iluminado.

La sombría pesca se prolongaba. Una ansiedad horrible hacía temblar á Magdalena. Por fin, después de media hora por lo menos, uno de los hombres anunció:

—Ya lo tengo.

E hizo subir suavemente su larga pértiga. Luego apareció un gran bulto en la superficie del agua. El otro marinero dejó los remos, y ambos, uniendo sus esfuerzos, tiraron de la masa inerte hasta que la echaron dentro de la barca.

Después se acercaron á tierra, buscando un sitio

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

alumbrado y bajo. En el momento de abordar, las dos mujeres se pusieron junto á ellos.

Apenas le vió, Magdalena retrocedió horrorizada. A la luz de la luna parecía ya verdoso y tenía la boca, la nariz, los ojos, llenos delimo.

Los dos hombres le examinaban.

—¿Le conoces?—preguntó uno.

El otro, el barquero de Croissy, dudaba.

—Sí, me parece que le conozco; pero en tal estado es difícil asegurarlo.

Luego exclamó de repente:

—Es don Pablo; no hay duda.

—¿Quién es ese don Pablo?

Su compañero repuso:

—Don Pablo Barón, el hijo del senador, ese jovencito que estaba tan enamorado.

El otro añadió filosóficamente:

—Pues ya se le acabó el amor; de todos modos, es lástima morir siendo rico.

Magdalena, que se arrojara al suelo, sollozaba. Paulina se acercó al cuerpo del ahogado y preguntó:

—¿Está muerto de veras, muerto del todo?

Los dos hombres sonrieron con desdén:

—Después de estar tanto rato en el agua, no hay duda.

Luego uno de ellos preguntó á su vez:

—¿No vivía en casa Grillón?

—Sí—contestó su compañero;—hay que llevarle allí; habrá buena propina.

Volvieron á su barca y se alejaron con lentitud, á causa de la fuerza de la corriente; y durante mucho rato después de desaparecer, todavía oían ambas mujeres el ruido acompasado de los remos al caer en el agua.

Entonces Paulina estrechó entre sus brazos á la pobre Magdalena inconsolable, la acarició, la besó repetidamente, la consoló:

—¡Qué hacerle! No ha sido culpa tuya. No se puede evitar que los hombres hagan de las suyas. El lo ha querido y él lo paga.

Luego, levantándola, añadió:

—Ven á dormir á nuestra casa, querida. Esta noche no puedes dormir en casa Grillón.

La besó de nuevo, añadiendo:

—Ya te consolaremos, monina.

Magdalena se levantó, y llorando aún, pero con menos fuerza, descansando la cabeza en el hombro de Paulina, como refugiada en una ternura más íntima é inquebrantable, más familiar y confiada, echó á andar pasito á paso.

FIN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE

	Páginas
La criada de la granja	7
El burdel	39
Las sepulcrales	83
El papá de Simón	97
Una gira campestre	113
En el agua	133
En familia	145
La mujer de Pablo	189

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

NOVÍSIMO

Diccionario Universal de Agricultura

por

J. T. MÜLLER

autor de célebres obras de Agricultura

(EDICIÓN HISPANO-AMERICANA)

QUE COMPRENDE

todo lo referente á Horticultura, Arboricultura, Viticultura, Olivicultura, Plantas alimenticias, Cultivos, Jardines, Enfermedades de los árboles y plantas y sus remedios, Aguas, Riegos, Abonos, Máquinas, Instrumentos y aparatos agrícolas, Agreología, Agronomía y Agrimensura, Arquitectura rural, Meteorología agrícola, Ganadería, Zootécnia general y especial, Legislación y economía rurales, Bibliografía agrícola y en general todo lo que tiene relación con la Agricultura y sus ciencias auxiliares.

Traducido y copiosamente adicionado, en vista de las mejores obras escritas en España y en el extranjero, por la Redacción Agrícola Ilustrada

---

Tres tomos de gran tamaño, ilustrados con más de diez mil grabados intercalados, y ricamente encuadernados con lomo de piel y tela en el plano con planchas doradas.

Precio de la obra completa: 60 Ptas.

Encuadernada en rica pasta española: **65 pesetas.**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS